

Exilio en la RDA

Nosotros los niños



Nosotros los niños. Exilio en la RDA

© Espora ediciones / Fundación Rosa Luxemburgo, 2023

ISBN: 978-956-9213-43-4

EDICIÓN, DISEÑO Y MAQUETACIÓN

Alejandro Muñoz Villarroel

David Bustos Mellado

ESPORA EDICIONES

<unbuenlibro@espora.cl>

www.espora.cl



Atribución-NoComercial-SinDerivadas 2.0 Chile
(CC BY-NC-ND 2.0 CL)

Esta publicación fue realizada con el apoyo
de la Fundación Rosa Luxemburgo y fondos
del Ministerio Federal de Cooperación Económica
y Desarrollo de Alemania (BMZ)



Impreso en Chile / *Printed in Chile*

Exilio en la RDA

Nosotros los niños





*„Einmal wissen, dieses bleibt für immer
Ist nicht Rausch, der schon die Nacht verklagt“.*

— CITY, «Am Fenster» —





Prólogo

La historia de los chilenos es también una historia de exilios. Así ha sido desde el proceso de independencia y durante la construcción y desarrollo posterior de la República. Esta loca geografía llena de montañas, recovecos y porfiadas lejanías, siempre fue usada por bandos políticos en pugna para desterrar al contrario, por la razón o la fuerza.

La estampida de las familias patriotas hacia Mendoza en 1814, el destino mismo de Bernardo O'Higgins y José Miguel Carrera, muertos en contextos muy distintos pero ambos en el exilio; la huida por el sur de Pablo Neruda, perseguido por el gobierno de González Videla; el uso del archipiélago Juan Fernández como lugar de relegación, son sólo ejemplos que muestran que el

destierro forma parte de nuestra historia como país, imponiendo exilios dentro y fuera de nuestras fronteras.

Sin embargo, durante la década del 70 del siglo pasado se produjo un fenómeno nuevo en la historia de Chile. Después del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, decenas de miles de personas, en gran parte familias, salieron del país en una ola migratoria que duró varios años. Nunca antes tantos chilenos habían emigrado de su patria en tan poco tiempo y con tantos rumbos y destinos diversos. La represión masiva y brutal que la Junta Militar ejerció desde el mismo día del golpe, hizo que en las semanas posteriores cada vez más embajadas se convirtieran en espontáneos y caóticos campos de refugiados. Miles de chilenos

lograban entrar a ellas, en un país militarmente ocupado para, literalmente, salvar el pellejo.

Una corriente inagotable de chilenos se fue desparramando por el mundo. Sobrevivientes de los infiernos de la prisión política y quienes lograros evitarla, usando todas las vías disponibles, con ayuda de gobiernos, embajadas, organismos internacionales o con recursos propios, con decreto de expulsión o por decisión personal y familiar, partían al incierto exilio. En aeropuertos de capitales lejanas, se sucedían los reencuentros y abrazos aliviados entre compañeros que se habían perdido la pista desde aquellos días grises de septiembre. Chilenos sin conocerse, compartían noticias y un cigarrillo entre anuncios inentendibles por altoparlante. Y se volvían a despedir. Jugando entre asientos y filas de pasajeros en las salas de embarque, muchas veces eran los niños los primeros en reconocerse como compatriotas, al escuchar ese acento nuestro tan nuestro en medio de todas las lenguas del mundo.

El exilio chileno estaba lleno de niños, desde recién nacidos hasta ya adolescentes. Niños para quienes salas de embarque y pasillos de los aviones eran sólo la continuación de las jugarretas en casa. Otros ya eran más grandes y habían vivido consciente y a veces activamente los años de la Unidad Popular, el golpe y las consecuencias que este trajo para sus familias. Niños que sentían estos barullos como aventuras entretenidas de permanente descubrimiento, aunque captaban en las caras cansadas de sus padres un mundo de pesadumbres que aún no comprendían del todo. Jóvenes que llevaban consigo pedacitos de Chile en la maleta, sin saber cuándo volverían a ver a sus abuelos, primos, amigos, profes y vecinos.

Más de doscientos mil chilenos partieron al exilio durante la dictadura cívico-militar. Aunque los movimientos migratorios entre distintos países nunca cesaron en esos casi diecisiete años, con bastante rapidez se fueron formando y asentando comunidades chilenas estables en los países de acogida. Con

«Este libro trata sobre una comunidad de niños y jóvenes, hijos del exilio, que nunca dejaron de cantar y bailar».

distinta organización interna, con mayor o menor apoyo de gobiernos, instituciones y comunidades locales, el exilio chileno se fue organizando.

En diversos países comenzaron a formarse comités de solidaridad con Chile, conjuntos folclóricos y de danza, agrupaciones culturales y revistas, incluso clubes de fútbol y restaurantes, por iniciativas grupales e individuales. Ciudadanos suecos, mexicanos, franceses, rumanos y canadienses comenzaron a saber más de este país que casi se cae de todos los mapas. «Chile» se fue identificando con ciertos artistas y grupos musicales; canciones chilenas se cantaban en variedad de lenguas hasta convertirse en himnos internacionales, y mucha gente se familiarizó con el sabor de las empanadas que preparaban «los chilenos».

Chile salió al mundo a través de las guitarras tristes y esperanzadas de sus exiliados. En muchas partes se replicaron sonidos y sabores de la patria, a veces en medio de climas y lenguas que costaba descifrar. Los chilenos, esta vez patiperros por obligación, buscaron sus espacios propios en estos paisajes extraños sin cordillera protectora. En medio de ciudades enredadas, aprendiendo a ampliar horizontes, adaptándose, a veces mezclándose, muchas veces desesperándose, los exiliados nunca dejaron de cantarle a su tierra lejana.

Este libro trata sobre una comunidad de niños y jóvenes, hijos del exilio, que nunca dejaron de cantar y bailar. Alrededor de tres mil chilenos fueron acogidos

en un país que entonces era una excepcionalidad geopolítica y que hoy, de hecho, ya no existe. Cerca de la mitad de esos tres mil compatriotas fueron los niños y jóvenes chilenos que vivieron y crecieron en la RDA, la República Democrática Alemana.

En este pequeño país, que existió sólo cuatro décadas en la historia de la humanidad, la presencia de la comunidad chilena fue particularmente visible en esos años. Aunque los dos Estados alemanes de entonces acogieron chilenos, su situación a ambos lados de la frontera inter-alemana era distinta. El gobierno de la RDA adoptó prácticamente una política de Estado para acoger a los exiliados. Les entregó de inmediato atención de salud y psicológica, posteriormente departamentos, trabajo, créditos para amoblar la nueva casa, y para los hijos de los «chilenische Patrioten», por supuesto guardería, kínder y escuela.

A pesar de todas las dificultades de adaptación a una cultura tan distinta, de aprendizajes de otros códigos y reglas cotidianas, los chilenos adultos se fueron acostumbrando de a poco a la vida en la sociedad alemana. La enorme simpatía institucional y las expresiones cotidianas de solidaridad de los alemanes comunes, sin duda fueron fundamentales para lograrlo. Algunos se fueron integrando más y otros menos, algunos aprendiendo más, otros menos y muchos definitivamente nada de ese trabalenguas que parecía el idioma.

Los que más rápido y mejor se integraron a la vida y cultura cotidiana de la RDA fueron los hijos de los exiliados, sobre todo los más pequeños. La mayoría de ellos ya al poco tiempo hablaba alemán con fluidez. De hecho, como en todo país que no era hispanohablante, muchos de los que salieron de Chile siendo «guagua» o que nacieron afuera, aprendieron a decir sus primeras

palabras en el idioma del país de acogida... para completa confusión inicial de sus padres, por supuesto.

Los primeros tiempos, mientras para los padres las noticias del país lejano, de la familia, de los compañeros seguían siendo un desgarramiento permanente, sus hijos comenzaron a vivir el día a día como lo vivían todos los niños en la RDA. Barrios de grandes y pequeñas ciudades fueron convirtiéndose en hogar de familias chilenas. En las plazas de juegos de la capital Berlín —donde el muro que dividía mundos e ideologías era parte del paisaje urbano—, pero también en Jena, Cottbus, Magdeburg, Rostock, Zwickau, Potsdam y otras ciudades, la presencia de niñas y niños de pelo y ojos más bien oscuros se hizo habitual en medio de las cabelleras más bien rubias. Mientras sus padres se organizaban alrededor de su vida laboral y actividades políticas, ellos iban al colegio, hacían amigos, aprendían canciones alemanas, practicaban deportes y salían de excursión. Y también asistían a actividades políticas por supuesto, asumiendo la responsabilidad de ser, de alguna manera, la cara más visible del exilio chileno.

En un país donde la mayoría de los niños participaba de la organización de los pioneros, los chilenos crearon su propia organización infantil: los «Pioneros Chilenos Salvador Allende», la que también se formó en otros países de Europa. Con sus camisas blancas y pañoletas tricolores, participaban en eventos de todo tipo para dar su testimonio como hijos de exiliados, y ensayaban regularmente para mostrar la música y los bailes chilenos en colegios, teatros y al aire libre.

Conjuntos musicales chilenos que también comenzaban a vivir su exilio, pasaron a ser visitas habituales en eventos culturales y de solidaridad, programas de televisión y también en la oferta discográfica de la RDA. Así, fue cada vez más

«¿Cómo cargó cada uno de ellos con esa responsabilidad? ¿Cómo vivieron esa especie de limbo bilingüe y bicultural, teniendo que ser además representantes oficiales de la parte más difusa de su identidad?».

común que los coros de los pioneros chilenos fuesen acompañados entusiastamente por el público alemán. En actos y conciertos masivos se hizo popular la venta de empanadas y sanguches de lomito, que eran preparados por las risueñas y vociferantes madres chilenas en departamentos humeantes de cocimientos y cigarrillos *Cabinet* o *Club*.

Toda persona que vivió su infancia en la RDA, tiene grabado en su memoria los campamentos de pioneros que se realizaban durante el verano. Para los chilenos, esto no fue la excepción. Compartir dos o más semanas con niños y jóvenes de todo el mundo, comunicándose a través de intérpretes, con señas o a veces en ruso (entonces idioma obligatorio en las escuelas de los países socialistas), bailando, «pololeando», compitiendo en deportes, fumando a escondidas, significó vivir experiencias imborrables. Tanto por las travesuras, amores y guitarreos en fogatas nocturnas y el infaltable *Neptunfest*, como por la experiencia de vivir y practicar la palabra «solidaridad» compartiendo con niños de los cinco continentes, los campamentos

de pioneros eran esperados con ansias cuando se acercaba el verano. Y siempre, siempre, terminaban en cascadas de lágrimas y promesas de escribir pronto, cuando el último día llegaba el bus que te alejaría quizás para siempre de tantos nuevos amigos y de intensos amores sin fronteras.

Para esos niños, la dualidad de crecer y vivir como alemanes reconociéndose chilenos era la normalidad asumida, eran las reglas del juego. Los más grandes entre los chicos solían hablar español entre ellos. Los que llegaron más pequeños, en cambio, hablaban la lengua de los padres sólo en casa, a veces con acento o lógicas gramaticales caóticas. Muchas veces en actividades, eventos y en los campamentos de verano, los anfitriones se sorprendían al escuchar hablar a estas delegaciones de inquietos niños y jóvenes evidentemente sudamericanos... en perfecto alemán.

Por esto la preocupación de que los hijos no perdieran el lazo con la patria fue permanente, ya que muchos tenían vagos o ningún recuerdo de ella. Para esto, las instituciones de la RDA pusieron infraestructura y espacios a disposición del exilio chileno, lo que permitió que se fuera conformando una verdadera comunidad, relativamente pequeña, pero muy viva y organizada, con sus rutinas, eventos y también líos humanos propios.

Los niños y jóvenes chilenos en la RDA crecieron con una extraña responsabilidad: ser representantes oficiales de sus padres. Esto, siendo ellos mismos un fenómeno político, donde gran parte de la vida estaba condicionada por el hecho de ser hijos de exiliados chilenos. ¿Cómo cargó cada uno de ellos con esa responsabilidad? ¿Cómo vivieron esa especie de limbo bilingüe y bicultural, teniendo que ser además representantes oficiales de la parte más difusa de su identidad?

Estos chilenos crecieron dibujando cordilleras nevadas y puntudas, pero soñando con ser algún día cosmonauta o gimnasta olímpico.

Recordaban o imaginaban los paisajes de Chile, pero los inviernos los vivían cubiertos con una *Chapka*, compitiendo por quién tiene el mejor trineo o patinando sobre hielo.

Se sabían de memoria las canciones de los Inti, de los Quila y bailaban al ritmo de la Sonora Palacios en las fiestas chilenas, pero veían en vivo a los Puhdys y regrababan cassettes con los hits europeos de cada semana.

Usaban orgullosos las camisetas de Colo Colo con el «9» de Caszely, pero los fines de semana hinchaban por algún Dynamo, algún Vorwärts o algún equipo de *drüben*, la otra Alemania.

Aprendían historia y geografía de Chile con profesores chilenos en las tardes, pero la nota que valía para tu futuro (y también definía la expresión facial de los padres), era la prueba al día siguiente en *Lesen*, *Werkunterricht* o *ESP*.

«¿Cómo hace un desterrado para reconocer y agradecer a la sociedad que le permitió crecer, estudiar y convertirse en la persona que es, si esa sociedad ya no existe? ¿Qué haces con los valores aprendidos y vividos desde niño, si los valores sobre los que se construía esa sociedad son puestos en cuestión?».

Leían el *Condorito* que les mandaban desde Chile, pero compraban la *FRÖSI*, reían con *Clown Ferdinand*, imitaban a *Pittiplatsch* y los más chicos se iban a dormir con la arenilla mágica del *Sandmännchen*.

Educaron sus paladares mezclando charquicanes y empanadas con *Milchnudeln*, *Sauerkraut* y *Bouletten* con mostazas picantes, y TODOS ellos tuvieron que decidir si amaban u odiaban el *Griessbrei*.

En tardes culturales miraban películas chilenas y participaban en documentales sobre sus experiencias en el exilio, pero se empapaban con series alemanas sobre la guerra o las aventuras de *Winnetou*. Estos niños chilenos crecieron mirando las hermosas películas soviéticas de cuentos rusos con la bruja Babayagá, admirando a Gojko Mitic y a ese tremendo amigo de los chilenos que fue el cantante y actor Dean Reed.

Todo esto sucedía mientras pasaban de curso, afinaban sus gustos, descubrían sus pasiones y conocían el amor y los amores. Algunos emigraban nuevamente hacia otros destinos, otros volvían tempranamente a Chile. Los que llegaron más pequeños se convertían en adolescentes, los que llegaron adolescentes, en adultos. Muchos entraron a la universidad, definían su futuro laboral y pensaban en formar sus propias familias, tal como era la ruta de vida normal para todos los jóvenes en la RDA.

Hasta que llegó el momento del retorno.

Con las protestas contra la dictadura desde el año 83, paulatinamente comenzó el retorno de muchos exiliados y el año 1989, definitivamente se terminó el exilio. Pero usar la palabra «retorno» para los hijos de exiliados es engañoso. El retorno es un cierre de una interrupción, el reencuentro con una parte propia que estaba lejos. El retorno supone «regresar» a algo. Para muchos hijos del exilio no fue así, sino que significó el comienzo de

su propio exilio, el encuentro con incertidumbres desconocidas, de procesos de adaptación difíciles e identidades profundamente cuestionadas.

El exilio y su vulneración de derechos no terminan con el acto administrativo de expulsar a ciudadanos de su país por razones políticas. Este acto abusivo y antidemocrático es sólo el comienzo de horizontes forzados, muchas veces dramáticos que se abren irreversiblemente en la vida de esos ciudadanos y sus familias. El destierro obliga a padres, hermanos, abuelos y amigos a vivir tironeados por la distancia, y el desterrado debe acostumbrarse a esa sensación dulce pero desgarradora al recordar esquinas, jardines, aromas y sonidos que le faltan. Muchas veces el exilio termina abriendo abismos irreparables con hijos, sobrinos y nietos, cuando inevitablemente la vida va sembrando apegos y echando raíces en otras tierras.

¿Qué sucede con los que crecen en un país que no es el suyo, y cuando regresan al que sí lo es, se sienten extraños en un mundo extraño? ¿Qué sucede con los que salieron más crecidos de Chile, a los que les costó más desprenderse del país? ¿Qué dilemas debieron enfrentar cuando se les apareció la palabra «retorno» como opción, si ya proyectaban su vida adulta en ese país? ¿Qué dilemas enfrentaron cuando desapareció la RDA y carreras, trabajos y futuros quedaron en entredicho?

Los niños y jóvenes chilenos de entonces, el exilio de la segunda generación que creció en la RDA, viven sin duda una situación extraña y única: los que regresaron a Chile, los que se quedaron en la Alemania reunificada, los que buscaron horizontes en otros países, los de rumbos desconocidos, todos llevan en su memoria, en su forma de pensar y ser, un país ya desaparecido. Sigue estando todo ahí físicamente, pero falta algo esencial. Los mismos edificios y parques, el mismo *Viertel* con las huellas y ecos de entonces, pero ahora todo eso es parte de otro país, de otra sociedad. Ahora, la RDA también es *drüben*.

¿Qué sucede cuando dejan de existir simultáneamente las razones de tu exilio y el país que te acogió? ¿Dónde pertenece quien comienza su propio exilio al regresar a una patria desconocida, mientras la patria más conocida desaparece como tal? ¿Cómo hace un desterrado para reconocer y agradecer a la sociedad que le permitió crecer, estudiar y convertirse en la persona que es, si esa sociedad ya no existe? ¿Qué haces con los valores aprendidos y vividos desde niño, si los valores sobre los que se construía esa sociedad son puestos en cuestión?

En este libro, son los hijos del exilio los que intentan responder estas, sus propias preguntas. O quizás se trata más bien de compartir esas preguntas, ya que hasta hace poco nadie sabía que ya eran compartidas en silencio, por muchos y hace mucho. Lo que al principio fueron conversaciones privadas entre algunos, pasó a convertirse en cascadas de recuerdos y emociones de toda una multitud. Contar historias personales a las únicas personas que pueden escucharlas con oído cómplice, por momentos produjo verdaderas catarsis entre conocidos, desconocidos y re-conocidos que comparten esta historia común. Esas cascadas de testimonios merecen ser publicadas, porque son resultado y forman parte de nuestra historia reciente; son parte de nuestra memoria como país y como pueblo, memoria tantas veces maltratada y tantas veces negada.

Un trozo no muy conocido de la historia de Chile y de la historia alemana, vivido por niños y jóvenes chilenos en el punto más ardiente de la Guerra Fría. Aquí, el testimonio de los hijos del exilio en la RDA.

De nosotros.

Auf die Plätze..., Fertig..., LOS!

CAMILO





Las familias chilenas en la RDA vivieron en: Rostock, Magdeburg, Frankfurt Oder, Cottbus, Potsdam, Leipzig, Dresden, Karl Marx Stadt, Zwickau, Jena, Halle, Berlin.

Juntándonos

Podríamos decir que esta historia comenzó a hilarse en septiembre del 2015, en el Café Torres u otro lugar antes; cuando empezamos a contar nuestras historias en un grupo de Whatsapp que rápidamente derivó en un grupo cerrado de Facebook «Hijos del Exilio DDR», con la siguiente invitación:

Amigos todos: *Este grupo fue creado con el fin de documentar la existencia, la vivencia y el reconocimiento a los Hijos de los Exiliados de la RDA, es decir a nosotros: la SEGUNDA GENERACIÓN.*

Este es un espacio nuestro, humano, para expresar, compartir y transmitir nuestro testimonio, nuestra historia, como víctimas invisibles de la dictadura, y dejar constancia de ello en la memoria histórica.

Por ello, les pedimos mantener esta línea y cuidar este valioso espacio.

Este grupo de Facebook nació un 7 de octubre (curiosamente el día en que se fundó la RDA) y fue parte del desafío de rescatar nuestra historia como hijos del exilio en la RDA. Historias poco difundidas, poco compartidas, poco comprendidas, pero a la vez, historias profundas, emotivas, llenas de vivencias. Queríamos sacarlas a la luz, despertarlas, removerlas y liberarlas. Y si todo salía bien, queríamos darles vida en un Libro, como material histórico.

Para eso creamos ese espacio común de reencuentro y así invitamos a otros a sumarse a la reconstrucción de una memoria colectiva, a recomponer emociones, sensaciones y vivencias de una experiencia de infancia y adolescencia que nos es común y trascendental, en la RDA.

Y lo que comenzó a ocurrir fue sorprendente. Fotos, postales, anécdotas y relatos comenzaron a llenar nuestro espacio común. Fue un rebrote de

recuerdos de baúl y vivencias atragantadas, una explosión de imágenes, palabras y sensaciones. Para mí fue un descubrimiento. Un descubrimiento de aquellos que me parecían lejanos y también de otros que no conocía hasta ese momento. Y, sobre todo, fue un descubrimiento de mí misma, hermoso y doloroso a la vez, de mi fragilidad oculta.

Quizás sea más acertado decir que el inicio de esta historia ocurrió 43 años antes, el 11 de septiembre de 1973, cuando algunos tenían 9, 10 o 13 años y otros apenas 3 o 5, o ni siquiera habían nacido. Con el golpe militar comenzó un camino que nos uniría y que hoy nos convierte en pares, en hermanas y hermanos de vida y que nos hace protagonistas, junto a Tania, Bárbara, Alejandro, Sergio, Juan Carlos, Camilo, Susana, Ana María, Daniela, Karl, Rosita, Marcia, Erika, Leo, Patricia, Ada, Victoria, Claudia, Esmerita, Alondra, Víctor, Claudio, Viola, Alejandra, Nieves, Diego, Manuel, Vania, Fabiana, Paola, Juan, Marcela, Rudy, Ángela, Adriana, Camila, María Teresa, Hernán y muchos más.

Nosotros los niños nace como resultado de este sueño. Es fruto del esfuerzo, dedicación y entusiasmo de un equipo que formamos para integrar el aporte de todos los que, de una u otra forma, permitieron que este desafío se cumpliera.

Esta es la historia de los Hijos del Exilio de la RDA, y está dedicada, con mucho amor, a nosotros mismos, a nuestros hijos, nietos y por supuesto también a nuestros padres.

ANDREA

Chicos y chicas de este Facebook, por favor, no olviden **presentarse**: sus nombres, dónde vivieron en la DDR, el año en que llegaron. Las fotos que suben son todas bellas, pero tratemos de acompañarlas con algo de historia también.

Soy **Bárbara** y llegué a la RDA en agosto de 1974. Veníamos desde Cuba y supuestamente seguiríamos viaje a Moscú, pero a mi mamá le encantó la RDA. A mí, sin embargo, me produjo un trauma el escuchar un idioma tan duro: «**ACHTUNG...**, **ACHTUNG**». Llegamos a la casa de Marcos y de ahí nos llevaron a la localidad de Grünheide, donde se encontraban más chilenos. Luego de enseñarnos algo de alemán, me pusieron en la escuela en Grünheide, aunque en un curso un año inferior al que me correspondía. Un tiempo después nos fuimos a Postdam y, al salir en libertad mi padre, finalmente nos fuimos a Berlín, a la Elli Voigt Strasse. Ya llevo varios años acá en Chile.

Mi nombre es **Ada** y soy originaria de la ciudad de Valdivia. Actualmente vivo en la ciudad de Jena, donde llegué los primeros días de septiembre del año 1981 después de una estadía en el Hotel Lunik, Eisenhüttenstadt. Yo no tuve que salir obligatoriamente de nuestro país como muchos de ustedes, y fue un programa de reunificación familiar el que me trajo a Jena. Mi padre, Uldaricio, salió de Chile en el año 1975 rumbo a Rumania donde vivió casi cinco años junto a su compañera y a mi hermano Hugo.





Soy **Andrea**. Llegué con mis padres y mi hermano en el invierno alemán del año 74 a la RDA, tenía diez años. Jena se convirtió en mi ciudad y muchos sábados o domingos subí al cerro Lobdeburg para llegar a sus ruinas, en paseos familiares o con amigos. En Jena viví la adolescencia y durante un tiempo me alejé del mundo chileno y me fui al mundo alemán, mis amigos del colegio me enseñaron, entre otras cosas, a disfrutar de la naturaleza. En el verano del 83 dejé Jena y me fui a Dresden, a estudiar en la TU Dresden y a vivir en un Studentenwohnheim. Mi mundo se amplió y conocí amigas y amigos de otras partes del mundo. Mi hermano regresó a Chile en 1984 y mis padres al año siguiente, yo me quedé terminando mis estudios hasta el año 1988.



Soy **Daniela**. Nosotros también llegamos a Grünheide, y yo también fui «descubierta» artísticamente en la RDA. Recuerdo que me reclutaron para la Musikschule en el primer año de escuela y comencé a estudiar violín. Lamentablemente lo dejé, sin embargo, en Chile entré al Conservatorio de la Universidad de Chile, a los 13 años, y estudié la carrera de Danza. A fines del año 1991 volví a Alemania (a Essen) y seguí perfeccionándome en Bühnentanz en la Folkwang Hochschule.



Soy **Juan Carlos**. Llegamos el 1 de septiembre 1977 a Berlín y a los pocos días nos trasladaron a Rostock. Vivimos los primeros cinco años en Evershagen y después nos cambiamos a Lützenklein. Fui al colegio hasta Tercero Medio, que fue en el 1990. Ahora vivo en Santiago y trabajo en la administración pública, a honorarios.

Soy **Rosita**. Nosotras, mi hermana, mi mamá y yo, llegamos en enero del año 1974 a Dresden a encontrarnos con mi papá que se vino a estudiar a la TU Dresden, en 1973. Sin embargo, la relación de mis padres nunca mejoró, así que vivimos las tres nomás, en la Hopfgartestrasse. En 1981 me mudé a Berlín, donde estaba mi papá por razones de estudios y luego, en 1985, volví a Dresden. Posteriormente, empecé un estudio en Leipzig que lo terminé justo el año 1990 cuando teníamos que volver. Llegué a Chile en agosto de ese año antes de la unificación de Alemania. Hoy vivo en Santiago, en la comuna de Pudahuel con mi pareja Hugo y mi hija Jacqueline, y trabajo como cajera en un supermercado desde hace 9 años.



Mi nombre es **Tania**, hija de Norma y Santiago, llegué a la RDA el año 1974, después de haber vivido en un hogar de asilo en Fontainebleau, a los alrededores de París. Al igual que muchos de ustedes, pasamos como familia por el Hotel Lunik. De ahí, mi primer hogar después de la casita en Lo Rojas, en Coronel, lo encontré en Frankfurt an der Oder. Por razones de índole laboral y partidarias de mis padres, la siguiente escala de la vida fue Berlín. Llegamos a Berlín el año 1976. Retorné a Chile en 1990, directo a mi ciudad natal, que es Coronel, y donde los primeros diez años no fueron más que chocar cada día contra un muro, que irónicamente a un año de mi retorno había sido derrumbado.





Soy **Claudia**. Nosotros vivimos en Dresden entre los años 74 y 79, aunque primero llegamos a Grünheide. Luego nos llevaron a Dresden, ciudad donde comenzó mi pasión: la gimnasia artística. Entrené en la *Verkehrsbetrieb Dresden* y competí por la región. Gracias a lo que aprendí en la DDR, cuando llegué a Chile quedé en la selección chilena de gimnasia. Mis hermanas: Amaya y Bárbara también vivieron en la RDA. Mi mamá Vivienne hizo el *Tata Colores (Puppendrick Im)* inspirado en el *Sandmännchen*, y mi papá es Juan, que me crió desde los dos años de edad cuando mi mamá se casó por segunda vez (yo soy hija del primer matrimonio) y con él vivimos en Dresden los cinco años.



Soy **Leonardo**. Mi familia llegó a la RDA en julio del año 1976. Veníamos de la BRD. Llegamos a Cottbus y el año 1978 la familia se mudó a Berlín. Desde entonces estoy aquí y me siento cada día más berlinés.



Soy **Camila**. Mi padre, Manuel, ya estaba en Berlín y nosotras, con mi madre, salimos de Chile a principios de 1974. Estuvimos inicialmente en Cuba y a finales de ese año nos fuimos a Berlín. En agosto de 1981 nos vinimos a España. Los Foncillas somos españoles y encontrarnos con nuestra familia e historia fue toda una emoción para mí. Mis abuelos paternos eran republicanos y después de estar en un campo de concentración en el sur de Francia, se fueron en el Winnipeg exiliados a Chile. Ahora, yo vivo en Madrid.



Soy **Camilo**. Después de un periplo por Suecia y Cuba, arribamos a Berlín, *Hauptstadt der DDR*, el 1° de mayo de 1974. Mi madre, acarreado a mis dos hermanos, Alonso y Antonio (mellizos de sólo meses), y a mí, se encontró ahí con mi padre, quien había llegado unas semanas antes. Después de unos meses en Birkenwerder nos entregaron el departamento en Berlín. De hecho, fuimos los primeros habitantes del Hochhaus en Leninalle 177, al que después arribarían más y más compatriotas, hasta que ese *Viertel* se convirtió en uno donde se concentraban mayor cantidad de chilenos dentro de la capital. Nunca más nos movimos de Berlín.



Hola, soy **Ignacio**. Me doy por bienvenido a este grupo que supongo tiene que ver conmigo, soy hijo de Susana y Carlos, e hijo adoptivo de Claudio. Nací en Berlín un 19 de octubre de 1974 y viví ahí hasta mayo de 1980. Luego de un intento fallido de mis padres por volver a Chile (mi madre estaba en la lista de extranjeros indeseables), terminamos en Uruguay, país del que no nos fuimos más. Muchos recuerdos de la RDA no tengo, el idioma por algún motivo quedó en el closet y los recuerdos son muy vagos. Años de terapia y nunca pudimos entrarle a Alemania, quedamos siempre ahí..., supongo que algún *metejón* debo tener con toda esa etapa... Sin dudas por transitiva y de forma directa también, somos una generación marcada a fuego por el exilio y la ruptura posterior de un sueño.





Soy **Paty**. Nosotros llegamos a Eisenhüttensatdt desde la RFA, se podría decir que estábamos «ingelebt» con algunas costumbres alemanas pero sí tengo recuerdos de la llegada de compañeros y sus familias directamente de Chile..., muchos desde la cárcel.



Soy **Roxana**. Nuestra familia llegó en 1974 a Zwickau y luego nos mudamos a Potsdam donde vivimos hasta 1983. Tuvimos una hermosa infancia, llena de deportes, campamentos, canciones, paseos, encuentros y todo siempre en un ambiente cercano con todos los otros chilenos. ¡Éramos una gran familia!



Me llamo **Marcela** y llegue a la RDA en 1974 con mis padres y mi hermano Alvaro. Primero estuvimos unos meses en las afueras de Berlín, en Teupitz, donde conocí a Marcela R. Después nos fuimos a vivir a Karl-Marx-Stadt. En la famosa calle Hans-Beimler-Str 215 vivíamos todos los chilenos. Tenemos lindos recuerdo de ese tiempo.

Nuevo hogar

ERIKA: Llegamos al Hotel Lunik de Eisenhüttenstadt en marzo del año 1978. Durante el primer mes no podíamos salir del hotel y yo me aburría, ya que no había más niños. Después, de a poco, nos dejaban salir a la calle y por casualidad conocimos a dos niñas alemanas, tan lindas y de buen corazón que, sin hablar, se hicieron entender para consultarnos si queríamos helados. Desde entonces, todos los días nos iban a buscar y a dejar al hotel.

Nosotros teníamos familiares que ya estaban en la RDA desde el año 1974 y mi tío una vez nos fue a buscar para llevarnos a su departamento en Potsdam. Estábamos felices y curiosos, ya que habían transcurrido largos años sin vernos. Cuando entramos al departamento alfombrado dejamos todo sucio porque no nos habíamos sacado los zapatos, y nadie nos dijo que, según la costumbre alemana y para mantener la limpieza en casa, había que sacarse los zapatos previamente. Fue lindo compartir con mis primos y jugar en las camas que eran tantas.

En mayo de 1978 nos trasladamos a Cottbus, donde había departamentos grandes, adecuados para nosotros que éramos seis personas. En la calle Janschwalderstr. 5, nos esperaba Carmen Gennermann y una señora alemana, encargada de los chilenos. Subimos al quinto piso y en la puerta había un canasto lleno de alimentos. El departamento estaba completamente equipado con muebles, sábanas, toallas, platos, etcétera, había de todo. Mi pieza era pequeña y tenía que compartirla con mis dos hermanas. Había una cama, un camarote y un mueble chico para la ropa. Mi hermano recibió su pieza completamente equipada e igualmente mis padres. El departamento tenía un baño chico, sin ventana, igual que la cocina. En el comedor había una puerta que daba al balcón: era la primera vez que estaba en un balcón y me daba miedo mirar hacia abajo.

Al día siguiente nos pasaron a buscar Fabiana y las mellizas Matilde y Rosario para ir a jugar. Ellas eran hermanas y vivían en el cuarto piso del mismo edificio. Afuera había niños de todas las edades, chilenos y uruguayos. No podía creerlo: al fin podía ser una niña y no estaba sola. Desde ese día me sentí nuevamente feliz, sin miedo. Hasta podía comentar y hablar sin temor, lo cual no era fácil para mí.

En Chile había tenido que callar. No podía contar nada de lo que escuchaba o de lo que hacían mis padres, como escuchar radio o si teníamos visitas. Y por eso, ese tiempo con mis nuevos amigos fue lo mejor que me pudo haber pasado. Fue uno de los mejores momentos de mi vida.

—Sabes, al leer lo que escribes empiezo a recordar mi historia — que en muchos aspectos es idéntica a la tuya—, pero tengo todos los recuerdos revueltos, igual que los sentimientos que pasan de la alegría máxima a un dolor en el alma, que por ahora me impide hurgar más, ¡pero leerte a ti y a los demás me hace mucho bien!

—¡Hotel Lunik! Nunca olvidaré los tremendos platos que nos servían, nunca había visto tanta comida, tanta cecina. Era algo totalmente desconocido para mí, tanta abundancia. Fue la primera vez que comí *Bierschinken* y todavía es mi cecina preferida.

—¡Eisenhüttenstadt, presente! yo también llegué ahí en agosto del año 81 al Hotel Lunik.

—Yo también, el 17 de septiembre de 1976 al hotel Lunik.

—¡Nosotros, muy parecido en Dresden!



—¡Yo llegué a Eisenhüttenstadt el año 74, al Hotel Lunik! Creo, que tuve ahí mi primer pololo, me iba a buscar al jardín infantil.

—¡Hotel Lunik..., siiiii!



—¡Sí! Siempre estábamos jugando juntos, de campamento, actos de pioneros..., ¡compartíamos mucho! ¡Ese es uno de mis recuerdos más valiosos, todos los adultos eran nuestros tíos, y nosotros simplemente sabíamos que estábamos juntos! Era una integración que se daba de forma natural. Es un legado que me acompaña siempre, la unión, la solidaridad, el compartir y disfrutar de pequeños detalles con las personas que quiero, ampliando siempre el círculo, donde entra todo aquel que tenga una capacidad de tolerancia a la diversidad.

El primer lugar que pisamos en 1973 fue Grünheide, nevado. La primera infancia. Desde esas bellas imágenes que registré en mi memoria de niña, y que jamás se borrarán, nunca más había visto ese bellissimo universo: la nieve, los bosques, el lago con hielo completo, los niños patinando, los gorros con pompones; y yo —pequeña en diciembre—, en esa inmensidad...

—Tenía cisnes el lago...

—Ese lago maravilloso, dónde salíamos a jugar, me encantaba.

—¡Ooooh! qué bello, ahí llegamos muchos, lugar entre sus bosques. Gracias por la foto.

—Detrás había un cementerio y al lado un lago. ¿Alguien se acuerda del nombre del lago?

—Tantos recuerdos maravillosos. Qué buena idea esta de compartir experiencias vividas. Tantos amigos chilenos y alemanes.



—iJaaaaaaaaaá! Por suerte, no. Yo tenía los tradicionales de madera, preciosos.

—iAhhhh! ¡Qué lindos recuerdos! Llevaba a mi hermano al Kinder y lo obligaba a tirar del trineo conmigo encima, ija, ja, ja!

—Nos íbamos al colegio en trineo, mi hermana me llevaba..., me encantaba el invierno. No recuerdo haber pasado frío, pero sí recuerdo que alguna vez me llegó una bola de nieve a la cabeza o incluso al *Schulranzen*, iuffff!

—iEn mi caso, era yo el que tiraba a los mellizos..., «SCHNELLEEEER MILLOOOOO...!» me decían los perlas muy contentos y sentados, ija, ja, ja!

—En Rostock, detrás del hospital Salvador Allende nos tirábamos también por un monte.

—Recuerdo que mi papá me llevaba, tirando del trineo, paseos larguissimos por los bosques nevados de los alrededores de am Stern en Potsdam.

—Yo también usé los de madera. Pero por poco rato, porque después me daba frío y me volvía a la casa.

—¿Alguien tuvo de esos trineos de plástico, que se veían geniales, pero que eran como el forro? Lo probé muy canchero en la famosa *Todesbahn* de nuestro cerro, la *Oderbruchkippe*, y se rompió una de las palancas alto y quedé dando vueltas en trompo iuyuyuyyyy...!, casi al hospital.

—iOooh! ¡Genial andar en trineo! Y sí, pasaba frío.

—iMe encanta la nieve y me encantaba el trineo! ¡Y no pasaba nada de frío! En Uruguay hace frío o yo estoy más vieja..., ija, ja, ja!

—iPara traer las compras del *Kaufhalle*...! ija, ja, ja!

—Al frente del hospital en Cottbus había un monte donde íbamos a tirarnos en trineo. ¿Se acuerdan?

—iYooooo!

—Cero recuerdos de frío y era campeona en esos trineos... Y a la salida del colegio el bolsón igual servía de *Schlitten*.

—Más que en trineo, en invierno me gustaba andar en *Schlittschuhe* y tirarme de algún cerro, los zapatos o zapatillas con la suela lisa también servían. Me acuerdo con unos amigos nos tirábamos desde un cerro que había en el centro de Frankfurt Oder y aterrizábamos en una laguna congelada.

¿Quién no usó uno de éstos?
¡Genial!



—Conuerdo contigo, no recuerdo haber pasado frío. Todo estaba calefaccionado, mi Schule, el departamento, etcétera.

—Extrañamente, en invierno allá no recuerdo haber pasado frío. Bueno quizás al final, ya adolescente, cuando herumlungeabamos escuchando los hits de la semana desde el Stern fumando nuestros Cabinet muertos de frío.

—Tampoco pasaba frío en el invierno, sin embargo, aquí en Santiago paso todo el invierno con frío, ibrrrrr!... Tengo aún vivo el recuerdo de cuando nos sacamos la mugre con mi padre bajando de un cerro en trineo... Al parecer golpeamos una piedra y el trineo se hizo trizas y bajamos lo que quedaba del cerro sobre nuestros traseros jajajaja.

—Parece que yo fui la única con frío... ¡Realmente, me cargaba el invierno alemán! Pero sí reconozco algo: en casita, colegio o cualquier lugar cerrado, ¡NADA de frío! Por lo mismo, jugaba un rato en la nieve y luego a casita.

—¡Qué recuerdo! Cuando íbamos al lago en invierno en uno de estos trineos hermosos.



¿Qué comidas alemanas les gustaba y cuáles no?

—A mí, me gustaban casi todas. Yo era bueno para el diente ya en ese entonces, ja, ja, ja. Pero, por sobre todo los spaghetti acompañados con lo que fuera. Las que no me gustaban era el Sauerkraut y el arroz con leche.

—El Quark, ¡puajjjj! Recuerdo que cuando tocaba Quark en el colegio, casi todos los chilenos y uruguayos lo tirábamos a la basura.

—¡Ja, ja, ja!, a mí me gustaba. El Quark venía en botellas y se revolvía con azúcar ahí mismo, quedaba rico.

—¡Huácaleee...! Me cargaba.

—Me costó acostumbrarme a la comida alemana y más aún a la del colegio.

—Yo, de hecho, jamás me acostumbré. En casa comíamos bastante «chileno» dentro de lo posible. Como quedaba al lado, muchas veces me arrancaba al departamento para almorzar bien, sobre todo si ya a la entrada se olía que había Milchnudeln o Grießbrei.

—Odiaba el Hering con toda mi alma y ahora, de adulta, puedo matar por un Hering bien preparado. Me gustaba mucho comer ruibarbo. No debe haber nada más «guácale» en la vida que Milchnudeln y Grießbrei y las bolas de masa con una salsa dulce por arriba, no recuerdo el nombre, no me gustaban nada... ¿Cómo se llamaban?

—Adoraba el Grießbrei con canela y azúcar. También las Kartoffelklösse con Pflaumensosse. Odié los Heringe, Schmalzstullen, lechuga con azúcar, ¡puaj!

—Y yo, encantado volvería a engullirme sus buenos Schmalzstullen.

—Hefeklöße mit Blaubeeren.

—El Schwarzbrot con Hackepeter y aunque no es alemana, la Soljanka en invierno.

—¡Sauerkraut und Rohtkohl!

—¡Soljanka, lecker! ¡Y las Thüringe Bratwürste!

—Kartoffelklösse con Rotkohl lejos lo mejor y de postre un Apfelstrudel. ¿Alguien se acuerda cómo se llamaba el plato que era como sopa de prietas? Eso sí que era «guácala».

—Se llamaba «Tote Oma», son las prietas.

—¡A mí gustaba la «Tote Oma»! Era la prieta suelta con papas.

—A mí me dio anorexia en Cottbus, por no poder ver cómo flotaba la grasa en los platos de almuerzo del colegio, ¡güack!

—La Soljanka realmente era muy deliciosa.

—La Soljanka, la Gulaschsuppe, ¡hmmm!, lecker.

—Voy por Bratwurst, y la Kartoffelsuppe.

—Bräulerbraten.

—Ahora adulto he podido encontrarle alguna gracia al Sauerkraut con Apfelmus. No me gusta lo agrídulce así que la culpa no la tienen los alemanes.

De allá, las carnes, las Wurst, el jabalí y el ciervo me encantaban, pero eso se comía en vacaciones, a veces directamente después de la caza, eso lo encontraba mágico.

—Quizás no se deba confundir la comida alemana con la que nos servían en el Essensaal, obviamente eso no tenía cómo ser muy delicioso, digamos.

Papas deshechas, echarle leche caliente a cuanta cosa pillaban, o llenar las lentejas con azúcar, ¡ufff!

—¡Jabalí lecker!

—¿Qué tienes contra las lentejas con azúcar? ¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¿O me vas a decir que tampoco te gustaba la lechuga con azúcar?

—¡No hay nada más rico que el Hackepeter! Carne cruda, huevo crudo, cebolla cruda, harta pimienta, sal, ají color y ya en el pan, ¡su rico pepinillo! (estilo Spreewaldgurken). Lo como hasta hoy, arriesgándome a toda enfermedad, ¡ja, ja, ja, ja, ja, ja!... Nunca me he enfermado ¡Und das Bier nicht vergessen!

—A mí me encantaban las Schnitzel, el Teewurst, el Hackepeter, la Frikadellen con alcaparras y muchas otras, pero lo que era repugnante era el pan con manteca de cerdo. Aquí en España, en Andalucía, preparan algo parecido con pimentón, ¡lo llaman manteca colora, igual de asqueroso!

—Saueres Ei.

—El perrito era muy bueno también.





—La cosa rara era comer arroz con leche como plato de fondo, y te daban un platón en dimensiones grotescas.

—¡El Kalter Hund!

—¡Siíiiiií!, yo lo he hecho algunas veces acá.

—¡A mí también me parecía rarísimo! Postre como almuerzo.

—«Kalter Hund» o «Kalte Schnauze» como se decía en Potsdam. ¡Muy rico, pero tremendas calorías!

—El Kalter Hund era/es esa torta de chocolate con galletas, ¿cierto?

—¡Kalter Hund! La última vez, lo hice hace unos años de puro ocioso, porque es facilísimo. Compré chocolate, líquido y untable, y en un molde ancho puse una capa de galletas, una de chocolate, otra de galletas, otra de chocolate y otra de galletas para cerrar. Y al refrigerador nomás. Capaz que otros tengan fórmulas distintas y más elaboradas. ¿Qué tal quedaría con una capa de manjar?

—A mí, me encantan «tooodaas» la comidas, incluso el Spinat mit Kartoffeln und Rührei oder Spiegelei. Todavía lo preparo, y a mi marido chileno y a mi hija le encantaba. Si salíamos a comer afuera pedía Ragoutfan ¡Mmmhh! De postre: Vanillepudding mit Rotekrütze (la falsa que era como de sémola). De pasteles adoro los Eierschecke.

—No me gustó nunca el Rabarber o Heringe mit Quark.

—¡Heringe mit Quark?

—¡Rabarber, me encanta! Estoy interesado en conseguir para tener todo el año. ¡Y hacer confitura!

—De postre: Apfelstrudel mit Vanilleeis, heiße Kirschen mit Vanillepudding oder Vanilleeis..., ¡Mmmhhh!

—Nunca pude con las Milchnudeln.

—Yo tampoco ¡guácala!

—Mi mamá (alemana) aún nos regalona... Hace Stollen (rico, no como el sucedáneo del Jumbo), Soljanka, Quarkspitzen y Quarkkeulshen, Holopsti... En realidad, no recuerdo muchas cosas malas. Amaba el Kalter Hund para mi cumpleaños y hasta me repetía los Milchnuddel en el colegio. ¡Leer todos estos posts me dieron mucha hambre!



—Mi santa madre se «envició» en una época con los Kuchen, así que todos los fines de semana preparaba al menos una bandeja de Pfaumenkuchen o de Strauselkuchen.

—Yo no me acuerdo lo que me gustaba, pero tengo un recuerdo de lo que no me gustaba y era Blutwurst con papas y Sauerkraut. Simplemente veía esa cosa en el plato y me daba un asco.

—Les cuento que como tengo una suegra alemana que se mete en mi cocina, el fin de semana me explicó el secreto del buen Gulasch: Si tienes carne fresca que va a soltar harito jugo, tienes que freír los trozos en tandas que no cubran completamente el fondo de la olla e ir vaciándole el jugo en un bolo, porque si no la carne toma gusto a cocida y no a frita. Cuando la tanda está sofrita, se vacía en el bolo y se pone la siguiente con poquito aceite, y también se le saca el jugo. Después de la última tanda se frie la cebolla cortada chiquita (eso si le van a poner cebolla; los hay en pro y en contra), se deja en la olla y recién ahí se le pone el pimentón (no antes, ya que se quema), 1 taza de vino blanco, el resto de la carne y 1 taza de agua, aliños (yo le pongo merkén), el tomate molido (de tarro simplemente, ya viene pelado). Se deja cocer suavemente y con la olla tapada por más o menos una hora. Si le falta, se agrega otra taza de agua. Después de sacada del fuego la salsa, se agrega la sal, ¡así la carne se mantiene más jugosa... ¡Guten Appetit! Y al último se les pone trozos de pimentón de varios colores.

—¡Lecker! Gracias por la receta. ¿Y la Soljanka?

—Yo he encontrado varias recetas de Soljanka en YouTube (algunas bien extrañas, eso sí).

—Deberíamos hacer algo así como un recetario de comidas de allá.

—¡Siíiiiií!

¡Sería fabuloso!



Pioneros

—¡Yo estuve en en el Campamento Internacional de Pioneros Wilhelm Pieck.

—Uhhh, yo creo que también, no me acuerdo bien.... ¿alguien se acuerda?

—Yo también estuve en ese campamento. Todas esas actividades nos llenaban de energía, al conocer distintas culturas y entablar amistades.

—Yo fui como a mil campamentos, pero nunca pude ir al Wilhelm Pieck.

—Lamentablemente, también en la RDA existían «privilegiados», Wilhelm Pieck era exclusivo.

—¡Ja, ja, ja, ja!, así es, había que tener «Pituten».

—Nosotros tres tampoco fuimos nunca... ¡Keine «Pituten»!

—Yo fui a lo menos a tres campamentos de pioneros, entre ellos el Wilhelm Pieck.

—Lo que más me impresionó del campamento Wilhelm Pieck fue la visita que se realizó con todos los pioneros al KZ Sachsenhausen.



—Me acuerdo, ¡es verdad!

—Yo fui también con un grupo grande.

—A Sachsenhausen fuimos con el colegio. Recordando, es notable lo mucho que nos sacaban para todos lados durante el estudio. Museos increíbles, Gedänkstätten de todo tipo, festivales de vaya a saber uno, deportes... ¿Se acuerdan de cuando había Manöver? Me encantaban, igual que las Schnitzeljagd.

—Esas son historias y recuerdos que nadie cuenta en los medios dado que

la historia la cuentan los vencedores como les convenga. Aunque en la desaparición de la RDA no hubo una guerra como tal.

—Die schöne Pionierrepublik am Weissensee.

—No era el Weissensee. Ese estaba en plena ciudad y se podía remar, y si te acercabas te llegaba el chorro.





FESTIVAL INTERNACIONAL de la Canción Política

—Pienso en Berlín y entre los mejores recuerdos aparece el Festival de la Canción Política. Esa foto en el Palacio de la República, cuando Mikis Theodorakis interpretó el «Canto General»... ¡Qué maravilla!

—Triste es saber que acá en Chile muy pocos conocen esta obra de Mikis Theodorakis y menos que fue Allende quien le pidió poner música al «Canto General». En cierto modo somos privilegiados, tuvimos cultura y no solo por el Festival. Recuerdo que cada cierto tiempo nos llevaban del colegio ya sea a un ballet u opera, teatros, todo al alcance de nuestras manos.

—Grandes recuerdos de aquellos festivales: la Grande de las Grandes: Mercedes Sosa; Atahualpa Yupanqui, Silvio Rodríguez, iy tantísimos más! Y bueno, después ir la Haus der Jungen Talente!

—Ya me sorprendía, que nadie mencionara la Haus der Jungen Talente.

—Pero ojo, lo que pasó im Haus der Jungen Talente... ¡Se queda ahí!

—El Festival..., muy lindos recuerdos y todas las peripecias que pasé para poder entrar, como venía de Cottbus no era fácil.

—¡Ya lo creo! Asistir al Festival era algo fantástico, todo el mundo quería estar presente para vibrar con los cantantes de renombre internacional. Era toda una locura, con los Illapu, Patricio Manns, los Inti-Illimani, por nombrar algunos.

—Y nosotros, cuando no teníamos entradas, inventábamos que teníamos que ayudar y nos creían y nos dejaban pasar.

—Yo me infiltraba como colombiana, ¡ja, ja!



Grupo City, Dean Reed y otros

—Esta es la canción de todas las canciones... ¿Se acuerdan de «Am Fenster», de City?

—En Cottbus, el Bowlingcenter tocó una noche solo esta canción por más de ocho horas, sin parar. El público no quería otra cosa más que ESA canción... ¡Qué tiempos aquellos!

—De lo mejorcito del Ostrock, definitivamente. El violinista tocó en una actividad por ahí por Marzahn donde fuimos chilenos, cubanos y otros más. ¡Combinó el violín con las congas de los cubanos, fue NOTABLE!

—Este tema expresaba muchas cosas para los adolescentes de aquellos tiempos: anhelos, sueños, rebeldía, libertad.

—Así es. Tenían una poesía increíble muchos Ostrockers en su música y letras. Hay un pequeño documental sobre adolescentes de la DDR con música de los Pankow, «Einmal in der Woche schreien», ¿lo cachan?

—Chiquillos, traje un poco de música para animar este 7 de octubre, ¡espero que les guste..., a mí me encanta! «FDJ - Sag mir, wo du stehst...», Hartmut König - Oktoberklub». Y ojalá les guste esta otra canción chiquillos: «FDJ - Wir sind überall».

—Y Dean Reed... ¿Cuántas veces cantó con muchos de nosotros o en diferentes actos?

—Él actuó en «Blutsbrüder», por ahí tengo esa película.

—A propósito de Blutsbrüder, me gustaban mucho las películas de Gojko Mitic. Una vez fui a Frankfurt Oder en el verano donde se exhibían películas al aire libre. Era la Freilichtbühne.

—Recuerdo que recién habíamos llegado a Chile y con mi hermana nos dirigíamos al PIDEE, donde se iba a realizar un encuentro de niños exiliados y Dean Reed, en ese momento, estaba cantando en el Pedagógico. Los pacos no dejaban pasar y desviaban el tránsito, así que nos tuvimos que bajar en Macul con Grecia y caminar hasta Holanda con Irrarázaval.

—Mira tú..., no sabía que Dean Reed había estado en Chile en esa época.

—Y en la película «El Cantor» con Dean Reed. También tengo hermosos recuerdos de haber participado en esa película como muchos de nosotros, niños y adultos. La escena de la ducha, ¿quién la recuerda? ¡Ja, ja, ja, ja! Fue un placer haber conocido a Dean Reed, un hombre increíble.



Navidad en la RDA

—El invierno, una Navidad nevada, el olor a Marzipan y a Tanne en el departamento, las Weihnachtslieder. Ver a Berlín blanco desde mi piso 19, es una de las cosas que más extraño.

—Yo también. Desde que retorné no siento la Navidad en Chile. Siento más bien un mar de gente con paquetes y bolsas de diferentes casas comerciales. ¡No conjugo Navidad y verano!

—El invierno allá estaba lleno de aromas, ¿cierto? La nieve hacía oler todo de forma especial, como mantecilloso, y producía un silencio exquisito. ¡Llevaba a mis hermanitos al colegio en trineo, iba a comprar al Koo en mis Schneegleiter. ¿Recuerdan que uno dejaba todo eso en la hilera de la entrada, igual que trineos o los ski, y jamás se te ocurría que se los iban a guachipear? Pero esa mezcla entre Tanne, Marzipan y Pfefferkuchen es como muy, muy de infancia.

—Esas sí eran navidades y las extraño también. Me llegó el olor del recuerdo.

—Muy cierto lo de las navidades y la nieve. Lo que a mí me ocurre es que en Rostock, junto a Esteban y Marcelo algunas veces, íbamos al centro y comíamos jabalí. Aparte que siempre he preferido el invierno alemán al chileno, este es demasiado húmedo.



Me encerraría como las hormigas para no salir durante el invierno aquí. ¡Brrrrr!

—¡También! La época de Navidad es lo que más extraño.

—Estoy esperando que me salga la visa para viajar y lo primero que haré en diciembre es comprarme un *Weihnachtskalender* e ir al *Weihnachtsmarkt*.

—En el *Weihnachtskalender*, ¡cuidado con el 10 de diciembre, oye! Ese chocolatito escondido detrás de la fechita ¡es MÍOOOOOO...!

—**Ana María le trajo un *Weihnachtskalender* a mi hijo y eso significó una verdadera batalla entre él y yo. Eso de abrir número por número y sacar el chocolate, al final ganó él, pero le robé sus buenos números.**



—«*Sandmann, lieber Sandmann, noch ist es nicht zu spät*». Creo que así empezaba la canción.

—¡Ooooh! Me dio sueño.

—*Lindo recuerdo.*

—¡Hasta yo lo veía y ya estaba viejito!
¡Ja, ja, ja!

—*Imborrable de los recuerdos de infancia.*

—*Faltó algo, ¿será la arena?*

—**¡Me encantaba!**

—Sandmann era el «Buenas Noches» para mis hijas Jessica y Clara, a las siete de la tarde, para levantarse a las 5:30 de la mañana.



Gute Nacht!



WIR GRÜßEN





LEO

Queridos amigos, me he decidido a escribir con la intención de compartir mi experiencia ya que estimo que es bueno que ustedes la conozcan. Les advierto de un comienzo que yo no sé escribir. Igual les deseo que este relato lo puedan leer ligeramente. Les contaré que mi familia salió en diciembre del año 1973 de Chile. Yo era un niño de 11 años. Mis padres tenían la edad de casi 40.

Al llegar a la ciudad de Giessen en la BRD, junto con otros asilados de Chile nos empezamos a habituar en ese refugio —«Auffangslager»—. Éramos un total de aproximadamente treinta chilenos, familias y personas solas. Cada cual con sus experiencias y traumas. A los días de la llegada, nos llamaron los padres a un encuentro donde se comenzó a hablar, esta fue la primera reunión de mi vida. Recuerdo que

se hizo ahí un análisis de la situación que se vivía en Chile. Después se habló de la situación de nosotros, los refugiados. Se hizo mención a que todos debíamos hacer un aporte para que la imagen de Chile y de los chilenos no se dañara. Esto implicaba la honestidad, gentileza, así como asumir una conducta, ojalá ejemplar, en todo momento. Se nos explicó que también nosotros niños teníamos que portarnos bien. Esto era de mucha importancia ya que, si los alemanes llegasen a pensar que los asilados éramos «malas personas», la solidaridad con Chile de parte de ellos podría bajar.

Yo entendí: La solidaridad con Chile en Alemania dependía de mi conducta.

Menuda responsabilidad para un niño. Pensando bien creo que desde ese momento mi conducta fue ya no la de un niño de 11 años, sino que la de un «joven asilado». En todo momento pensaba en lo que hacía... y que mis actos no debían llegar a incomodar nunca a

los alemanes. O sea que me transformé en un robotito que tiene que controlarse permanentemente. Ser ejemplar en todo momento, buen hijo, buen escolar, etc. Para qué les cuento las trabas en el desarrollo que esto significa. Eso de sentir que la vida la llevas con el freno de mano activado generado por ese autocontrol.

En Gießen conocí la solidaridad a nivel personal. Alemanes de diferentes organizaciones y partidos nos ayudaban e invitaban a diferentes actividades. Nos mimaban con regalos, nos invitaban a sus casas. Españoles refugiados de la Guerra Civil y otros se acercaban y nos abrían su corazón. ¡Qué experiencia tan extraordinaria es la de llegar a un lugar desconocido y ya eres bien recibido!

Ya en este tiempo comenzó a sonar el grupo de canto «Arauco». Un trío con mis hermanas mayores y yo. Arauco tenía un severo ritmo de trabajo. Se ensayaba casi todos los días y cuando había una actuación pendiente, varias horas todos los días. Aprendí lo que era una «segunda voz» y nociones básicas de percusión bajo la severa mirada de mi hermana mayor, quien se impuso como jefa musical. Vivíamos en un barrio central de la ciudad –sin niños– así que para no aburrirnos ensayábamos. Con el pasar del tiempo me percaté que también a los padres hay que tenerles consideración ya que ellos no conocían el entorno. Al no hablar ellos el idioma y sin conocer los códigos de la sociedad se veían muchas veces sobrepasados con la situación. Mirando hacia atrás tengo la impresión de que ellos también eran «robotitos» tratando de avanzar sin recibir muchos golpes. Estos sentimientos se quedaron en mí por largos años.

Durante la vida en la RDA estos pensamientos perduraron. Aquí deseo aclarar que la vida en la RDA fue en lo personal una etapa muy linda y llena de alegrías y posibilidades. En eso no hay duda. Estoy hablando de lo más profundo que estaba en mí ser. De la RDA puedo hablar de mi hermosa etapa de la adolescencia vivida en Cottbus que despertó en mí algo que estaba muy dormido: mi chilenidad. Les contaré

que hasta el día de hoy –a casi 30 años de mi partida de allá– me siento agradecido por la experiencia y parte de ese colectivo. Para no darles más lata con detalles les contaré que la primera toma de conciencia de todo lo que he hablado la tuve durante un encuentro organizado por la Asociación «Ven-Seremos» de la «Segunda Generación» en Viena en el año 2007. Aquí sentí que lo fuerte de mis «traumas» o vivencias no eran algo solo mío. Aprendí que cada uno de los hijos del exilio vivió –con su acento individual– el trauma del destierro. Comprendí que no solo la primera generación sufrió el trauma del exilio, sino que también nosotros, los hijos la sufrimos. Ahí conocí y entendí a plenitud la definición de «víctima» de la ONU.

Los que lideran «Ven-Seremos» son de la segunda generación. Como resultado de esta conferencia asumí que hay dolores que llevo en mí al haber visto a los padres tan desorientados. Asumí que esa actitud de los padres lleva a un trastorno en la estructura familiar. También tomé conciencia en Viena lo importante que es el tema Chile en mí. Me percaté del peso de la carencia de la «gran familia» viviendo afuera del país en mi etapa de niñez y adolescencia. Todo esta toma de conciencia se logró en un trabajo en talleres.

Haciendo un resumen de todo esto los llamo a practicar la «toma de consciencia» de la vida que hemos tenido que llevar y los traumas que esta nos han dejado. ¡Nunca es muy tarde para esto! Finalmente me despido agradecido por haber leído este texto y diciéndoles que desde 1978 vivo en Berlín. En esta cada vez más maravillosa ciudad he encontrado mi espacio que me permite sentirme pleno y feliz. Un abrazo.

–Estaba sentada en la primavera de 1976 en la puerta del hospital de Eisenhüttenstadt, llorando a lágrima viva con mis dos pequeñas hijas que tenían fiebre. Habíamos llegado recién al Lunik, no sabía ni una palabra de alemán y no podía explicarle al médico qué pasaba con mis nenas. Apareció un niño flaquito y se ofreció de traductor. Eras tú, querido Leito, dulce, bueno y solidario. No lo olvidaré jamás.

—Leonardo, agradezco infinitamente este tremendo aporte, pues con Claudia hemos escrito en este Facebook, al comienzo, la imperiosa necesidad de iniciar una demanda constitucional contra el Estado chileno debido a esta situación como «hijos del exilio». Para ello, es imperioso tomar conciencia de nuestra condición de víctimas. Sin esa toma de conciencia, sin ese ejercicio previo, el exilio es sólo una anécdota.

—Me doy cada día más cuenta que siendo todos nosotros personas únicas e irrepetibles, hay un «nosotros» que nos hace hablar un idioma que nos comunica, identifica y hace cómplices más allá de la palabra misma. ¡Gracias!

—Siempre he tenido la impresión de que la solidaridad con Chile no había que «conquistarla» en la RDA, siempre estuvo ahí, nacía de adentro. Lo que hacíamos ahí como trabajo político de concientización era más que nada confirmarles que éramos reales, que Chile y los chilenos existíamos y podíamos —por ejemplo— cantarles una canción. Todo lo demás era recibir mil gestos a diario que demostraban que estaban con nosotros y querían ayudarnos. Claro que Leo tiene razón cuando explica que nuestro comportamiento estaba siempre en la mira y había que corresponder a tanta (¿idealizada?) imagen de chilenos combatientes, o representantes de los combatientes en todo caso. Pienso en la RDA y sólo puedo decir ¡Gracias! Infinitas gracias por todo.



ERIKA

Desde que estoy con ustedes mis recuerdos no me dejan tranquila. Les escribo desde mi celular. Les contaré los recuerdos que tengo de un poco antes de salir de Chile. Tenía 12 años. En ese entonces vivíamos en Victoria, región de la Araucanía. Era principios del año 1978 cuando supe que saldríamos del país, lo que nadie debía saber. Con sólo escribirles esto me late el corazón. Recuerdo como sufrí y que no podía hablarlo con nadie. Yo no deseaba dejar la vida que tenía, no quería salir del país, dejar nuestra mascota que ya llevaba 11 años con nosotros, dejar mis amigas. No sabía lo que era salir, viajar lejos. Yo no lo deseaba.

«Por favor, yo deseo quedarme» y mi mami me decía: «¿Con quién?», «no se puede...».

Y el día de salir, callados de la casa y de mi ciudad, llegó. Antes me habían dicho: «Un juguete puedes llevar».

Elegí una muñeca grande de plástico, vestida con una chaqueta de lana, hecha por mi mami, y así, con mi muñeca, salí en dirección a Santiago, donde una tía. Ahí me quedé por unos días mientras mis padres arreglaban todo para el viaje. Mi tía me preguntó qué deseaba antes de dejar el país. «Ver el mar», le dije. Entonces, viajé a San Antonio donde una prima, a quien no conocía y pasé un lindo tiempo con ellos, que no tenían hijos. Conocí el mar. Al dejarme en el bus con dirección a Santiago la abracé y le supliqué que me adoptara: «Por favor, ¡no me dejes ir!». Y lloré en sus brazos.

A llegar a *Eisenhüttenstadt* con mis padres, mi hermano mayor y mis hermanas, yo estaba vacía, destrozada. Con solo 12 años, no quería estar ahí. Extrañaba los cerros, mis mascotas..., empecé a callar..., así me conocieron después, tranquila, tímida, pero era sólo que deseaba volver.

Escribí sólo como yo lo sentí, recuerdo, y sigo sintiendo. Y se trata de mi versión y no la de mi familia. Gracias.

—Y yo pasé por lo mismo..., lloraba silenciosamente debajo de mi almohada, hasta pensaba esconderme antes de subirme al avión. Mi adolescencia fue robada...

—¡Caramba, qué fuerte lo que escribes! Me llega al alma leerte y me da miedo abrir mi corazón y dejar salir los sentimientos del desapego, la partida de Chile, la partida de Alemania, mi «autoexilio» acá en Perú tan lejos de todo y todos... Igual me encanta que lo hayas escrito..., y me da valor.

Ya llevábamos algunas semanas en Cottbus cuando mis padres y hermanos mayores fueron al curso para aprender alemán. A mí, los alemanes encargados de los chilenos, me dijeron que no necesitaba ir a ese curso porque, como era niña, aprendería rápido el idioma en el colegio. Así que junto con mi hermana menor fuimos al colegio, sin entender nada. Entré a 6°. En mi curso había tres varones chilenos: Isaías (mi «traductor»), Paco y Elio. Desde ese día dejé de hablar. Si me preguntaban algo o tenía que leer, de mí no salía nada, ninguna palabra. Extrañaba todo de Chile, mi profesora, mis compañeros. Muchas veces lloré en clases y mi nueva profesora trataba de consolarme y mis nuevos compañeros eran cariñosos conmigo. Me encontraban «*niedlich*». El problema era yo. Muchas veces, mis compañeros chilenos me rogaban que tratara

de hablar, pero yo no contestaba nada. Los recreos eran mi salvación, ya que ahí estaban las chilenas y uruguayas y yo por fin podía hablar y entender.

Todos los días se almorzaba en la cantina del colegio, pero muchas veces yo no comía porque no me gustaba. Después, me iba a casa caminando y soñando que estaba en las calles de Victoria. Tenía llave del departamento, la comida estaba lista ya que mi mami me dejaba comida chilena, pero yo no comía porque estaba sola. A la hora en que yo llegaba, mis padres estaban trabajando y mi hermana menor en el *Hort*, aunque muchas veces mis padres firmaban una autorización para que a mi hermana le dieran permiso para salir antes y así yo no estuviera sola en casa. Dos veces a la semana teníamos dos horas de clases de Historia de Chile y Castellano, lo cual me gustaba ya que entendía todo y tenía buenas notas; no como en los ramos alemanes. Mis profesores no sabían qué hacer conmigo y qué nota ponerme en la libreta. Yo seguía rogando que me devolvieran a Chile. Muchas veces mi mami me abrazaba para consolarme..., yo odiaba todo. Estuve como dos años así. Mi salvación fue que había chilenos y amigos uruguayos, si no me habría vuelto loca...

—Yo pensaba que era la única, nunca hablábamos de este tema con nadie de nuestras amistades.

—Efectivamente, no hablábamos de esos temas. Sólo vivimos y tratamos de ser niños, luego jóvenes y así...



ANDREA

Hacerse cargo de una misma a temprana edad no es algo simple. Y no me refero a lo material, a lo físico... me refero a lo emocional, a los miedos, a las penas, a las rabias. Yo me las guardé, esas emociones. No las compartí, no las expresé. Me hice silenciosamente cargo de ellas escondiéndolas. Solo a veces brotó un llanto en algún rincón del colegio, donde nadie lo viera. Debía ser fuerte, había otras prioridades muchísimo más importantes que mi propia pena. No había respuestas a mis simples preguntas que nunca hice, porque el momento era para otros. Yo sentía que era insignificante. No digo que lo fuera, solo digo que lo sentía. Era una niña. Pese a eso, yo tuve una infancia que recuerdo con alegría, sobre todo con mucha independencia y eso me gustaba. Juegos, risas, amigos. La pasábamos bien, en Jena. Pero, a la vez, yo me iba hacia adentro emocionalmente, cada vez más y, con la llegada de la adolescencia, eso fue en aumento.

Me hice cargo sola de mis propios cambios, de mis descubrimientos, de mis primeras penas de amor. ¡Y descubrí el poder del Diario de Vida! Escribía allí mis sentimientos, me refugiaba en él. ¿Qué importancia tenía todo eso en un mundo marcado por la lucha contra una dictadura fascista, en un mundo marcado por la lucha de clases, en donde la palabra clave era «pueblo» y no «individuo»? ¿Qué importancia tenían mis penas, mis nostalgias, mis necesidades de comprensión y contención, en un mundo donde había que fomentar la solidaridad por el otro? La soledad era mi compañía, porque ella no me generaba expectativas ni era necesario exigirle nada. Me fui para adentro porque eso me permitió no exigirle al resto lo que no era posible que me brindaran. Y aprendí a jugar con las sonrisas...

Y pese a todo, encontré la forma de disfrutar la vida, de salir adelante, de ser agradecida de mis padres, de mi familia y de muchos que han estado a mi lado

de una u otra forma. Y entonces hoy, muchos años después, me doy cuenta que mi historia no es única, que mi soledad fue compañía también de muchos otros, me doy cuenta que nuestras emociones sí eran importantes porque cada uno de nosotros vale, aun en el concepto de «Volk». Y entonces, esta vez decidí no callar, decidí hablar de lo que me pasó, de cómo me tocó vivir la experiencia de un Hijo del Exilio. Y estoy absolutamente convencida que mi vivencia es distinta a la de mis padres, ¡porque yo era una niña..., tenía 10 años! Y creo que es justo que la historia nos conozca, porque nos hicimos invisibles con la convicción infantil e inocente de que había cosas más importantes que resolver en este mundo que lo que a nosotros nos estaba ocurriendo. Y he leído cada uno de los testimonios que aquí han salido a la luz y mi convicción se ha fortalecido de que este es nuestro momento, es un instante casi fugaz en nuestra propia historia personal. Una oportunidad que no nos habíamos dado y que hoy la tomamos, la oportunidad de hablar, de gritar, de llorar, de llamar la atención, de pedir ayuda, de pedir comprensión y contención, de reír, de compartir, de sentirnos acompañados en esta vivencia y, ¡de contársela al mundo! Y por eso, al menos yo, estoy hoy aquí y comparto esto que siento con ustedes.

—Esos diarios de vida ya van hablar, porque creo y siento que cada uno tiene el suyo guardado bajo llaves, pero abriéndose.

—Diarios de vida también tuve y, muchos años atrás, los quemé.

—A mí me cuesta un mundo escribir y expresarme, pero tu escrito es como si hubieras leído mi mente y verbalizado vivencias que también tuve. Cosas que siento de la misma manera, mi Tagebuch fue por años mi refugio, dentro de todo lo bonito que fue vivir en la DDR también yo viví mucha soledad. No he podido entregar mi historia todavía ya que no sé por dónde empezar ni qué dejar afuera, pero lo intentaré.

—Al leer tu relato recuerdo sentimientos semejantes, que tienen que ver con el no haber aprendido, en su tiempo, a verbalizar lo más profundo y propio. Los sentimientos, dudas y problemas —cosas también normal en la adolescencia— no las podía contar, ya que siempre había algo o alguien que tenía más dificultades que yo en ese momento; este alguien era el pueblo de Chile que sufría bajo la dictadura. Yo veo ahora que me sentí bien oprimiendo sentimientos, ya que sentía que era lo moralmente «correcto». Se suma a esto mi opinión que también mis padres estaban totalmente sobrepasados con la situación de vivir el destierro y sin apoyo de su entorno familiar.

¡A seguir cumpliendo nuestro reto, la historia de esa generación invisible...! Me emociona el testimonio tuyo y el de todos. Me emociona

saber que nunca fui un «Alien». Éramos muchos «Alien» y aquí estamos aún... En este planeta Tierra y, al fin, nos estamos encontrando.

—Los recuerdos, el reencuentro, los testimonios, las palabras, las risas, las fotos, el espejo generado, el intercambio, las «confidencias»..., «*einfa*ch alles», todo lo que ha sucedido y está aún sucediendo con este espacio me ha puesto en un estado de mucha sensibilidad, frente a todo y frente a mí misma.

—Increíble, yo pensé que sólo a mí me pasaban estas cosas. ¡Algo más que tenemos para compartir!

—Desde que estoy aquí con ustedes no me siento como antes, mi vida cambió en unos días. Felicidad y tristeza se unen en estos momentos. No dejo de recordar. Hasta me siento como si viviera todo de nuevo.



CAMILO

Tuve una infancia en muchos sentidos soñada, pero llena de contradicciones raras. Por ejemplo, hasta los seis años, cuando entré al colegio, no hablé con ningún adulto chileno y ese retraimiento se mantuvo siempre de alguna manera. Me sentía chileno, me acordaba de Chile, de ciertos olores, sonidos, de la trenza de ajo de la cocina de mi abuelita, del sonido de las micros, de la música introductoria de «Chombas Tenerochas» (*Sombras Tenebrosas*), del chocolito, de la citroneta de mis abuelos, y también con mucha, demasiada vividez las locas y dolorosas semanas post golpe. Pero «los chilenos» me causaban un miedo extraño. Nunca me sentí alemán, pero la normalidad alemana era mucho más acogedora, menos ruidosa (¡ja, ja, ja!), no había que pensar tanto en temas jodidos, había tantas alternativas para llenar el día con cosas entretenidas. Me metí a TODAS (recuerdo haberme inscrito hasta en «Fakultativ Nadelarbeit») las que alcanzaba a hacer, sobre todo deporte y la Musikschule Karlshorst, para tocar viola y cello (aún sueño con las piernas de mi profe de cello, asomadas levemente debajo de la falda para puro molestarme en mis plenos despertares masculinosos).

Mis viejos siempre llegaban tarde, cansados, estresados, con el ceño fruncido, muchas veces a puro discutir, y al día siguiente se levantaban discutiendo, así que fui construyendo un mundito propio donde me sentía solo, pero a mis anchas, en un silencio lleno de sonidos que sólo yo escuchaba. Mis mejores amigos siempre fueron alemanes, con excepción del Iván, que llegó en 4° a mi curso, y mi gran hermano Diego, que vivía unos pisos más abajo.

Mirando atrás, me aparece muy patente (y potente) ese limbo en el que crecí. Ser chileno, pero sentir que esos «tuyos» no te aceptaban, que no encajabas ahí, y vivir como pendex típico alemán sin serlo ni querer serlo. Y ahí sí querer siempre marcar la diferencia: el orgullo por el color de mi piel, la búsqueda en el tronco por si había algún ancestro «Indianer», la pertenencia a un pueblo

que sufre y lucha, incluso la enloquecida y frecuente defensa que uno hacía frente a los alemanes respecto de su propio sistema, cuando se quejaban o lo atacaban directamente. Aun así, toda mi alma quería ser chilena, mis primeros amores fueron chilenas, mi música era chilena y en «el costillar es mío» no me ganaba nadie. Creo que por eso los Ferienlager eran tan importantes, más allá del factor «Ferien». Ahí como que esa tensión, esa contradicción se evaporaba por dos semanas en medio de un agrupamiento de coetáneos que no dejaba lugar a dudas: somos chilenos, desordenados, bailamos mejor, cantamos mejor, jugamos mejor a la pelota, y las alemanas, polacas, checas nos buscan a nosotros.

El año 1981 vine de vacaciones a Chile y ahí algo hizo click en mí. Dos meses de pasar piola iba a comprar al almacén y nadie se imaginaba que este moreno común y corriente en realidad vivía a miles de kilómetros de distancia, sólo a minutos del ícono mayor de la guerra fría. Las «gananas de volver», ahí se me hicieron carne, deseo real, pude tocar el cordón umbilical, morderlo, saborearlo, así que cuando regresamos definitivamente tres años después, en 1984, en medio de las protestas ya desatadas, todo en mí quería volver. Sin embargo, «me le fue» estar consciente de todo lo que dejaba atrás y años después me fue patente (y nuevamente potente), lo que había sucedido. Vaya tarea esa de canalizar tamaña dualidad por corrientes sensatas sin caer en los abismos emocionales. O caer, pero volver a salir más entero. Mal que mal, debemos ser los hijos del más asombroso exilio, ya que no tenemos forma de «regresar» al país que nos cobijó, cuidó, educó y dejó tanta huella en nosotros. Podemos volver a estar ahí físicamente, frente al mismo *Hochhaus*, la misma *Schule*, la misma *Oderbruchkippe* donde me saqué la recresta mil veces en trineo, pero ese país YA NO EXISTE... Siento que la *gute, alte DDR*, con todas sus grandezas y bajezas sigue viviendo en nosotros, incluso más que en muchos *Ossis*, por nuestra situación tan rara. Más allá de las opiniones políticas que cada uno puede tener hoy respecto al sistema mismo de entonces, ahí hay un legado humano muy bello que cuidar, y me

alegra mucho, mucho, mucho que tengamos esta instancia para compartirlo y alimentarlo. En estos pocos días me ha quedado la sensación de que no son simples «recuerdos», sino que son cosas que siguen palpitando, que quizás son en tiempo pasado, pero en sentires presentes. Me gusta la idea de compartir estas palpitaciones con ustedes. Cuidemos este espacio, ¿ya?

—Estoy segura que cada día van a ir apareciendo más cosas que nos unen, cosas que ni siquiera sospechábamos que teníamos en común, que cada uno pensó que era el único que lo estaba sintiendo así. Pero sí, creo que el retorno fue un poco «partir al exilio» también. ¡Qué bueno que crearon este grupo!



FRANCISCO

«Hola, mucho gusto, soy Francisco». Y luego, le estiré la mano a cada uno para saludar en mi primera reunión de pioneros... Así fue mi primer contacto con el colectivo chileno en Cottbus. Muchos no estaban acostumbrados a saludar de esa manera, y yo estaba llegando desde el Caribe, Venezuela. Ahí tuvimos que refugiarnos en 1976 en el marco de una reunificación familiar «virtual». Virtual, porque mis padres no se habían dicho la verdad y por fuerza mayor caímos en un cataclismo multisocial (separación, golpe militar, exilio, etcétera).

Desde el golpe militar al año 1976 Chile se había tornado gris. Lluvia, charcos de agua y Dictadura. Fue un salto abismal, ¡llegué a un país de colores... y Venezuela parecía un escenario de película! Rascacielos, enormes autos, gente de todos los colores, asiáticos, africanos, europeos..., árabes... Fue como llegar a un campamento multicolor. Pero todo se fugó con un golpetazo, cuando mis padres se separaron y entramos a laberintos de incertidumbre. Yo me refugué en una secta llamada Moon (resentido por

la separación de mis padres) y mientras no tenía más expectativas seguí en un estado de anacrónica virtual. Venezuela no logró ser mi cuna de seda, pero fue una inmensa impresión estar ahí y vivirlo como *Alicia en el país de las Maravillas*: mariposas enormes que parecían aviones, insectos que parecían helicópteros, sapos que parecían gatos, reptiles que bailaban salsa en los techos, y ¡alacranes que usaban tus zapatillas de jacuzzi! Las cucarachas festejaban casi todos los días como primero de mayo, ¡eran hiperproletarias, masivas (abrías una puerta y estaban ahí en un sauna de relajo masivo)!

Mi padre no resistió más su soledad. Quedó tan clavado como una estaca, con todas esas fuertes impresiones y drama personal que desistió y pidió traslado a un tercer país de exilio: ¡la RDA! Nosotros, los hijos, ya estábamos metidos en una sociedad de consumo, juguetes electrónicos, *skateboards*, y abundancia de cachivaches, que era como una enfermedad pervertida de sosiego diario. A mí me sonaba tétrico eso de la RDA o la RFA. Parecían organizaciones fantasmagóricas, yo estaba acostumbrado a palabras como

«chévere» (=Che) «catirico..., guayaba..., papaya»), y la RDA era como un laboratorio químico para mis oídos. ¡Nooo! ¡No quiero irme a ese país, no!

Pero mi padre usó el pudor de autoridad y dijo que «así será» porque «no hay alternativa». Venezuela no era para gente como él, en esos instantes, sensato y consecuente con sus principios humanistas. Donde iba, confesaba que era socialista de izquierda y tuvo que renunciar cada vez que sus jefes de empresa le cuestionaban su posición política. Trabajé de gerente en la Polar (fábrica de cerveza, enorme) y Piamonte (como los supermercados Santa Isabel en Chile).

En resumidas cuentas, llegamos al Hotel Lunik en Eisenhüttenstadt, creo, y desde entonces se puso todo el espectro de color gris. Ya no había mariposas gigantes multicolores o un arcoiris tropical, ni arepas con queso blanco, pero de alguna manera era un misterio penetrar a esa nueva dimensión que se llamaba «Estado Socialista». Nosotros lloramos con mis hermanas al estar tan decepcionados por ese violento cambio, pero sobre todo de despojarnos de nuestra madre. Nuestro exilio fue paterno, yo quedé trastornado y creo que aún me quedan secuelas de todo eso. Hicimos un mero esfuerzo para readaptarnos, pero finalmente desplomamos en un laberinto de ideas y consignas. Cottbus fue nuestro paradero y ahí crecimos con los parámetros del socialismo real. Finalmente nos encariñamos con la idea y sobre todo con la curiosidad de deleitar la filosofía marxista (¡para mí, Carlos Marx era como una estrella de rock!).

La convivencia fue siempre un poco sectaria, pero lo que forzaba la unidad de grupo fue más que todo el ancestro cultural, de ser todos hijos de América Latina. Desde mi perspectiva siempre vi todo desde un ángulo surrealista, o quizás estaba viviendo una sensación postraumática. Pero había mucha creatividad en ese crecimiento de estructuras, de modelo y rigurosas ideologías.

Yo alabo todo el esfuerzo de la comunidad de exiliados que se esforzaron por hacer lo mejor para nosotros, como ejemplos o como simples y gratas personas. La amistad fue esencial para nuestro crecimiento, yo nunca fui destacado en nada (excepto el ajedrez y el dibujo o el bailoteo), pero tampoco me sentía motivado por ser un cuadro o modelo ejemplar, me sentía conforme con mi forma de ser. Lo que sí recuerdo es que era muy «tirado al dulce», me gustaban las chiquillas y me sentía bien en ese contexto. La RDA fue una cuna para muchos, pero yo tenía las ideas claras antes de llegar ahí. En Venezuela veía documentales de contexto político, de tortura uruguaya, del Che Guevara. Pienso que desde chico en Chile siempre estuve con una postura de izquierda innata, no necesitaba leer cátedras para diferenciar lo que es justicia, estaba en mi ADN.

Creo que el 81 nos fuimos a Karl-Marx-Stadt y de ahí me desconecté del colectivo «cottbusiano». Yo personalmente fui bastante independiente, pero tenía un tremendo déficit de convivencia familiar. Así fue como me iba donde los Altezor (exiliados charrúas) a comer una olla común, o con los Vera que también me invitaban a tomar té, aunque metía las patas y le echaba el ojo a la Claudia y su papá era de carácter, corte Salvador Allende y tenía reglas muy estrictas, así que ni las pestañas movía..., ¡ja, ja. ja! Bueno, éramos cabros chicos todavía, pero yo fui siempre rebelde e hiperquinético.

El idioma alemán siempre me resultó ser un idioma prefabricado, racional. No era ni francés..., ni glamour ni nada. Era algo que había que tragar a la fuerza. Así lo fuimos aprendiendo, pero además era difícil para nuestra cultura y forma de ser. No tengo mente fotográfica así que no me acuerdo de todos los detalles, ¡se han borrado a la fuerza! Pero los que quedan son muy gratos. Mi único amigo de la infancia en Cottbus fue el Isaías (¡el más lúcido del colegio en Cottbus!), luego jugaba con el Mauro y Roberto pero eran más chicos que yo. En síntesis, fue, como para la mayoría, muy difícil de arrastrarse por esas tierras, pero la enseñanza fue clave para poder seguir respirando en

este mundo actual. La teoría y la práctica eran dos elementos que se desafiaban con mucho rigor y como todos saben murió el hembra que no logró nacer.

Yo pienso que tuve suerte de vivir la experiencia de la RDA y todos quienes estuvimos ahí somos de alguna forma familia. Yo aprendí, por ejemplo, a compartir con sectores sociales más modestos de nuestro país, además de los cientos de nacionalidades que en mítines y eventos políticos logramos intercambiar experiencias. Eso también nos dio el don de ser cosmopolitas o hijas de la Pachamama. Los últimos años de mi estadía los compartí en mis frecuentes viajes a Berlín, donde me reunía con los Chávez y la cliqué de la Elli Voigtstrasse.

Pero el cuento es que yo no pertenecía a ningún enclave y por ende tuve que seguir mi propio camino. Los últimos años en la RDA fueron muy fulminantes y su derrumbe quedo también marcado en nuestras entrañas. La lección aprendida es vivir en sí y no para sí..., como sucede hoy en la mayoría de los países capitalistas. En Karl-Marx-Stadt, tuve mi primera máquina de escribir e inicié algunos ensayos en papel, gracias a eso que sigo hablando o escribiendo en

español. Pero, además, como no soy alineado al sistema o cultura europea, sigo con nuestra gente de raíz y ahora mismo, en una hora más me iré a una reunión del Comité de Solidaridad Internacional para seguir con los hábitos de entonces, no por religión sino por comprender que hay que aportar de lo que recibimos en esos tiempos de la solidaridad internacional. Lamento sí, no haber tenido acceso a mi madre y eso nunca se podrá compensar, aunque he tenido suerte de tener suplentes en el contexto amoroso. Bueno, luego seguiremos contando y me han desafiado, por eso tuve que escribir esto..., de lo contrario me hubieran mandado a la «Stasi» a mi casa... ¡ja, ja, ja!

—Es tan curioso lo que está pasando en esta página..., ¡nos estamos conociendo entre conocidos !Es tan raro..., pero siento que si hubiera leído estas publicaciones al momento de conocerlos los hubiera querido mucho más... ¡Cómo los estoy queriendo ahora! Me pasa ahora que leo tu publicación Paco, pero me ha pasado con otras también, por no decir que con todas... Algo nos cambió..., nos hizo diferentes, especiales... ¡Este grupo está lleno de gente maravillosa..., todos hijos del exilio en la DDR!



PATRICIA

Me lanzo con mi relato: Una parte ya la contó Leromendo y como somos hermanos se parecen un poco nuestras historias. Salimos de Chile en diciembre del 73 y llegamos a Giessen, en la RFA. Ahí, entre los tres hermanos mayores formamos el grupo de canto «ARAUCO» (en ese momento teníamos 12, 13 y 15 años) y desde ahí nunca más dejamos de cantar. Aunque después fue en otros grupos. Para mí es importante resaltar esto del canto, porque viajamos bastante y siempre a actos de solidaridad con Chile donde la gente con su aplauso decía: «Estamos con ustedes, apoyamos su lucha, no están solos. ¡Venceremos!». Creo que en ese tiempo —de puro cabros chicos que éramos—, no dimensionábamos lo que era ese «dar y recibir», pero yo con el tiempo he llegado a sentirme privilegiada de esa experiencia. Después nos fuimos a Cottbus (¿dónde te diviertes tus...? ¡EN COTTBUS...! ¡Ja, ja, ja!) y aprendimos a bailar cumbia. Fue una época linda de trabajos voluntarios y de aprender a militar en una organización.

En el 80, llegamos a Berlín-Buch y yo con mis 18 años empecé a vivir una época que recuerdo con un cariño especial (no es que haya sido todo de flores, pero lo siento así). El 89 —antes de la caída del muro— regresé a Chile, pero sólo de pasadita, ya que había conocido «al hombre de mi vida» y me venía a Perú...

A mí me afectó bastante el desarraigo..., por primera vez estaba «sola» (es un decir, porque tenía a mi

esposo), acá no eran ni alemanes ni chilenos, ni familia, ni amigos, ni compañeros... ¡Uff! No tenía nada en común con nadie y el país estaba en crisis total; gracias a Alan García, por un lado, y a Sendero Luminoso, por otro... ¡Poff! Pero como siempre pasa «no hay mal que dure cien años ni tonto que se lo aguante» y hoy, 25 años después, puedo decir que estoy en casa... Pero faltaba la cereza de la torta y la encontré hace algo más de un año: un grupo de Facebook (chilenos patiperros) gracias al cual me reencontré con Chile..., ¡puucha que me hacía faaltaa!

Ahora, con este nuevo espacio que estamos creando —más íntimo y entre «nos»— estoy sencillamente sobrada de felicidad, ¡así es que agradezco nuevamente a los creadores por esta genial idea! Hay mucho más para compartir, pero seguro que los temas irán saliendo poco a poco..., reencontrándonos con algunos y conociendo a otros, ¡les mando un beso a todos y ¡nos seguimos leyendo...!

—Este texto me hace recordar por qué aprendí a tocar guitarra y a escribir canciones. Nunca me olvidaré cuando la Susana cantaba «Soy pan, soy paz, soy más», acompañada de Ricardo.

**—Yo más recuerdo a Susi cantando
«Una mujer con sombrero».**

—Patty..., tu canto y tu entusiasmo fueron muy importante para muchos de nosotros un poco más chicos en Cottbus..., ahí estuviste muchos sábados por la tarde cantando en tu pieza... y el tremendo grupo de cabros chicos cantando contigo. Y tú con una paciencia infinita.



VICTOR

Yo no recuerdo muy bien mi llegada a la DDR. Tenía año y medio de vida cuando llegué a Potsdam, en 1974. Tengo los más lindos recuerdos de mi infancia y de las cosas que compartimos entre chilenos y alemanes. Siento, eso sí, que mi vida comienza verdaderamente con nuestro retorno a Chile, en 1989. Para mí, la verdad, no tuvo nada de retorno, pues no conocía éste, mi país. Fue difícil, imposible negarlo, de una realidad brutal e implacable como lo suele ser en este mundo para los de nuestra clase, sin seguridad social, sin garantía alguna más que la del dinero o

de alguna conexión favorable con los más de arriba. Pero también de una belleza incomparable, tanto en su geografía como en su pueblo profundo. Un pueblo emocionalmente muy inteligente, solidario con una capacidad de improvisación envidiable y muy pero muy cariñoso. Nunca volví a Alemania y siempre sigo siendo un extranjero, pero es bueno que así sea porque sigo viendo lo exótico y aprendiendo de esto, a lo que llaman Chile. Gracias a la educación que me dio la DDR soy y seré un estudiante y mi consigna es la de Vladimir Ilich: «*LERNEN, LERNEN NOCHMAL LERNEN!*».



JUAN CARLOS

Junto a padres, mi madre embarazada de mi hermano, llegamos el 1 de septiembre de 1977 a la RDA. Lo primero que sorprendió a mis padres y más a mí, teniendo cinco años en ese entonces, fue que al llegar al hotel, donde nos hospedaron, un alemán me regaló un helado.

A los pocos días llegamos a Rostock, la comuna de Evershagen y a los 5 años de estar ahí nos fuimos a Lüttenklein, a la Leningrader Straße 24. Reconozco que era medio retraído, pero no por eso lesado. En todo caso, muchas veces no nos juntábamos tanto con los chilenos ya que vivíamos nuestra vida tranquilos. Es cierto lo que dice Camilo respecto a que las alemanas, polacas, checas y soviéticas nos buscaban, y mucho, y uno se dejaba querer no más, ¡ja, ja, ja...! Pero a partir de mi ingreso a las JJCC me juntaba más con los chilenos, sobre todo con el Esteban, el «Linchaco», Marcelo y otros chiquillos. Recuerdo la pelea en Rügen, las escapadas en todos

los campamentos, la visita a Sachsenhausen, que no me gusta en los almuerzos el *Sauerkraut*, el arroz con leche de cuchara parada y el arroz recocado.

El año 1988 empezamos a hablar más seriamente del retorno y entonces fuimos preparando, más aún con la unificación alemana. Y retornamos el 11 de octubre del 90 a Chile. Las cosas que aquí me chocaron y aún hoy me molestan es el desorden en el transporte público, el individualismo, el cinismo y que muchos mienten a destajo.

Pese a eso me he mantenido fiel a los principios que se me enseñaron en la RDA y por ello he asumido responsabilidades en distintas instancias, las que me han ido nutriendo de experiencia y también malos ratos. Pero siempre trato de sacar lo bueno de las cosas. Quizás siga estando solo porque nunca he podido compatibilizar mi carácter y mi forma de enfrentar las cosas con alguien, pero eso me da la posibilidad de no arriesgar a nadie por mis actividades en el plano social.



NIEVES

¡Hallo Kinder des Exils! Me admiro de todos los bellos recuerdos y materiales que tienen todavía de la RDA. ¡Los felicito! Ahora, deseo ser bien clara en lo que expreso para que mis frases no dejen espacio a una falsa interpretación. Con casi catorce años aterricé con mi familia en Berlín Schönefeld. La estricta estructura que nos proporcionó la sociedad socialista ayudó a mi pronta integración.

A pesar de ello no pasaron desapercibidas ciertas vivencias que al igual que otras positivas, quedaron grabadas en mi memoria. Primeras dos:

1. Escuela Hans Beimler (Lütten Klein), en el recreo se acercan dos chicas que me consultan sobre si sé que ha venido la *Kripo*. Les contesté que no. Entonces me aclararon la razón. La *Kiminalpolizei* investigaba quién era el autor de los garabatos en las puertas de los baños. Habían escrito «¡Chilenen raus!», además de dibujar varias veces la cruz nazi.

2. Mismo colegio, en una pequeña pausa. En la clase sentada escucho a mis espaldas a una compañera que grita: ¡Hey Nieves, *sagt doch mal! Deine Familie hat eine große Wohnung bekommen, nicht wahr?* Yo me volví para ver quién era. Ella siguió: *Meine Eltern müssen lange warten um eine Wohnung zu bekommen und ihr kommt und kriegt gleich eine. So eine Schweinerei!* Me sentí culpable y le contesté que lo sentía mucho. No todos en la DDR estaban de acuerdo con nosotros. No todo era armonía. Por lo menos, esos son mis recuerdos con respecto a aquella realidad.

—Gracias por contar tus experiencias Nieves. Creo que situaciones así ocurrieron mucho y debemos reconocerlas y no negarlas.

—Si bien esas vivencias y otras peores existieron, ellas no eran masivas ni mayoritarias, como así tampoco eran políticas oficiales del Estado.

—Hay mucha experiencia del tipo que cuenta Nieves y creo que es bueno conocerlas y no callarlas. De hecho, la DDR no existe. El muro se cayó y nadie chistó. ¿No les parece raro?

—A mí me decían «*Immer muss du eine Extrawurst sein*» y una vez me tiraron una piedra en la cabeza, pero ese lado «b» de la RDA fue mínimo en comparación a todo lo que nos brindó.

—Lo más paradójico es que en Sajonia (donde nací y vivo hace casi tres años) se encuentra un gran número de partidarios de la derecha o extrema derecha, incluido Pegida..., lamentable.

—O sea, a mí me pasaron ene cosas de ese estilo, pero también acá en Chile me han dicho «negro culiao» o «indio» o cualquier cosa, y eso no le quita ni una pizca de amor a Chile y a su gente y a las empanadas y cazuelas y paisajes. En mi caso, yo no idealizo la DDR sino que objetivamente lo vivido allá tuvo muchísimo más de bueno que de malo. Yo puedo tener juicios políticos equis hoy, análisis más reposados, opiniones sobre cómo se manejaba la sociedad, la falta de pluralismo, nula libertad de prensa como para dar ejemplos de lo negativo, pero querer que los recuerdos sean buenos sólo en situaciones donde todo

era perfecto no es sólo ilusorio sino extraterrestre. O sea, vivimos en un país donde la gente no podía cruzar voluntariamente una frontera, cosa que hoy es inimaginable. Pensemos que nosotros llegamos allá sólo treinta años después del fin de una guerra que dejó huellas profundas en el pueblo alemán, y en treinta años no desaparecen esas hondas visiones y sentires que llevaron a esa catástrofe humana mundial. Por supuesto que había racismo, por supuesto que había prejuicios y mala onda hacia los extranjeros de parte de gente adulta y joven, y por supuesto que era lógico que a los chilenos nos vieran con ciertos «privilegios» que ellos no tenían y eso causaba resentimiento. Pero con todo eso, en mi caso al menos, ganaba por goleada la buena onda, o por último la curiosidad frente a estas cabezas negras medio desordenados y buenos para la pelota y de mujeres bellas, tanto en el colegio, los *Ferienlager*, en campeonatos deportivos, etcétera. Donde más sentía cierta odiosidad era en los estadios ya que yo iba mucho al fútbol. Más allá de lo «oficial», la DDR era una sociedad con gente común, con sus prejuicios, «huevonismos» y grandes noblezas diarias.

—Aparte de estar de acuerdo con Camilo es bueno reflexionar sobre algunas cosas: en toda sociedad ocurren cosas buenas y malas, pero lo más importante en nuestro caso, creo yo, fue que había una política de Estado de absoluta solidaridad con los extranjeros y, en particular, con los chilenos. Recuerdo las fotos donde se ponía de relieve e importancia la solidaridad para la liberación del compañero Luis Corvalán. Como extranjeros y como chilenos teníamos privilegios respecto de los «RDA-nos», y eso traía consigo resquemores y molestias de los alemanes, muchas veces justificadas. Y por algo se derrumbó la RDA, lamentablemente, lo cual corresponde a un análisis mucho más extenso y profundo. Por eso es bueno este espacio, ya que como alguien de ustedes decía, que pese a tener que salir de Chile tuvimos la dicha de ser acogidos, educados y forjados en un país internacionalista y solidario.

—Liebe Kinder des Exils in der DDR!

Veo que, aunque trate de trasmitir algo fiel a la realidad, siempre el texto será interpretado según

el trasfondo imaginativo y según las propias experiencias de cada uno de nosotros. Por supuesto, que tuve vivencias positivas: mis mejores amigos de aquel entonces perduran hasta el día de hoy, nos vemos asiduamente. Torsten, su primera polola fue Ariela, una amiga chilena, que partió a Mozambique y nunca más supimos de ella; Alex, que su amor chileno quedó frustrado por el muro. Regina, amiga que adoraba la guitarra y el grupo folclórico Aparcoa. También me encontré con toda mi *Abiturklasse*, con todos mis profesores.

Cuando se unió Alemania sentí una felicidad indescriptible, la distancia psicológica y física se acortó. He vivido muy de cerca todo el proceso de cambio y creo que por eso no tengo esa gran nostalgia. Alemania del Este está ahí y para mí es más cercana emocionalmente que Chile.

¡Mis vivencias las cuento a un nivel humano no político!



BÁRBARA

Mi nombre es Bárbara y ya he escrito algo de mí. Mi salida de Chile fue un 24 de agosto de 1973, por una invitación del gobierno cubano. Salimos en esa fecha mi madre, mi hermana y yo. Mi padre se quedó acá por su responsabilidad en el gobierno de Salvador Allende.

Nuestro viaje a Cuba fue producto de situaciones vividas con Patria Libertad y mi hermana Fresia y porque cada cierto tiempo tiraban bombas a mi casa, claro que de ruido, ¡pero para mí eran bombas!

En Cuba nos llegó el silencio del 11 de septiembre. Silencio porque ese día los cubanos no encendieron su radio, no cantaron y menos bailaron. Se reflejaba en ellos la tristeza del inicio del golpe militar. Ahí estuvimos más de un año, hasta que la dirección del PC le dice a mi madre que debemos seguir a la URSS haciendo escala en la DDR. Y así llegué a

la DDR. Mi hermana ya era mayor de edad y ella quiso quedarse en Cuba, a mí no me preguntaron, ya que era chica. Pero luego llegó ella también. Mi llegada a la RDA no fue de las más gratas ya que me cargó el idioma, lo encontré feo, duro ¡Todo era gris! Y ahí iniciaba mi exilio con mi padre preso y sin saber nada de él y de muchos.

Al llegar a Grünheide nos encontramos con muchos chilenos. En cada uno de ellos se manifestaba la pena, la preocupación. Ahí inicié una etapa donde mi madre me dejaba sola, encerrada en una pieza con balcón para protegerme de otro chileno chico que cada vez que me veía me pegaba y me decía: «*Tú papá está preso por malo, el mío es de los buenos*». De ese encierro me salvo la Tía Silvia.

Ahí conocí los bosques cerca de esa casa grande y su lago. Luego nos cambiaron a Kapputt y de ahí a Postdam donde nos entregaron un departamento en el 5° piso. Nos llevaron a comprar los muebles y todo. Ahí

nos encontramos con una colonia grande de chilenos, íbamos todos a la misma escuela. La mayoría hablaba más alemán que yo, por lo cual algunos me traducían según lo que ellos entendían. Recuerdo que la primera libreta de notas de todos casi fue una colección de 5 (la nota más mala de la escala de calificaciones). Esas notas fueron mejorando a medida que aprendíamos el idioma y nos juntábamos más con nuestros compañeros alemanes. La verdad, éramos bien malos y estábamos «organizados» para defendernos de los rubios. Ahí aprendimos a andar en bicicleta gran parte de nosotros. Nuestro primer profesor de castellano fue José, aquel carabinero que sale en esa foto que recorre el mundo con Allende y la metralleta. Él, con su paciencia, nos enseñaba y pedía que no fuéramos tan rebeldes. Nuestra primera navidad fue en la cual nuestros padres inventaron una competencia

sobre quién hacía el árbol de navidad más bello. Fue una hermosa navidad, por la nieve, los regalos.

En Potsdam viví un año y de ahí..., las maletas a Berlín, a la Elli Voigt strasse 12, donde también vivían muchos chilenos. Y así fueron pasando los años entre ir a robar choclos para las humitas, campamentos de pioneros, trabajos voluntarios y militancia política. Y así, me encontré un día acá en Chile llorando por la anexión de la RDA, porque ese país, que me vio crecer, ya no existiría más que en mis recuerdos. Recuerdo hasta la fecha de hoy cómo un dirigente del ZK de la FDJ me decía: *¡Ustedes deben aprender de nuestros errores para construir un Chile más justo!*

La DDR nos entregó a nosotros lo que hoy somos cada uno y esa libertad para crecer felices, pero debo decir que la *Mauer* nunca me gustó.



TERESA

Contaré algo de mi historia. Viajamos a la RDA en el año 1976, mi papá estuvo detenido en Concepción del 73 al 76 y la única forma de obtener su libertad fue el exilio. Viajamos con mi mamá y mis cinco hermanos menores. Fue muy triste dejar amigos, familia, amores. Yo tenía 17 años, pero vivir en paz y tranquilidad tenía un costo: ese era dejar tu tierra y llegar a otra que nos llenó de amor, seguridad, protección, amistad, educación y muchos valores que todavía sostengo: la solidaridad, lealtad, fraternidad. El muro se cayó, pero la historia permanecerá por varias generaciones.

Formé un hogar con otro herido de la dictadura. Nos encontramos, nos llenamos de sueños y esperanzas y tuvimos dos hijos en ese hermoso país. Volvimos a Chile con nuestros hijos el año 1983 con la campaña del retorno. Eso significó comenzar de nuevo, dejar atrás amigos y familiares en mi caso. Pero volví a mi país, del que nunca debí salir, a soñar con un país libre, a aportar de cualquier forma. Y aquí estoy con mis hijos porque, a pesar de la lucha contra el dictador, hubo tiempo para el amor y nacieron mis otros dos maravillosos hijos a quienes cada día les recuerdo lo que la historia no quiere que olvidemos.

KARLA

Llegamos a Berlín de los primeros, en noviembre de 1973. En diciembre ya estaba en el colegio, obviamente sin hablar una palabra de alemán, como todos. Por haber llegado tan pronto, nos dieron departamento lejos del futuro *ghetto chilensis*. Vivimos en el bello Treptow. Eso, más una decepción durante mi breve participación con los pioneros chilenos, hizo que muy pronto dejara de tener contacto con mis *gleichaltrigen* compatriotas. Desde el comienzo eso sí, decidí que hablaría alemán como alemana, cosa que logré casi a la perfección como al año y medio. El comienzo fue duro, no entender nada hace que uno se retraiga bastante. Durante el primer año y medio mis compañeros se esforzaron por ayudarme, fueron solidarios y amorosos.

Con una ignorancia total de psicología infantil, el primer verano mis padres y el colegio decidieron mandarme ¡a un *Pionierlager* ruso!..., ¡ja, ja, ja! Éramos yo, niña chilena, como diez alemanes y aproximadamente doscientos rusos. Fueron tres semanas de entender sólo *Bahnhof*, ¡ja, ja, ja! Pero después todo empezó a irse por un tubo. Siempre he pensado que lo mejor que me pudo pasar fue vivir la adolescencia en la RDA. Claro, visto desde hoy puede haber sido aburrido, pero en esa época era lo que conocíamos. Era un lugar seguro para mí, amable, conocido. Cuando llegaron las «hermanitas Rojas» comencé a relacionarme nuevamente con los chilenos. Participé en el grupo de baile, hicimos

peñas, fue divertido. Pero mantuve mis dos vidas, dos identidades. Y la predominante fue la alemana.

También fuimos de los primeros en retornar. Mis padres cacharon que si yo estudiaba allá me iba a quedar y no querían una familia disgregada, mi hermano ya había vuelto a Chile. Así es que hice mi *Abitur* y volvimos a Chile. Tampoco cuestioné nada, asumí que así era no más. Pero si la llegada a Berlín fue dura, porque no conocía a nadie y no sabía el idioma, la vuelta a Chile la percibo como mucho más dura. Hablaba el idioma, pero no entendía los códigos. También llegamos en diciembre (1980) por lo que me viví el verano sin conocer a nadie y sólo extrañando a mis amigos de Berlín. Me pasé tres meses prácticamente encerrada en mi pieza, escuchando música y escribiendo cartas. He ido desde entonces muchas veces a Berlín, mi vida se ha convertido en una inacabable secuencia de «vueltas». Vuelvo a Berlín, luego vuelvo a Chile y así. Ya lo asumí y sí, soy de allá y soy de acá. Lo que dijo Camilo es muy cierto, nosotros ya no podemos volver a la RDA, pero aún tenemos raíces allá, al menos yo. No soy acrítica del sistema del socialismo real existente, pero eso no implica que no pueda estar tremendamente agradecida de la exRDA por habernos acogido, haber sido solidarios con este grupo de chilenos. Nosotros al menos, la mayor cantidad de problemas que tuvimos fue con la dirigencia del CHAF, no con los alemanes.

Agradezco porque creo que parte de mi seguridad para pararme en la vida viene de la seguridad con que viví mi adolescencia. Me encanta la idea de que compartamos experiencias.



DANIELA

Soy Daniela, la menor de tres hermanos, salimos al exilio el año 1974 después de que mi padre fuera liberado tras un largo año de cárcel y torturas. Partimos en el mes de noviembre, llegando a una especie de castillo que funcionaba como casa de refugiados en la RDA. Yo tenía algo más de un año. Había muchas familias chilenas allí donde cada familia tenía un cuartito y debía aprender alemán, como primera misión. Al tiempo se nos asignó un departamento en la ciudad de Frankfurt Oder lo que se convirtió rápidamente para mí en mi casa, refugio y hogar. Una y otra vez mis padres me hablaban de Chile, que era la patria, me hablaban de su geografía, de la familia, los abuelos, tíos y primos, lo que para mí eran historias sin rostros. Solo lo que mi imaginación aportaba.

Allá en Frankfurt Oder fui a la sala cuna, después al jardín infantil y a los 6 años entré a la escuela muy feliz y orgullosa con mi «Zuckertüte». Me convertí, al igual que todos los niños alemanes, en una «Thälmann Pionier», recibiendo mi carnet con mis promesas y deberes, además de mi pañolín rojo al cuello con su nudo específico. También pertenecía como casi todos los niños chilenos al grupo de pioneros «Salvador Allende».

Mi infancia fue feliz allá, muy feliz, además de la escuela pertenecía a una agrupación de baile (*Tanzbild*) a nivel nacional, donde asistíamos a campamentos de entrenamientos y encuentros, bailábamos en congresos y festividades nacionales e internacionales importantes. También tuve la fortuna de ser seleccionada en mi colegio para estudiar música en el conservatorio, donde elegí el violín. Lamentablemente mi personalidad inquieta y poca disciplinada no me hicieron perseverar y lo dejé al pasar de unos meses. Casi nunca me sentí

una niña distinta a los demás, hablaba el idioma nativo igual que el resto de los niños de mi edad y tenía muchas amigas y amigos con los que compartía en la escuela, barrio y campamentos de verano, juegos etc. Casi todos alemanes; ya que en Frankfurt Oder la comunidad chilena no era muy masiva.

En 1982 mis Padres nos contaron que existía la posibilidad de retornar a Chile, nuestra «patria». Creo que hasta ese momento nunca se me había pasado por la cabeza esa posibilidad. Jamás me la había planteado, por lo que no tuve reacción, no me producía felicidad ni tristeza. Simplemente no entendía lo que eso significaba a mis 9 años. Nuestra relación familiar era bien bicultural, compartíamos hábitos bien alemanes (sobre todo entre hermanos), jamás nos besábamos al saludarnos, nos hablábamos en alemán, jugábamos en la calle en los juegos de arena como todos los demás, celebrábamos las navidades al estilo alemán, al igual que San Nikolaus (San Nicolás) y Ostern (pascua de resurrección). Sin embargo, mi madre se esforzaba por mantener algunas tradiciones chilenas, como el idioma español en casa, celebrábamos junto a otras familias chilenas el 18 de septiembre. Ella hacía los fines de semana algunas comidas típicas, un pan amasado que era famoso en nuestro edificio, empanadas de pino y a veces hasta se hacían humitas, cuando era temporada de los choclos maduros, que los alemanes desperdiciaban. Mi padre estudiaba en Berlín, por lo que viajaba solo los fines de semanas a casa y el resto de la semana estábamos los tres solos junto a mamá, que trabajaba en un banco y también en las labores de casa. Yo la veía como una mujer linda y fuerte, sin embargo, notaba que no era feliz. Un par de veces la vi llorando a escondidas en su pieza o en la cocina, pero no me atrevía a preguntarle qué le pasaba... solo la acariciaba sutilmente y le otorgaba mi compañía.

Mi madre había perdido a su hermano menor en un enfrentamiento a balazos con militares golpistas

frente a la puerta de la casa en que vivíamos el 11 de septiembre del año 1973. Y al día siguiente apresaron a su marido por un año. Ahora a mis 44 años comprendo la gran pena que cargaba y la fortaleza que debía tener para enfrentar el día a día con 3 hijos pequeños en un país tan ajeno a ella. Yo a esa edad no lograba entender por qué no reía más, y por qué hablaba tan poco alemán.

Comenzaron los preparativos del retorno y viajábamos al consulado chileno que quedaba al otro lado del muro y todo era una aventura que comenzaba a ser entretenida para mí. Mis compañeros de curso me escribían dedicatorias y regalaban recuerdos, me sentía «total», hasta que pronto noté que mis roles en el *Tanzbild* eran cubiertos por otras niñas y me comenzó a dar una sensación de tristeza y de pérdida que nunca antes había sentido.

Llegó el día del viaje, la familia Günterberg (grandes y leales amigos y vecinos) llegaron tempranito a darnos su adiós, el *Onkel Uwe* lloraba como un niño y desde el auto sacó un pañuelo blanco por la ventana que flameaba la pena de la despedida. Partimos de Berlín Schönefeld, escala en Roma, Buenos Aires y finalmente llegamos a Santiago. Pasamos uno a uno por policía internacional y al otro lado nos esperaba un gran choclón de familiares sonrientes y ansiosos, el último de la fila era mi papá y al momento de presentar su pasaporte llegaron unos agentes de la CNI y lo detuvieron impidiéndole el ingreso al país. Yo no entendía lo que pasaba, se produjo una gran conmoción en el sector de policía internacional, se escuchaban gritos de mi madre y de mucha gente gritando «¡fascistas, asesinos!»... Mi mamá sufrió un estado de shock y se golpeaba contra los vidrios que daban a la loza del aeropuerto, mientras mi padre era deportado y caminaba acompañado de unos hombres bigotudos a un bus que lo llevaría a algún avión. No sabíamos adonde podía ir, no teníamos mucho dinero, ni tampoco un plan B. Las sonrisas

de los familiares se transformaron en caras de susto y rápidamente ese esperado Santiago de Chile se convirtió en el lugar más horrible del planeta.

Mi papá abordó un avión a Buenos Aires, lo más cercano y lo único que podíamos costear y afortunadamente en ese momento, también, viajaba el cardenal Silva Henríquez quien era defensor de los derechos humanos en la época de la dictadura y ayudó a cobijar a mi padre en una casa de la Iglesia al otro lado de la cordillera, mientras mi madre comenzó a contactar a cuanta gente podía ayudarle a través de la Vicaría de la Solidaridad a reunirnos como familia. Esa tarde después de ver desaparecer a mi papá en el aire nos montamos en los distintos autos de familiares que habían ido a buscarnos para llevarnos a la casa de mis abuelos donde nos esperaban con un pequeño vituperio de bienvenida.

Ese día fue tan extraño. Había instantes de alegría al reencontrarme con mi prima querida Karen (mi yunta) que había estado 5 años en Jena, mi tía Cory y otros primos muy amorosos que recién venía conociendo. Sin embargo, llegó la noche y con ella llegó la tristeza, la pena y la añoranza. Me sentí lejos de casa, sola, extrañaba olores y texturas y sentía unas ganas terribles de abrazar a mi papá. Fue un mes duro, mi madre dejó los pies en la calle suplicando ayuda y hasta viajó a Argentina a verlo. Afortunadamente él regresó.

Demoramos años en normalizar nuestra vida, mi papá estuvo casi dos años cesante; ya que la CNI no lo dejaba tranquilo, mi madre trabajaba en lo que se podía, hasta que al fin nos afirmamos y comenzamos a tener la vida de una familia promedio chilena de los años 80. Íbamos al liceo, llegábamos a ver el festival de la una, hacíamos nuestras tareas, los días de protesta salíamos a la calle y teníamos horas límites para llegar, si no se comenzaba a buscar

en comisarías. En fin, nos fuimos acostumbrando, poco a poco, a esa compleja forma de vida chilena.

Por muchos años seguí llorando en las noches, curiosamente con mis hermanos no hablábamos mucho de la RDA y la pena que cada uno llevaba por dentro. Sin darnos cuenta pasamos a hablarnos en español y el alemán fue guardado en un baúl de recuerdos. Sin embargo, nunca dejamos de emocionarnos cada vez que escuchábamos a alguien en la calle hablando en alemán o si encontrábamos algún producto en el supermercado que nos recordaba a los sabores de nuestra infancia.

Yo me hice una promesa y seguí, casi como un ritual, cada noche, en una especie de rezo, que volvería a Frankfurt Oder.

En 1986 entré al conservatorio de la Universidad de Chile a estudiar Ballet y Danza Contemporánea. Lo que se convirtió en mi carrera y mi herramienta para volver a Alemania. No puedo negar que me acostumbré a Santiago, al ritmo en que todos vivíamos y volví a ser feliz, a pesar de que siempre me sentí distinta. A veces me decían que hablaba raro o simplemente mi forma de ser era distinta. En 1991 cumplí mi promesa y mi gran desafío y emprendí el vuelo contra viento y marea a Alemania a mis 18 años a seguir estudiando Danza en una prestigiosa escuela en la ciudad de Essen. El primer año fue duro, pero poco a poco me fui sintiendo en casa y al finalizar mis estudios ya no quería regresar. Otra vez la vida me ponía en esa molesta situación de elección. Claro que esta vez había un compromiso con el Estado



chileno por una beca que recibí como apoyo para mis estudios y tuve que volver. Otra vez era «la gringa que hablaba raro» y me costó enchufarme, pero elegí quedarme. Por años he dudado si elegí bien o mal y creo que está duda me acompañará de por vida.

Mientras tanto formé mi propia familia, tengo dos hermosos hijos y un marido chileno y claramente mi historia es solo una historia para ellos. Para mí, una marca, un recuerdo, una especie ser humano distinto que pertenece al universo.

Comparto mi historia contigo y con todos los que la lean para que logren entender que los hijos que vivimos en el exilio tuvimos una historia que nos marcó y que estoy segura nos identifica a todos de alguna u otra forma. Abrazos fraternos y cariñosos a todos los hijos del exilio.

—Un gusto leerte Daniela. Me gusta esta sobremesa donde nos damos la libertad de compartir historias muchas veces temerosas, para re-conocernos. Gracias.

—Me sentí identificada en la mayoría de las cosas. No tuvimos problemas al regresar a Uruguay. Mi padre, que estaba preso, salió al poco tiempo. Pero en casi todo lo demás, es como si estuvieras hablando de mi

hermana y de mí. Ese sentimiento de no pertenecer a ningún lado y de no sentir nada cuando hubo que volver y luego haberse sentido una extraña en tu propio país. Y como uno se acostumbra a todo y logra encontrar un rinconcito en el corazón para su propia patria. Y de cómo, a pesar de haber vivido más años en Uruguay que en Alemania, sigo sintiendo que soy más alemana que uruguaya. Yo tenía dos años cuando nos fuimos y volvimos cuando tuve once. Capaz que por eso siento lo mismo que vos.

—El castillo que describes al llegar a la RDA creo que es Teupitz, en las afueras de Berlín cerca de Königs Wusterhausen. ¿Te suena?

—Es muy honesto lo que describes, está fluyendo de tu alma, es muy bueno que lo lanzas en el espacio y para todos, así reconcilia las piezas que forman este contradictorio rompecabezas de tu vida, con el que, de alguna manera, me identifico. Un abrazo desconocido, pero sentido por lo que leí y me emocionó y comprendí plenamente. Soy un búlgaro en Chile y mi amor lo encontré en la RDA.

—Me conmueve leerte porque siento que comenzamos juntas a recorrer este camino de reencontrarnos cada una con su propia historia, en este espacio, en este camino. Tenemos edades distintas, incluso vivencia distintas, pero, sin embargo, siento que estamos unidas. ¡Gracias por tu aporte y sé que no ha sido fácil!



ADA

Me ha costado un poco llegar a este punto pues no es fácil hacer el relato ya que mi «exilio obligado» como el de todos los integrantes de este grupo no fue precisamente por causa directa de la dictadura, pero en el fondo ha tenido las mismas secuelas y me ha marcado profundamente al tener que crecer y madurar de la noche a la mañana. Esta es mi verdadera historia fría y sin anestesia.

Nací en Valdivia, contaba 7 años de edad para el triunfo de Salvador Allende; mi padre era secretario regional del P.S y a raíz de eso compartí a mi corta edad con muchos compañeros, como por ejemplo Carlos Lorca Tobar, quien posteriormente fue detenido y hasta el día de hoy desaparecido. Tuve, dentro de todo, una infancia tranquila y feliz, siempre rodeada de cariño, pero estaba sola, el mundo de los adultos era tan complicado. Pero, aun así, era afortunada.

Después del golpe que cambió todas nuestras vidas, fui el motivo de burla de muchas de mis compañeras en la escuela, me trataban mal y me decían en la cara que ojalá matasen pronto a mi padre junto a todos los otros marxistas. Después de ser 4 veces condenado a muerte y posteriormente a cadena perpetua, mi padre salió al exilio en el año 1975 con destino a Rumanía y a fines del año 1979 se trasladó a la RDA donde viviría hasta mediados de los años 80 en la ciudad de Jena, mientras yo permanecí en Chile junto a mi madre.

Durante los años de nuestra separación crecí y me desarrollé en Chile como cualquier adolescente. Lo único que me molestaba era ser tildada como «la hija de» y que de acuerdo a eso debía comportarme. Era feliz, tenía mis amistades, tenía mi mundo, iba a la escuela, pero la sombra de mi padre no me

soltaba. A los 15 años metí las patas a fondo, y para mi madre y sobre todo para la familia de mi padre fue un golpe bajo. ¿Cómo era posible que a esa edad yo, «la hija de» tuviera un pololo con familia en el bando contrario? No importaban los sentimientos ni nada parecido y el broche de oro fue mi embarazo. ¡Imagínense la que se armó! Sin miramientos algunos, la familia de mi padre convenció a mi madre y me llevaron a Santiago donde posteriormente se me practicó un aborto ilegal. Nadie me preguntó qué es lo que yo quería, nadie me preguntó qué era lo que yo sentía. Un año y medio viví en casa de una tía y nuevamente fui centro de ataques dentro de mi propia familia. No podía ni contestar el teléfono, y para qué decir ¡ir a la esquina! Durante el año 1980 fui casi prisionera dentro de la casa de mi tía y al año siguiente retomé el liceo, pues no se sabía cuándo podría viajar «a visitar por 6 meses a mi padre».

Tenía 17 años y había cursado el primer semestre de 1ro. medio cuando llegaron todos los papeles y, una vez más sin ser consultada, llegó el día de mi partida. Yo juraba que pronto iba a regresar al lado de mi madre, a quien recuerdo en el aeropuerto en medio del círculo de mis amistades que fueron a despedirme. Tan diminuta con los años de golpe encima, tan indefensa, tan terriblemente cruel su triste sonrisa, queriendo hacerse la valiente para ocultar esa tremenda angustia y dolor que le causaba mi partida. Lloré abrazada a mi oso de peluche hasta el mismo momento de aterrizar en Amsterdam, donde yo pensaba refugiarme en los brazos fuertes de mi padre, pero como en mi vida todo funciona al revés...

El 3 de agosto de 1981 ingresé a la RDA, fui separada de mi padre nada más cruzar la frontera en Berlín Friedrichstrasse y transportada al Hotel Lunik en Eisenhüttenstadt. A Jena llegué a mediados de

septiembre del mismo año. Sin pensarlo, gracias a los jóvenes de mi edad que vivían aquí, no se me hizo muy difícil integrarme y, «6 meses» pasan volando creía yo ingenuamente. Los 6 meses se transformaron en 12 y así sucesivamente, mi elixir de vida eran las cartas de mi madre con noticias de mi ciudad. Extrañaba la lluvia, los temporales de invierno, mis paseos por la costanera, las caminatas por las mañanas al liceo con mi amiga Maribel, nuestras charlas en francés o inglés de acuerdo a la materia que debíamos presentar, añoraba los regaños de mi madre y su alegría cuando aprendía a cocinar algo nuevo.

Mi padre desapareció de Jena sin tomar en cuenta los problemas y diferencias que existían entre su pareja (también chilena) y yo. Justamente por eso yo le pedí que me permitiese regresar al lado de mi mamá, sin embargo, no me lo permitió. Él regresó a Chile sin que yo lo supiera. Desde mis 19 años me vi obligada a luchar por mí en un país extraño y sin familia.

RDA, aprendí a quererte como mi segunda patria porque me entregaste cosas de mucho valor para mi vida y, en medio de la soledad y el dolor de perder a mi madre, a mis 21 años me hiciste crecer, me enseñaste a tener empatía y ser resiliente. En medio de la soledad encontré las hermanas y hermanos de exilio con quienes cantamos a voz en cuello en contra de la dictadura, bailamos y reímos juntos creando lazos de amistad que perduran a través del tiempo y la distancia.

Tengo el corazón dividido, extraño la RDA, esa seguridad que se nos entregaba en todo sentido, extraño Chile con sus lados buenos y con sus lados malos. Lo triste de todo es que en cada visita que hago a Chile, se me hace más difícil volver a partir a este, mi exilio obligado. Mis hijos y mi nieto son de acá y nunca he tenido la fuerza para hacerles lo mismo que me hicieron a mí. Sacarme de mi mundo sin preguntarme, a ninguno de ustedes se les preguntó, pero no tenían otra opción, eran sólo niños. A mí me engañaron.

Siento, con cada uno de ustedes, esos sentimientos de pérdida, ese vacío, ese auto cuestionamiento sobre la pertenencia y he tenido que observar a la distancia cómo mi árbol genealógico poco a poco va perdiendo sus hojas y me pregunto, una vez que caiga el tronco ¿qué pasará?

Añoro como ustedes «*die DDR Zeiten*», porque sin querer eché raíces. Mi cuerpo está aquí pero mi alma y mi corazón vagabundean al otro lado de la cordillera, impregnándose de los olores y coloridos, de su bella naturaleza, del sonido del mar y su brisa salina golpeando mi cara, vagabundean en ese largo pedacito de tierra llamado Chile.

Disculpen que sea tan extenso mi testimonio (y eso que hice algunos recortes), simplemente tenía que salir. Un gran abrazo desde Jena



MARILÓ

He estado leyendo cada una de sus historias de vida y en casi todas hay algo que reconozco de mi vida, mis pensamientos y sentimientos. Nací en Jena en 1975, junto a mi hermana (melliza) y ahí tuve una infancia muy linda. No veíamos el dolor que llevaban nuestros padres (torturados y/o de luto y muy lejos de sus familias), porque aparte de querer seguir luchando querían darnos lo mejor en un excelente país, sin olvidar nuestras raíces ni historia política.

Crecí queriendo siempre ser chilena, pero una vez viviendo en Chile, a los 22 años, no me sentía muy chilena y los mismos chilenos hacían diferencia. Nunca pude pertenecer a un verdadero núcleo de amigos o primos, ya que éstos se habían forjados hacía años. Siempre me sentí algo excluida. Cuando dejé Chile, la patria de mis padres y que realmente intenté que fuera mía también, fue como volver a

casa, pero dejando atrás a mis padres, hermanas y amigos. Retornar, volver a casa, tampoco fue fácil ya que aquí también era una extrajera... de nuevo.

Siempre me he sentido con el corazón dividido. Como suele decir mi padre, es el dilema en mi familia y en las familias de muchos exiliados que se dividieron por el mundo. El origen de esta historia es triste pero la experiencia obtenida de este viaje ha sido enriquecedora.

Con ustedes me doy cuenta que no soy única con estos lindos recuerdos de la RDA.

—Lo que dices es cierto, queda siempre una sensación de no pertenencia, de no poder juntarte con tus amigos de infancia o tus primos de toda la vida. En el caso mío y de mi hermano, los hermanos/primos adoptivos han sido Camilo Geraldo y Ernesto. Con ellos, junto a la tía Angélica, hemos cultivado una familia surgida en esa lejana Jena, en la Ernst Schneller Str. Nr. 4.







Ausgegeben durch - Issued by INTERFLUG, DDR-1189 Berlin-Schönefeld, Flughafen

107 4205 440 297 2



INTERFLUG

DEUTSCHE
DEMOKRATISCHE
REPUBLIK

Each passenger should carefully examine this ticket, particularly the conditions of contract herein enclosed.

Flugschein und Gepäckschein
Passenger Ticket and Baggage Check

Jeder Flugschein wird abgeben, diesen Flugschein, insbesondere auch die darin enthaltenen Vertragsbedingungen, sorgfältig zu lesen.

107 4205 440 297 2

COUPONS NOT VALID BEFORE		ORIGIN		DESTINATION		FROM TO		CARRIER		TIME QUALIFIER		DATE AND PLACE OF ISSUE	
COUPONS NOT VALID AFTER		CONNECTION TICKET(S)		ISSUED IN EXCHANGE FOR		PASSENGER COUPON							
NOT GOOD FOR PASSAGE		FARE BASIS		ALLOW		CARRIER		FLIGHT CLASS		DATE		TIME	
		TICKET DESIGNATOR		TOUR CODE								AGENT	
		BAGGAGE CHECKED UNCKTD		PCS		UNCK WT		PCS		WT		FARE	
FARE		EQUIV AMT PD		ENDORSEMENTS/RESTRICTIONS		FORM OF PAYMENT							
TAX		TOTAL											

Handwritten notes in red ink:
 - Ticket number: 107 4205 440 297 2
 - Origin: BERLIN
 - Destination: SANTIAGO
 - FARE BASIS: Y
 - TICKET DESIGNATOR: Y
 - DATE: 1981
 - TIME: 10:00
 - AGENT: ...
 - FARE: ...
 - TAX: ...
 - TOTAL: ...

Hacia Chile

ALEJANDRO

Hace 31 años, un día como hoy, dejé la RDA... Buscando por ahí, encontré mi pasaje que me llevó desde Berlín por Roma a Santiago...

—¡Qué emocionante...! Sabes, el año pasado después de un maravilloso reencuentro con Mike en La Habana, llegué corriendo a la casa en búsqueda de una caja, color fucsia, de cartón duro. En ella acostumbro guardar cosas, entre ellas también algunos recuerdos de la RDA: ¡Guardar ciertas cosas, es guardar recuerdos,

recuerdos, que sean lo que sean, nos hicieron feliz...! ¿Concuerdas conmigo, Alejandro?

Imagínate la emoción de encontrar este pasaje, guardado por ahí... Ese día de 1984 salí en la tarde desde Berlín Schönefeld, solo, único chileno, con destino a Roma. Ahí en el aeropuerto romano estuve esperando hasta las 12 de la noche mi vuelo a Chile, casi no me dejaron entrar al avión Alitalia, pero al final pude embarcar. En fin, ver el pasaje es recordar esos momentos como si fueran ahora..., aunque fue ya hace 31 años... Y sí, es un recuerdo de un momento difícil, pero deseado, que me hizo (y me hace) feliz.



DANIELA

¿Saben?... Lo bello de este espacio es que reúne un tema en común. Todos fuimos sacados en un momento de nuestra niñez de lo que para nosotros era nuestra identidad y lo cual provocó a cada uno grandes vacíos... Pero la mayoría de las historias que he leído reflejan la experiencia de una generación de niños (7, 10, 12 años) que tuvieron que salir de Chile siguiendo a sus padres en el exilio.

Mi caso es distinto y sé que hay hartos de mi generación y que aún no han contado su historia. Me encantaría que se atrevieran a compartirla.

Estamos acá los que nos fuimos a la RDA siendo bebés de 1 año o poco mayor, incluso otros que nacieron allá y que crecieron escuchando la palabra «patria» como algo ambiguo. Para mí era como una película, algo que no podía imaginar: CHILE. Era un enigma.

A mis diez años mis padres decidieron emprender «su» retorno, lo que fue «mi exilio», que paradójico..., pero así fue. Mi vacío comenzó en ese momento.

¿Cómo enfrentar la vida en un país extraño para mí, rodearme de parientes, tíos, primos, abuelos que nunca conocí conscientemente? ¿Cómo entender lo que era la censura y la persecución, sentir por primera vez miedos? Hablar extraño como extranjera en una escuela pública (D 200 Macul), ver gente pidiendo limosna en las calles y micros... ¡Ufff! perder a tus padres por infinitas jornadas laborales y conocer lo que es quedar al cuidado de una nana... Esa fue mi consecuencia del exilio ¡la historia al revés!

Invito a los que hoy tienen cuarenta y tantos a contar cómo enfrentaron ese retorno, si también sienten esa pérdida y constante melancolía... Mi patria era la DDR, *meine Heimat, und wie ich sie vermisse*.

—Yo llegué a la DDR al año y medio de nacido y a los 17 regresé a Chile. Al igual que para ti, ése fue mi quiebre, porque mi lenguaje era el alemán y no conocía la inseguridad social.

—Qué bien saber que somos varios lo que sufrimos el destierro umgekehrt.

—Es la historia de mis dos hermanos menores... ¡Gracias por compartir, Daniela!

ALEJANDRA

Yo nací en la DDR en Halle Neustadt, la verdad que llevaba una infancia feliz hasta mi retorno a Chile, que significó un cambio en 360 grados. Recuerdo mi cara al ver el primer indigente pidiendo dinero, de inmediato le pregunto a mi Mutti que qué hacía aquel hombre. Luego llegó la etapa de ubicarse a la nueva casa, nos fuimos a Osorno en donde asistí por primera vez a una escuela pública. Yo no hablaba nada de español y fue traumático. A mis cortos ocho años ya me daba cuenta de las diferencias sociales.

Y me costaba entender a mis padres.

Para mí fueron años duros, difíciles e infelices. Pero al mirar atrás se me viene a mi mente mi infancia, que siempre superó los recuerdos posteriores.

—Así mismo como tú dices fue de un momento para otro, no hubo tiempo para digerir los pros y contra, el tiempo se encargó de ello y también la dura realidad social y económica en Chile. Años más tarde, supe que mi padre admite en intimidad con mi madre su equivocación y dolor ante la difícil instalación en el Chile, que ya no era el que había dejado, y sintió el peso y el costo que vivió él y su familia. Pero, bueno, así es la vida, está llena de sinsabores y también de dulces momentos. Después de mucho esfuerzo mi hermano y yo logramos acomodarnos, vencer la rebeldía, el enojo y la pena. Hoy somos profesionales, buenas personas, buenos padres, buenos hijos. Con la esperanza de seguir aportando para lograr una sociedad más justa, como dijo el Chicho. Entre mis sueños y anhelos debo decir que necesito volver a Alemania a cerrar el círculo, a sacarme las ganas que tengo de regresar a lo que concebía como mío.



ANDREA

En realidad, debiera estar trabajando ahora, pero tengo algo atragantado, algo que necesita salir. Es una de las partes más difíciles de todo este proceso que me ha ido invadiendo las últimas semanas. Me refiero al retorno. Al retorno de la DDR a Chile, junio del año 1988, yo recién titulada de la Technische Universität Dresden, a los 24 años. Mi hermano ya había retornado el 84 y mis padres el 85. Me enfrentaba sola a este tremendo cambio y, por supuesto..., no estaba preparada.

¿Cómo iba a estarlo? No podía ni remotamente imaginarme cómo era realmente este país, como era su gente, su cotidianidad, su sentir, su vivir. Porque no era que regresara a mi familia solamente. Regresaba a una sociedad, compuesta por un conjunto de personas chilenas con una experiencia de vida totalmente distinta a la mía de los últimos catorce años. Y aterricé..., y me encontré con Chile.

Un país enfermo, marcado por el miedo, por miles de historias profundamente dolorosas, por el odio, la frustración, un país dividido y sometido al silencio y la desconfianza. Un país hipócrita donde

se aceptaba la mentira abierta de una anulación del matrimonio en vez de un divorcio que hablara de la verdad de una relación (eso lo encontré muy decididor de lo que era este país). Un país tremendamente machista y de doble discurso católico.

No había majestuosa blanca montaña, porque la contaminación del aire y de los corazones no dejaba ver la cordillera nevada en invierno, no había «mar que tranquilo te baña» porque las olas del mar reventaban con la rabia de los muertos que fueron tirados en sus aguas..., y de la promesa del esplendor ni hablar. ¿Qué promesa cabe cuando reina tal oscuridad y desesperanza en las almas? Y ahí llegué. Me sentía chiquita en este mundo que pensaba que era mi mundo y que me quedó demasiado grande, como poncho, de aquellos del hermoso Chiloé...

Llegué al mundo laboral, al mundo de los ingenieros..., ¡qué peor lugar para caer con todas mis emociones nuevamente revoloteando entre la alegría y la desolación! El mundo de la ingeniería en ese tiempo era mundo de hombres, con eso les digo todo. ¿Cómo darles espacio a los sentimientos entre planos y especificaciones técnicas? Y hombres atentos a cada uno de mis movimientos, de si la falda era demasiado corta o de por qué no me quedaba a hacer horas extras como ellos, que era su mejor excusa para no llegar temprano a casa y enfrentarse a sus vidas, a sus frustraciones quizás, no sé...

Llegué a este país y no supe cómo enfrentar la realidad, no tenía las herramientas, no pedí ayuda. Nuevamente me fui para adentro. Más aún..., ¡me fui a la mierda...! Sé que todo esto parece un vómito de rabias acumuladas y de negatividad. Puede ser, no

lo sé y no me importa. Lo que sí sé es que fue muy difícil, muy complicado y muy lento el encontrarme con mi país. Pero acá estoy, disfrutando de aquella majestuosa montaña que a ratos me brinda la inmensa satisfacción de poder admirarla..., rodeada de grandes amigos (ingenieros e ingenieras) que he ido encontrando en este camino y con quienes he ido intercambiando experiencias de vida. He conocido muchas ciudades y localidades de este país flaco, largo y sorprendente..., y he sido parte y vivido todo este proceso, que pareciera infinito, de sanar heridas, como persona y como sociedad. Acá estoy y comparto este atragantamiento con ustedes y ahora, puedo trabajar más aliviada. Gracias por «escucharme».

—Ya podría salirme del grupo, no tengo nada nuevo que aportar. Mi vida y experiencia ya ha sido contada aquí por diferentes relatores..., ¡Ja, ja! ¡Naaá..., es broma! Pero es que me sorprende cada día más, ver mi vida relatada en la experiencia de otros. ¡Es increíble! Gracias Andrea por lo que escribiste, me sirve y me ayuda mucho más de lo que te puedes imaginar... ¡Un abrazo!

—Me da un alivio espantoso y un susto exquisito corroborar con cada lectura, que me he encontrado con EL grupo de personas que parece que son los ÚNICOS que pueden realmente entender en su magnitud y detalle todo lo que ha revoloteado por mi alma durante..., bueno, durante prácticamente toda mi vida.

—Comparto la misma desnudez, la misma que siento necesaria de gritar, ¡aquella verdad de esa generación invisibilizada...! Los primeros diez años en Chile, después del retorno, fueron los peores años de mi vida hasta hoy. Fueron diez años donde, a cada instante, yo corría contra un muro, me pegaba contra él y caía, para luego, al levantarme, volver a repetir la misma escena..., una y otra vez. No sé cómo no me volví loca, o tal vez eso ocurrió y ahora soy suficientemente loca y los muros, al verme, ¡caen por sí solos!



CLAUDIO

No me acuerdo el día cuando mis padres nos dijeron que comenzaría el retorno a Chile. Empezaron a armar cajas tremendas para enviar nuestros enseres por barco, pero ya el día del viaje en Berlin Schönefeld comenzarían los problemas para nosotros. Teníamos sobrepeso y por lo tanto inconvenientes para embarcar. Al final se pagó y volamos en Interflug a Roma. Luego de una estadía en esa hermosa ciudad por 26 horas aproximadamente, vía Alitalia, despegamos a Chile. No sabíamos a qué nos enfrentaríamos, ya que dejamos nuestro país cuando éramos muy pequeños, yo a los cinco, Daniela, al año y Alejandra a los tres. Era volver a ver a la familia, encontrarnos con la comida típica y las costumbres.

Pero llegando al aeropuerto en Pudahuel, la sorpresa e impotencia fue grande. Mi padre, ex suboficial de la FACH, preso y torturado salvajemente no podía ingresar al país. Yo veía la cara de los CNI en el aeropuerto, cómo se jactaban y actuaban con prepotencia. Mi madre alegaba, reclamaba

y no podía más de pena. Nosotros quedamos perplejos y con mucha pena, al ver que mi padre emprendía vuelo a Buenos Aires. Aún siento rabia al escribir este relato. Pero también orgullo de mis principios e ideales y el de toda mi familia.

Por suerte, en ese vuelo de Alitalia se embarcó también el cardenal Raúl Silva Henríquez. Nos acercábamos a él y le explicamos toda la situación, él lamentó el hecho y le entregó su tarjeta a mi papá para que hablara con las personas pertinentes en Buenos Aires.

Ya en Chile, era todo nuevo y sentía mucha inseguridad, quería volver a la DDR, para sentir todo lo contrario. Además, acompañaba a mi mamá a la Vicaría de la Solidaridad a denunciar el hecho y para que nos ayudaran de alguna forma. Recuerdo que siempre en el trayecto a la Vicaría pasaban autos de la CNI por el lado nuestro a alta velocidad, tratando de provocar y amedrentar. Al final mi padre pudo ingresar al país. Ahí más que nunca valoré a mi querida DDR.



VÍCTOR

Cuando llegué a San Felipe, en 1989, llegué creyéndome especial por haber llegado de Alemania y por todo lo que eso, supuestamente, implica. Pensé que sabía cosas sobre la vida, sobre política, sobre las distintas ciencias y pequé de arrogante. Muy luego me vi enfrentado a una realidad desconocida donde

todos mis poderes parecían estériles. Conocí chicos que, si bien nunca habían salido de San Felipe, eran tan extranjeros como yo en su propio país, en su propia ciudad. Sentí que para mí no había vuelta atrás, Alemania no era una opción viable así que luché al principio con lo que tenía y sufrí mucho. Luego me entregué, asumí que era un niño y que no sabía nada de nada y aprendí que estás donde estás hay que ser respetuoso y que nada es *selbstverständlich*.

Me uní a estos chicos poetas, solté la DDR, me enamoré de Chile. Un día vi *Goodbye Lenin*, salí llorando a mares y comprendí que yo era un niño de Alemania oriental y que sí sabía cosas que otros no, que eso no me hacía ni mejor ni peor pero que podía ser muy útil aquí y en la Quebrada del Ají.

—Si bien con *Goodbye Lenin* no lloré, ¡sí quería estar arriba de los techos de Berlín...!

—¡Gracias Víctor! Yo también lloré con *Goodbye Lenin*. Lloraba y lloraba sin parar..., y no sabía por qué..., quizás hoy ya lo sé, gracias a todos nosotros.

—Creo que el ser humano bloquea cosas para protegerse, para sobrevivir. Yo bloqueé Alemania para sobrevivir y esa película me revivió todos los recuerdos.

—¡Toda la razón Víctor! De hecho, por años no tuve la capacidad de llorar, ahora sí lo puedo, algo que constituyó como un inmenso proceso de sanar heridas del alma...

—Esos primeros minutos de la película son como un archivo .Zip en movimiento melódico de mi (ahora voy entendiendo cuán nuestra) infancia, que sí se abre... Aquí estamos, haciendo florecer tanto mundo guardado, lleno de pliegues y tsunamis emocionales. Dentro de tantos sigue sonando el «Unsere Heimat» como eco de un mundo del cual somos portadores, de una manera loca. Una vez llegué a Potsdam sin aviso y no veía a Víctor desde el Ferienlager anterior, y su carita de sorpresa feliz al verme fue notable, inolvidable. Quisiera verla así de nuevo.



SANDRA

La verdad no me había atrevido a comentar. Yo nací en la DDR, mi madre es alemana y mi papá chileno, llegado en 1973. Nací el año 1976, y en marzo del 85 nos «volvimos» a Chile. Un poco después quedamos sin patria y nos volvimos chilenas.

La llegada a Chile fue traumática. No hablábamos nada de español y habíamos crecido en un sistema al que le importaban los niños. Llegamos acá con toque de queda, con protestas muy violentas, conocimos la pobreza, las diferencias sociales, el clasismo, el tener tino, el pelambre, el exceso de contacto físico. También la solidaridad, la fortaleza de la lucha, la resistencia. Fue difícil. Aún añoro mi

patria, mi infancia..., lloro a moco tendido cuando veo al *pitiplash* y al *sandmännchen* y me enrabio con la gente que habla del socialismo real a partir de las imágenes en blanco y negro que emitía la televisión antes de la caída del muro. Extraño las comidas, los dulces, *Fasching*, las ferias navideñas, el colegio, la nieve, el *Karpfen* azul para navidad. En fin, muchas cosas. También extraño el acceso a la cultura que era increíble, el poder hablar de frente sin tener que darse chorrocintas vueltas, la seriedad.

Muchas veces les cuento cosas a mi marido y mis hijos..., pero ya nada es lo que era en ese entonces. Eso... Para nosotros efectivamente el exilio fue irnos de la RDA. Y peor porque nosotros no tenemos cómo volver. Alemania ya no es la DDR. Esa patria ya solo existe en nuestros recuerdos.

—Qué rico que te atreviste a contar tu experiencia Sandra, no sabes cómo entiendo cada frase que dijiste... También tengo hijos y marido que no podrán entender jamás mis añoranzas.

—Cuando nosotras fuimos a la RDA, yo tenía dos años y mi hermana cuatro. Recién el otro día una compañera de trabajo me dijo: «tu exilio fue volver al Uruguay». Y ahora leo comentarios parecidos.

Nunca lo había pensado de ese modo, pero es cierto. Ya llevamos más de treinta años acá y sigo añorando a la RDA como si hubiera nacido allá...

—¡Uuff! que bien expresadas sus historias, que también hago mías. La verdad, ustedes la expresan tal cual. Yo aún no me animo del todo a explayarme con la mía, pero sí, yo cada navidad desde el año 1982, año en que retorné, sufro, extraño las navidades con nieve, con Weihnachtsmarkt,

Süssigkeiten, Laternne, y Weihnachtslieder y toda esa mística que aquí por más que se intente sentir, no existe.

—Somos tres generaciones los de la «Segunda Generación»: aquellos que llegaron lolos de ya veinte años y a los cuales sus quiebres con Chile fueron más notorios; luego estamos los que llegamos niños que teníamos visiones armadas de Chile, pero que nos adaptamos a aquel país llamado DDR. Y están también los que llegaron siendo bebés o que nacieron allá. Todos con nuestras historias. Unos más que otros con el sentir de que retornar al país fue un autoexilio, y particularmente difícil es el sentir para los que en ese momento eran bebés o los nacidos allá, que hoy sienten que su exilio profundo lo representa el país de sus padres.



DOMINIQUE

Mi hermano Rodrigo y yo nacimos en Alemania, él en Berlín y yo en Leipzig. Para nosotros fue muy difícil dejar Alemania para venir a Chile. Aunque al comienzo era muy entretenido eso de estar con los abuelos que nos quedaban, tías y tíos y primos. Comer sandía, bailar, compartir almuerzos familiares en una mesa grande.

Para ambos es alemán nuestra idioma materno y español el idioma aprendido años después por

necesidad. Yo de hecho hablaba español con acento sajón. ¡Horrible! ¡Ja, ja, ja, ja! En Leipzig tenía una tía adoptiva que se llama Renate, que es la mejor amiga de mamá, una abuela adoptiva Syville de Azerbadjan y Azad su hijo.

—Entiendo lo del «alemán sajón» porque mi hermana y yo volvimos al Uruguay hablando así ¡ja, ja, ja! Yo no tenía ni tres años y ella cuatro cuando nos fuimos a la RDA. Así que casi fue nuestro idioma desde que empezamos a hablar.



ANDREA

¿Por qué volví? ¿Por qué no me quedé en la RDA o Alemania? Hasta que un día, ya no sé bien cuándo, me percaté que, en mi caso, no había sido una elección, una decisión real. No lo había sido en el sentido de que nunca me hice la pregunta de si quería o no quería volver. No me senté tranquila en algún banquillo de Dresden o de Jena a reflexionar, a preguntarme con sinceridad si eso era lo que yo, Andrea, realmente quería. No me di esa oportunidad de elegir, de decidir.

Simplemente asumí que ya estaba decidido..., o posiblemente, no tuve el valor de preguntármelo, por temor a la respuesta.

Y entonces, terminé mis estudios, me quedé un par de meses hasta resolver todo el papeleo, hice mis maletas, me despedí de mis amigos en Dresden con gran dolor, fui a Jena a despedirme de mi abuelita y Joachim, y así, con el corazón partido en dos, una vez más en mi joven vida, dejé atrás grandes amores: amigas y amigos, parte de una familia, lugares, costumbres, aprendizajes. En fin, esa vez dejaba atrás catorce años de vida en la RDA..., y comenzaba el retorno.

—«(...) simplemente asumí que ya estaba decidido (...). Tremendo testimonio, Andrea. Así de honesto y dramático y así de universal. El retorno fue duro, trágico, singularmente a la deriva. Una proeza dolorosa, más allá de las idealizaciones que se fueron construyendo acerca de este país durante el exilio.

—Me hice la pregunta una y otra vez y la respuesta para mí hoy, de manera explicativa, fue una especie de respuesta mecánica sobrecargada con la idealización y retorné por la «causa».

—Me hiciste recordar, cuánto lloré en el aeropuerto de Schönefeld. Fueron mares de lágrimas, abrazos interminables y muchos de mis amigos alemanes me suplicaban, que no me fuera.

—Yo creo que el retorno era nuestro compromiso de nuestros ideales y creímos en una democracia y no en el negocio de la política de ahora. Fuimos unos idealistas de la política que nos enseñaron nuestros padres y la RDA. En fin, no hay que dejar nuestras luchas. Sé que muchos nos sentimos defraudados de todo en nuestro país, pero aún hay mucho por hacer.

—Hayan sido motivos diferentes por los cuales en un momento determinado se cruzaron todos nuestros caminos enlazándonos eternamente. Yo crecí en Chile mientras muchos de ustedes lo hicieron en la RDA y para mí es casi tragicómica la situación al leer como añoran lo que aquí (en Alemania) han dejado mientras que yo, después de 34 años, aún peno y muero por Chile. Cuando yo quise regresar al lado de mi madre, no me lo permitieron y, cuando tuve la oportunidad de decidir autónomamente, diría yo que fue tarde. Habían brotado ya raíces, el nacimiento de mi primer hijo me arraigó en este país en el cual he pasado más años que en aquel que me vio nacer...

— En el caso de mi hermana y mío, no fue una elección. Éramos chicas y mi vieja agarró las maletas apenas supo que podía volver.



CAMILO

Cuando mis turistas alemanes me hacen esa pregunta: «*Und warum sind sie denn zurück gekommen?*». Lo que siempre respondo es que mi generación fue criada en espíritu e instinto de que «había que volver». Lo loco es que para muchos ese «volver» era absurdo, al no tener recuerdos claros, o de frentón ninguno, del lugar de donde alguna vez se había partido. Mis hermanos, por ejemplo, llegaron de un año a Berlín, no tenían ni recuerdos de aromas, sonidos, escenas entrecortadas como las tenía yo de sobra. «Volver»..., volveríamos a un país que yo dibujaba con una cordillera de montañas puntudas, un semicírculo «nevado», un sol tricolor y abajo en el valle una casita perdida, desde donde salía humo de la chimenea, humo dentro del cual, por supuesto, se podía leer «Venceremos». Un país donde todos se saludaban de beso, donde nadie era hediondo como los alemanes, donde estaban los abuelitos llenos de regalones, donde todos los días comías empanadas y/o lomitos, donde éramos mucho mejores para la pelota que la DDR (hasta el penal de Caszely, al menos), donde todo el mundo era amable, todos luchaban contra Pinochet... Como dice Tania, la idealización traspasada desde la añoranza brutal de nuestros viejos y asumida como propia, lo que era seguramente inevitable.

Y sí, claro que yo quería «volver» y sumarme a todo eso, a pelear contra los milicos, a ir a ver al Colo, a admirar cabelleras oscuras y mujeres más femeninas («estas gringas, tan poco femeninas que son», me decía mi madre), con caderas más danzantes, a mirar esas montañas nevadas y en algún momento, buscar esa casita perdida en el valle..., pero quizás en el afán de ese «querer volver» auténtico pero aprendido, me

olvidé de que «me iba» de un lugar que me cobijó, y quizás no me despedí como debía. Quizás lo sigo haciendo, quizás por eso también necesito estar aquí, leyéndolos, deshebrando recuerdos, raíces que siguen sorprendentemente buscando nutrientes bajo tierra.

Gracias por eso, cabros, este lugar está lleno de vida quizás y extrañamente ayude a acercarme a esa casita perdida donde nunca ha dejado de salir humo de la chimenea.

—Eso es, Camilo, un lugar donde podamos recordar la casita perdida, el humo de la chimenea y el hecho de que gran parte de nuestra esencia ¡se llama DDR...!

—Me hiciste llorar con tu testimonio. Son tantas las cosas y recuerdos y, como dice Tania, es estar con el corazón dividido en dos.

— «El duro oficio del exilio» escribió el poeta turco Hikmet. Y, esto se traspasa de generación en generación. Sostengo, más allá de nostalgias y terapias varias, que esto requiere una reflexión profunda a nivel político y social. Una debida reparación. Creemos que es justo y necesario demandar al Estado chileno por obligar a niños chilenos, menores de edad todos, a dejar su patria, a desvincularse, a ser despatriados y con las secuelas emocionales futuras que esto significa. El Estado chileno no se ha hecho cargo de este trágico capítulo de su historia. No nos podemos quedar en los puros recuerdos y meras nostalgias. Propongo organizarnos y desarrollar una demanda constitucional de vulneración contra los derechos de los niños, todos estos testimonios hablan por sí mismos.

—Me sumo por completo. Después de haber trabajado hace años atrás en una de las primeras OPD de Chile (Oficina Protección Derechos de la Infancia), concluí, que se nos violó en pleno nuestros derechos, lo cual, tiene una mayor significancia por tratarse de la infancia.

JUAN CARLOS

La verdad, leyendo sus relatos y haciendo memoria de lo vivido en la RDA y el retorno en octubre del 90, con todo lo complejo que fue ver la caída del muro y la reunificación de Alemania es difícil no emocionarse. Esto, dado que en mi caso llegamos el año 1977 a un país que nos cobijó, ayudó en forma solidaria brindándonos un hogar, trabajo y una muy buena educación. Además, donde a partir del 2° medio se entregaba a cada alumno una beca por estudiar (cosa irrisoria aquí en Chile) y donde la salud era de primer nivel y gratuita. Respecto a lo que nos inculcó la RDA durante mi estadía, fueron la solidaridad, el internacionalismo, la consecuencia, el idealismo, los que a mí me marcaron de por vida.



BÁRBARA

Cuando regresé a Chile la primera vez, me vine sin nada, sin despedirme de nadie y sin traerme mis recuerdos. Sólo había que venir, llegar a las barricadas, ser observada por todos y escuchar cuando nos decían: «ustedes los retornados creen sabérselas todas». Pero, al menos yo, sentía que no me las sabía todas, más aún, con tanta cordillera me confundía. En las marchas me retaban a cada rato. ¡Gritaba todos los gritos de las juventudes de izquierda! Y me hacían inmediatamente la consulta: «¿A cuál organización perteneces tú?» Me sentía extraña, porque en aquel país del cual yo venía solíamos gritar las consignas de todas las organizaciones, éramos chilenos exiliados y por ello sentíamos que éramos solo uno. Sobre todo,

Quizás por eso sigo en la senda que decidí tomar hace años atrás, movilizado por el respeto a los derechos de las personas, sean estos trabajadores, estudiantes o pobladores. Cada uno tiene su historia, pero la estadía allá nos marcó a muchos de diversas formas.

El retorno fue una decisión tomada en el seno familiar y con los cambios ocurridos no se vio otra posibilidad. Algunas veces me pregunto si fue la decisión correcta, y siempre me he respondido con la misma idea: Chile es mi país y aquí es donde debo estar.

—Yo también siento, que es aquí donde desde el patrón cultural de la lucha, debo estar. Pero desde el «Zugehörigkeitsgefühl»: ¡Berlín golpea fuerte en mi ADN...!

los más chicos, por la experiencia de los campamentos de pioneros o del trabajo. Más difícil aún me era decir: «Yo soy así como soy porque me eduqué en la RDA».

Luego regresé a Berlín justo cuando cae el muro. Pero ese fue un viaje de regreso corto, solo para buscar mis cosas, mis recuerdos. Lloré cuando me dijeron: «Debe entregar su carnet, ahí en el aeropuerto».

Al igual que a Tania, mis amigas y amigos alemanas me decían: «¿Debes regresar?», y mi respuesta era la misma: «¡Debo!» Y volví a lo que ya algo conocía, pero de todas formas me sentía nadando contra la corriente. Me sentía casi una extranjera estando en el lugar que supuestamente era mi país y ahí me dije a mí misma: «Esto es como un autoexilio». Yo volví porque sentí que debía aportar en una lucha por un

Chile más justo y hoy sigo en esa lucha. Pero sigo extrañando a ese país que a nosotros nos dio todo.

Me gustaría tener un puente que me permitiera volver, aunque sea sólo a tomarme un café. Cuando fui hace algunos años, llegué, respiré y sentí que volvía a casa, al lugar donde inicié mis primeros pasos, donde había raíces. Ahora quiero llevar a mi hijo y mostrarle donde creció su mamá, pero eso aún es en futuro.

—¡Ufff...!, es potente lo que escribes y muy cierto. Yo volví cuando ya había vuelto la democracia y, tal como

tú, hasta hoy me cuesta acostumbrarme a la mentalidad de nuestros compatriotas, al individualismo, al ser capaces de vender hasta a su madre por obtener lo que quieren. Por eso me miran como extraño muchas veces debido a que, como tú y muchos más, no dejo de dar batalla por los demás y luchar por un futuro mejor para las y los chilenos. A la vez también extraño la RDA, la calma, la tranquilidad, eso de que en las tardes se podía compartir en familia, después de las 16:30 o 17 horas. Aquí es aún imposible pensar en ello.

—Creo que siempre vamos hacer unos medios extraños.



FERNANDA

Escribo desde hace tiempo en mi mente sobre el exilio, pero por distintas razones sólo había quedado en mi recuerdo más íntimo. Al comenzar a ver las fotos de muchos de ustedes me fueron pasando varias cosas... nostalgia, vergüenza de contar mi experiencia, sentir que quizás como era tan pequeña no valía la pena. Sin embargo, motivada por querer mejorar mi alma y entender el desapego que tengo con Chile y a veces sentirme nada de chilena, a mis 43 años diré que viví en Frankfurt Oder desde 1977. Hasta 1981 fui inmensamente feliz con mis amigos en el *Kindergarten* y después en la *Schule*, fui acogida por mi primera mejor y gran amiga Daniela hasta hoy y toda su bella familia, a la cual siento como mía, incluida la bella Karen y su familia. Conocí allá a los Calderones, a los Morris, a los Pillallos y, a pesar de nuestras vidas que nos distancian físicamente, seguimos queriéndonos con ese amor puro de infancia.

Volver a Chile a mis siete años no fue ni lindo ni fácil. Siempre se me dijo que, si no me gustaba Chile, nos íbamos a devolver (pasó mucho tiempo luego del cual comprendiera que eso sólo fue una excusa y que jamás ocurriría).

Me llamo Fernanda, el llegar acá sólo me obligó a dejar de ser esa niña feliz e ingenua y comencé a ver la realidad familiar, social y cultural que me hizo crecer a pasos gigantes y sin anestesia.

Les agradezco mucho por compartir sus bellas fotos y permitirme estar en este grupo.

Cariños.

—Lo que te pasó es la experiencia de muchos niños chilenos. Siempre cuando cuento mis historias de la RDA la gente no me cree y me mira con horror e incrédulamente, porque no comprenden lo bello que fue vivir en ese país. Sólo nosotros lo sabemos.

ALEJANDRA

Nací en la RDA, en 1975, y llegué a Chile en 1983, «el regreso» fue mi exilio.

—Me puedo imaginar lo difícil que fue regresar a un país extraño...

—Chile es muy extraño y difícil para quienes nacimos afuera. Llega a ser cruel muchas veces. ¡Cuesta comprenderlo y seguir amando a Chile!

—Yo también tuve la sensación de exilio al dejar la DDR y volver a un país que abandoné con apenas ocho meses. Chile me era totalmente ajeno, solamente sabía de algunos familiares, de Allende, el Golpe y del dictador.

La llegada a Santiago no fue amable, pues por tener el mismo nombre que mi padre nos demoramos un rato en policía internacional. Eran tiempos de «L» en los pasaportes y en que la gente estaba a la expectativa del Mundial de España, 1982. El retorno implicaba dejar atrás una estabilidad y llegar a un país pobre, sucio y en que tampoco había libertad. Por suerte la familia nos acogió con gran cariño y afecto. Sin embargo, al comienzo nuestra calidad de vida era peor en Santiago que en mi amada Jena, Turingia. Eso lo recuerdo muy patente.

—¡Totalmente de acuerdo! Volver al «paisito», como le decimos los uruguayos fue el peor exilio..., ¡arghhhhh!

—Lamentablemente así fue para muchos.



Reflexiones



LEONOR

Ahora que volví a Alemania a investigar a los hijos del Exilio he vuelto a soñar esos sueños repetitivos rayando para pesadilla; los mismos que tenía cuando volví de adolescente a Chile. Es un sueño desesperante, me veo en un ascensor y no sé para donde voy, a veces subo, a veces bajo y nunca sé dónde llego. Necesitaba compartirlo.

Los hijos de exiliados crecimos en una cultura diferente a la de nuestros padres, no pudimos crecer

junto a nuestros abuelos, primos, tíos. Construimos Chile en nuestro imaginario, mientras crecíamos en países lejanos. Los hijos de exiliados sabíamos de nuestras familias por las cartas, a veces por grabaciones en cassette. Crecimos en la nostalgia. Hacíamos esfuerzos por entender el mundo que habían dejado nuestros padres, sufríamos con ellos cuando recordaban su patria, su infancia, su familia. Los hijos del exilio volvimos e hicimos esfuerzos por adaptarnos. Abrimos nuestros corazones. Muchas personas nos abrazaron y fueron empáticos, solidarios. Nos dieron cobijo emocional y nos escucharon cuando tratábamos de expresar

lo que nos pasaba. Otras veces, salimos heridos. No siempre logramos cumplir las expectativas de otros. A veces, sufrimos burlas, incluso de gente cercana. Qué rabia no entender el sentido de humor, no cumplir con expectativas incomprensibles. Todos lloramos alguna vez, al recordar nuestra infancia.

Estar mucho tiempo en un solo lugar nos pone inquietos. La idea de cambiar de lugar surge a menudo. Los hijos del exilio nos sentimos como árboles podados, pensamos a menudo en «pudo haber sido», «qué fuese de nosotros si...», «no habría hecho esto si...» y claro, un árbol podado siempre pudo haber sido otro.

Los hijos del exilio somos críticos, agudos de pensamiento, somos solidarios y empáticos con los refugiados, con los extranjeros, con los niños. Los que somos padres y madres nos hemos preocupado mucho

de regalinear a nuestros hijos, de darles una infancia feliz y protegida, porque aprendimos a valorarlo. Nos da lo mismo si nos dicen que sobreprotegemos, o que nuestros hijos están «mamones». Queremos que sean felices. Si bien nuestras familias chilenas las sentimos lejanas a ratos, no nos importa, mientras nuestro hogar sea nuestro refugio, nuestro lugar de encuentro con nosotros mismos. Ahí cocinamos algunas cosas que comíamos de niños, usamos «Hausschuhe», hacemos manualidades, tenemos posters de Berlín, postales, cositas de toda clase y colores. Los hijos del exilio somos un aporte para nuestra gente y país.

En el lugar que estemos, en nuestros trabajos, junto a nuestra familia, damos un punto de vista inteligente, crítico, y abierto de mente. ¡Los hijos del exilio somos familia!

JUAN CARLOS

Qué extraña sensación esa de no poder comunicarse con los padres. Y es que ellos recibieron un daño psicológico que los marcó de por vida: la dictadura, el trabajo clandestino y nuestro forzoso exilio a la RDA en 1977. Al parecer, los que tuvimos que asumir la carga, por el hecho de ser sus hijos, fuimos nosotros.

Para mi suerte me pude criar, crecer y forjarme en la RDA, un país que hoy no existe ya. Es bueno reflexionar acerca de los efectos que tuvo la experiencia de cada uno, pero, sobre todo, por cómo pudimos sobrevivir y ser quienes somos hoy en día, pese a la carga emocional que recibimos debido a que muchas veces nuestros padres no pudieron desahogarse más que en el hogar y, como en el caso de

los míos, jamás se trataron ya que siempre quisieron demostrar ser fuertes y que no les pasaba nada.

—Piensa que para ellos también es difícil mirarse y reconocer que necesitan apoyo y ayuda. Piensa que somos nosotros los que debemos estar bien, para traspasar nuestra historia a nuestros hijos, pero sin el dolor.

—¿Cuál es el remedio para traspasar las cosas fuertes sin dolor?

—He estado pensando mucho sobre tu pregunta, de cómo hablar sobre lo que vivimos sin traspasar tanto dolor. Es complicado, pero en mi caso hablo mucho con mi hijo sobre la RDA y el exilio. Y le hablo mucho de cómo era allá, de nuestras amistades, de las actividades las cuales hacíamos, de mis amigos que son también sus «tíos y tías». Así lo siente él también. Le hablo de lo bueno y de lo malo, de qué nos significó el exilio y qué nos trajo a nosotros. También mi padre le habló de las

torturas sufridas y ambos lloraron juntos. Luego fue al museo de la memoria con su curso y ahí se sentó a ver documentales de tortura y quedó en silencio mucho rato. Sólo nos abrazamos y tomamos de la mano, y así caminamos luego, hasta que él me dijo: «¡Mami que nunca más pase lo que pasó!». Es difícil hablar, pero mucho depende de cómo nosotros traspasamos nuestra historia. En mi caso con honestidad, con lágrimas y abrazos.

—Nuestros padres padecieron diversas formas de violaciones a sus derechos humanos, en el mejor de los casos el exilio solamente. Ellos no tienen cómo liberar esa experiencia sin traspasar el dolor a sus hijos, o sea a nosotros que fuimos en casi todos los casos también afectados por las mismas circunstancias. Por ser parte de todo ese proceso nos toca vivir todo ello y el traspaso de esas experiencias y de los traumas de nuestros padres nos afectan también. Por lo tanto, el traspaso de esas experiencias va a ser doloroso, pero con matices ya que somos parte de esa experiencia. El problema se origina cuando traspasas lo vivido a un hijo que no alcanzó a vivir el exilio, o sea nuestros hijos. Es ahí donde uno tiene que tener cuidado.

—*Cuando contamos todo el dolor es inevitable traspasar otra cosa. Yo lo vivo a diario con mis hijas y aunque uno sea tratado en terapias este dolor nunca se irá y estoy muy segura que a muchos le pasa. Y una gran lección aprendida es que el tiempo va enseñando cómo avanzar y sobrellevar esto y les digo que, a veces, con sólo un abrazo se logra mucho más.*

—**Aunque creo que no te conozco, tu vivencia me es conocida. Hay mucho desencuentro y desarraigo en las familias exiliadas. En la mía también. Sin embargo, un día tuve que decidir si rompía con ella o no, ¡y sentí muy fuertemente eso de que «Blut ist dicker als Wasser»! Digo: el vínculo más fuerte es el familiar.**

Nunca desaparece, para bien o para mal. Entonces decidí que mejor fuera para bien y escribí una carta muy sentida y la mandé, sin saber qué iba a pasar con ella. Mi recomendación: busca tu sentimiento hacia ellos y dáselos a conocer. El resto es cuestión de ellos.

—Qué difícil, lo vivido por el exilio no se ha cicatrizado, las heridas vuelven a abrirse, por más que algunos tratamos de que cicatricen. Es una excelente idea, si es que no lo has hecho aún, escribirles a tus padres, desahogarte en ella. ¡Ánimo y fuerza! esto traspasa las generaciones para poder sanar.

—Te entiendo muy bien. Nuestros padres volvieron a su tierra, a su gente, y nosotros nos quedamos un poco solos, ¡buscando respuestas y tratando de comprender y racionalizar tanto! Personalmente nunca pude sentirme cómoda con mi familia chilena, me juzgaban por mis comportamientos; me decían lo que debía hacer. Es desgastador y agota. Mi síndrome de ansiedad no vino de la nada.

—Juan Carlos, hay lazos o vínculos que no se pueden cortar y vivencias que afectan a dos y tres generaciones. Es el caso de todos quienes fuimos exiliados, mayor aún quienes sufrieron presidio, tortura, desaparecimientos. Inevitablemente nuestros hijos heredarán esa carga emocional que está intrínsecamente ligada a nosotros en nuestra psique y que aflora, inconscientemente, en palabras, acciones, en el diario vivir. Ayuda mucho escribir lo que estamos sintiendo, sacarlo afuera. Todo ese dolor hay que «revivirlo y repararlo», es decir resignificarlo.

Ojalá puedas buscar la ayuda de un profesional experto en temas de derechos humanos y puedan tratar a toda la familia, sobre todo a tus padres. A ellos apóyalos mucho, lo necesitan, los hijos son lo único que los sostiene y sería un error alejarte de ellos.

PAULINA

Hace más de un año que sufro de crisis de pánico con diferentes rebotes físicos. Nada médico me sanaba y fui a hacerme una regresión a un centro terapéutico de mi ciudad de Iquique. En esa terapia regresiva volví a Alemania, a mi infancia, y viví nuevamente un ambiente familiar hostil, mi padre en el hospital psiquiátrico, mi madre agotada con todo el proceso de represión política y yo ahí me vi llorando, sentía mucho miedo en la sesión, miedo a ser golpeada, miedo a ver a mi padre mal, miedo de ver a mi madre sola con nosotros tres y de mal humor. Me vi siempre inserta en una familia quebrantada, sin sus lazos familiares, pero con factores protectores que eran otros exilados con sus hijos. Lazos que fui creando y que establecí en mi mente y que se estructuraron en mi pensamiento, vacíos de identidad, muchas confusiones al retornar a Chile. Callamos nuestro pasado y fuimos reprimidos directamente al igual que nuestros padres.

Escribo todo esto para que tengan un testimonio de que no fuimos dañados indirectamente como muchos piensan, también fuimos dañados directamente y que muchas veces sólo se enfocan en nuestros padres y sus experiencias, pero todo el sistema familiar fue dañado y hoy, a mis 41 años, sigo con rebotes psíquicos y enfrentándome al pasado para sanarlo. Porque en mí vive una niña llena de dolores pasados y vivencias que afectan a mi sistema nervioso, y mi vida actual. Estoy en un proceso de sanación y ustedes son parte de eso y para mí es una catarsis colectiva que siento y me llena de luz saber que puedo sanarme contando mi vivencia.

Hoy estoy buscando tranquilidad en mi alma y mucha paz interior, quiero que esa niña asustada se calme y se sincronice con esta mujer guerrera que se dio cuenta que fue vulnerable como cualquier humano.

—Todos sentimos lo mismo, de una y otra forma. Nada está sanado, sobre todo cuando las familias nuevamente están divididas. Tengo sobrinos alemanes que no se interesan por nuestra historia. ¡Ufff! Podría contarte más, pero me da mucha pena.

—Creo que hay muchos niños que sufrieron y que deberían haber recibido un acompañamiento psicológico en el exilio. Pero se preocuparon más de los partidos políticos. Tienes mucho valor al contar abiertamente tu padecer. Pienso que también existen otros, no pocos, que todavía sufren, pero no se atreven a integrarse a este grupo, que solo puede existir a un nivel de plena sinceridad y tolerancia. Estoy segura que pronto sanaras! ¡Te deseo lo mejor!

—Querida Paulina, somos víctimas invisibilizadas, cargamos con muchas heridas. Hemos sido muy valientes, y también conocemos lo que es la soledad. En demasía. Te mando un abrazo grande, fraternal, lleno de amor.

—Espero me des la razón al pensar que hay que tratar en lo posible de salir de esa «victimización» sino todos caeremos en depresión.

—Al leer tu relato me aparecieron recuerdos de mi infancia, de discusiones, planteamientos de retos que a mi aún hoy en día me golpean el alma y muestran que el daño, como dices, fue a nuestros padres y a nosotros mismos. Sobre todo, si sumamos a ello el hecho de que también nos tocó recibir el daño que sufrieron ellos, muchas veces a través de las reacciones por nuestras acciones de niños. Es un tema que cuesta superar.

—Yo pasé por una crisis hace diez años, donde pude en parte desahogar todo lo que llevaba dentro. Tengo la certeza de que saldrás muy bien parada en este proceso y podrás lograr sanarte.

—Yo también sufrí de crisis de pánico, fue horrible. Gracias al ímpetu de mi amada esposa empecé a hacer terapia, me inscribí en el Prais. Tuve una excelente terapeuta y algo me he sanado. No hablaba con nadie, tenía temor, lloraba. Sin duda los niños del exilio también resultamos dañados. Creo que la terapia es una buena alternativa. A mí me ha ayudado mucho. Sobre todo, ahora que tengo hijos y no quiero traspasarles mis traumas.

—El sábado fui al funeral de Margot Honecker donde estaban en su mayoría «nuestros padres». Escuché varios agradecimientos políticos, experiencias vividas como militantes del partido allá y sentí un vacío enorme. (Ojo, no quiero ser irrespetuosa, solo ser sincera para sacar los dolores adeudados).

—Gracias por contar tu testimonio, sobre todo por esa sanación que todos de una y otra forma hemos realizado. Somos parte de una historia no contada. Hablar sobre el exilio y también sobre ese retorno que significó un auto exilio. El retorno a nuestras tierras, nuestros orígenes, y que finalmente no eran tan nuestros y entonces tuvimos que comenzar a hacerlos parte de nosotros.

—Qué estremecedor lo que cuentas Paulina, sobre todo -y como casi siempre- porque me siento identificada con tu historia. Yo todavía no he ordenado la mía, no le he puesto nombres ni fechas, pero cada vez que leo estos testimonios siento que son parte de mi vida, con el agravante de que yo no regresé a Chile, ni me quedé en Alemania; me vine a Perú y aquí estuve sola con todas esas emociones guardadas sin poderlas compartir con nadie: ni mi experiencia en la RDA, ni mis sueños por un Chile mejor. Pero ya me voy a ordenar y voy a compartir acá también, necesito dejar la mochila a un lado... . Por lo pronto te mando un gran abrazo y te felicito por todo lo que has avanzado.

—Cuanta verdad y empatía siento, Paulina. Quizás todos tenemos algún trauma oculto y que se ha mostrado de diversas formas. Yo identifico en mí y en muchos una enorme capacidad de ser resilientes frente a sucesivos golpes en la vida.

—Leo tu testimonio y luego leo las palabras escritas que han nacido en apoyo a ti, y en donde nuevamente nos damos cuenta que nos reencontramos en vivencias similares, y entonces siento que estamos en lo correcto con este esfuerzo de haber creado y de mantener este espacio. ¡Gracias por compartir!! Gracias a todos por compartir. Yo estoy absolutamente convencida de que nuestra historia como Hijos del Exilio es una historia en sí misma y hemos salido dañados de esta experiencia. Unos más, otros menos quizás... pero a todos nos marcó. Es indudable. Por lo mismo también

estoy convencida de que es una historia que debe conocerse, que debemos transmitirla. Y solo se va a sanar si nos atrevemos a contarla. Nos ayuda a sanar y también aporta a enriquecer la comprensión histórica de lo que significó todo aquello que nos tocó vivir. Nuevamente, gracias y ¡sigamos en esto!

—Yo pasé por una situación de crisis hace 10 años que fue cuando reventó toda la sensación de vacío que llevaba dentro por la falta de cariño, apego y apoyo, y que sentí muchas veces en mi niñez y adolescencia por parte de mis padres. Donde hubo hechos tan de «cabro chico» que por sus experiencias detonaban reacciones de tremendos retos y comparaciones que uno quedaba sorprendido. Finalmente pude entender y comprender que las reacciones de ellos, de antes e incluso de ahora, son producto de una vida que ellos no quisieron y que tampoco supieron cómo enfrentar, que les dejó huellas y que a nosotros también nos marcaron. Hay muchas cosas que guardo en mi fuero interno y que a ellos jamás le podré decir, pero que pueden servir quizás para poder ayudar a quién lo necesite. Otra cosa es que en Chile jamás me he podido acostumbrar a esta mentalidad y que hay cosas que me van a molestar por siempre. Quizás esa sea una razón del porqué no he hecho familia y es una de mis mayores necesidades para poder cubrir ese vacío que tengo.

—El reconocerse en los demás ayuda. Gracia a todos. Es impresionante la cantidad que somos.

—Creo que Paulina, desde la valentía, ha provocado el catalizador necesario, que de alguna manera fue la construcción de este grupo cerrado, de utilizar algo tan abstracto y virtual, en una herramienta de sanación de nuestra historia y el inicio de la construcción material de esa misma historia.

—Me parece un acto de valentía y solidaridad el que expreses tus emociones y vivencias, Paulina. Eso permite que otras personas se sientan identificadas y acompañadas sabiendo que no son las únicas que viven este tipo de trauma. El exilio deja secuelas para todos los miembros de la familia. En mi caso nada más volver a Chile empecé a estudiar Psicología, también impulsada claramente a entender al ser

humano para comprender por qué hace lo que hace. Sólo entendiendo nuestra historia entenderemos nuestro Hoy. Si la conocemos, la hacemos consciente y, expresando las emociones que van asociadas a

momentos traumáticos es cuando se puede empezar a digerir... e intentar cambiar el presente y que disminuyan o desaparezcan esos síntomas que hacen sufrir.

NIEVES

Casi dos años en Chile, ¡ahora de vuelta a Alemania!

—¿Y eso Nieves? ¿No te gustó Chile?

—2 años no es nada para ambientarse. Yo ya llevo casi 27 años en Chile. Me falta solo viajar a Alemania.

—Yo me quedé en España. Los quiero mucho a todos, amigos, primos, tías, sobrinos. Pero hay una vida cotidiana nueva que aprendí aquí en Madrid que ya es mía, formas de relacionarse, de hablar, de tratar a la gente de igual a igual, de justicia que las siento por dentro.

—Cuando uno llega a Chile, suele llegar con una maleta de sueños y deseos. Los primeros años son

los más complicados, uno choca con una realidad desconocida. Por algo se habla del autoexilio, el cual puede durar muchos años o para siempre.

—Yo trataré de vivir en Chile todo lo que pueda, aunque entiendo muy bien a los que se van.

—Yo creo que uno no vuelve, siempre va. Y muchas veces cree que aquellos que no se movieron están arraigados, pero ellos también se sienten extraños en el mundo en que vivimos, tan cambiante. Lo que pasa es que nosotros somos más conscientes. Nadie está totalmente arraigado, pero nosotros podemos decidir porque conocemos diferentes realidades y culturas. Bueno, es mi opinión y así lo vivo yo.

FABIANA

¡Que desparramados por el mundo estamos hoy! Algunos volvieron a sus países de origen, otros se quedaron, y otros siguieron buscando su lugarcito en el mundo. ¿Lo encontraremos?

—¡Ja! Buena pregunta.

—¡Este es un buen lugar para empezar!

—¡Excelente pregunta, posiblemente nuestro patrón de conducta es, jarmar y desarmar casas...!

—¿En algún momento..., quizás?

—¡Jaaaá! Me alegra compartir eso de las mudanzas!

—Estamos en eso..., buscando aún.

—Más que buscar un lugar físico definitivo, me costó mucho encontrar mi identidad. Cuando regresamos a Chile en 1982, no sabía si era chileno o alemán, fue difícil acostumbrarme, tanto al idioma, a las costumbres, formas de pensar y de actuar de los chilenos.

Debate

NIEVES

Liebe Kinder des Exils, en esta página echo de menos la mirada objetiva sobre la realidad en la DDR. Actualmente estoy viviendo por algunos meses en Santiago.

—Que más real y objetivo que historias y anécdotas personales.

—Pienso que no hace falta más objetividad para expresar lo que para nosotros ha significado y significa la RDA puesto que este grupo se ha creado para compartir e intercambiar nuestras vivencias y sentimientos, no para hacer un análisis político de lo que fue o pudo haber sido, de lo bueno o lo malo. Simplemente, quizás dar forma a lo que vieron nuestros ojos y a los sentimientos guardados por tantos años y que hoy se canalizan aquí y ahora.

—Queridos amigos, a mi parecer, lo más importante de este grupo es la posibilidad de abrir los corazones y hacer que afloren sentimientos y emociones que ahí habían quedado guardadas. Así yo he aprendido de ustedes y espero que ustedes lo puedan hacer con mi experiencia. Sobre el término «objetividad» lo siguiente: En Alemania y en el mundo existen ya bastantes publicaciones sobre la «verdad» acerca de la RDA. Yo no me atrevería a hacer un comentario «objetivo» sobre ella. Personalmente tengo que decir que ese tema no es el mío. No me interesa aquí la «objetividad» sobre la RDA.

—Creo que todos somos libres de expresarnos en este espacio. Yo tengo una mirada muy crítica sobre la RDA, pero no me arrogo a decir que mi mirada es la más «objetiva».

—Las realidades objetivas son también subjetivas y dependen de cuáles hayan sido nuestras realidades. Y, por cierto, podemos tener este vocabulario por haber recibido una educación digna y buena. La RDA, a nosotros como exiliados nos entregó todo lo mejor de ella y más aún cuando lo recibimos de niños a jóvenes con ideales. Podemos tener nuestra opinión, algunos ser más críticos que otros, pero acá estamos hablando de nuestro exilio en aquel país que nos abrió sus puertas con lo bueno y malo.

—Yo no soy fundador ni pionero de este espacio de Osis, pero soy uno de ellos. Un día simplemente me vi parte de este grupo, y algo molesto por no entender realmente de qué iba. Con el transcurso de los días fui comprendiendo y agarrándole cariño al formato. Intercambio a través de imágenes, videos, anécdotas y sobre todo historias personales, algunas de las cuales las sentí mucho por verme reflejado en ellas. En lo personal, como muchos, he tenido que procesar mi relación con la RDA y cuando se da el momento encuentro la forma de explicar mi eterno agradecimiento mezclado con miradas críticas de un país que ya ni siquiera existe.

—Yo creo que aquí, a lo largo de los distintos testimonios, recuerdos o anécdotas hemos expresado, de una u otra forma, nuestra mirada sobre la DDR y lo hemos hecho desde la mirada del niño o del adolescente, que éramos en ese entonces. Y en todo lo que vivimos y en lo que hemos expresado aquí ha estado presente la RDA, nuestra mirada de la RDA, infantil quizás..., qué importa.

—Tu comentario es perfectamente válido y lo puedes expresar a través de tus vivencias e historias personales en la RDA. Enriquecerás este espacio y darás ocasión para intercambiar opinión. Existen tantas miradas objetivas como miembros en este grupo.

—Yo no tengo ninguna crítica contra ese país, todo lo contrario. Mil gracias por habernos acogido y gracias también por habernos ayudado a volver a nuestra patria.

—No tengo ningún temor en decir que la realidad y la razón por la que llegamos a la RDA fue porque en este país, nuestro país, había dictadura, y allá nos abrieron las puertas y muchos su corazón para acogernos, protegernos y darnos la seguridad de que nada nos iba a pasar. Y eso se agradece. Fuimos privilegiados, salvaron nuestras vidas y la de nuestros padres y eso es lo más importante. Gracias al pueblo de la gran REPUBLICA DEMOCRATICA ALEMANA. ¡GRACIAS!

MONTSERRAT

Hoy quiero recordarles el fatídico Comité Chile Antifascista, para bajar un poco el nivel de añoranza de la RDA, a menos que muchos de ustedes hayan pertenecido a éstos en sus respectivas ciudades. A mí el Comité Antifascista de Berlín me hacía ir a Berlín a pedirles el beneplácito que me exigía la Stasi de la escuela cuando necesitaba ir a la biblioteca de Westberlin a recopilar información para mis estudios y que no había en mi escuela superior, porque estaba compartimentada para los profesores y docentes de la nomenclatura.

—Respecto a los viajes, cuando comentan yo les digo que no podían viajar a Occidente, pero que igual viajaban más dentro y fuera de su país que los chilenos hoy. ¿Que el Trabant y el Wartburg no eran BMW o Mercedes? Por supuesto, pero dicho eso y tomando en cuenta además toda la espera de años para que te entregaran tu auto, en la RDA hace 30 años había más autos por nunca que en el Chile de hoy, 2017. Y con eso no estoy «justificando totalitarismos», simplemente hablo de realidades para partir cualquier análisis desde ahí y no desde mitologías. De otra manera no hay análisis alguno, sólo posturas basadas en prejuicios e ignorancias por opción.

—Cada vez que me preguntaban acá en Chile (y hasta hoy) de «cómo era vivir en un país dictatorial..., etcétera», les digo siempre que: «a diferencia de la dictadura chilena...». Y justo ahí, se quedan calladitos todos. Cuando hablo de mi infancia en la RDA, a nadie le interesa. A mí sí, curiosamente. Y sigo hablando, y cada vez que se me tiran encima con comentarios tales como: «Ah, pero ellos no podían viajar a ninguna parte...». Les contesto: «Bueno, pero no fue por eso que cayó el muro». Y justo ahí es donde se les acaba la curiosidad de saber. Se quedan ahí no más. Yo veo que el exilio que han vivido los demás en otros países no fue ni mejor ni peor. El exilio es transversal, es agresivo desde cualquier país de acogida/estadía.

—Personalmente no creo que recordar realidades que viví, realidades que sin duda eran complejas, me nublen el juicio hasta el extremo de que eso que llamas «añoranza» me haga idealizar a la RDA. El que haya conocido a gente de la Stasi muy cariñosos e interesantes para mí como cabro chico (cómo no recordar a Ernst, que con sus manos y un cuchillo hacía figuras de ajedrez mientras lo miraba embobado), no me hace negar los muchos abusos que se cometieron, y a cada uno imagino que le tocó de diversas formas chocar contra paredes, burocracias absurdas y criterios enfermantes. Como cuando en el colegio nos prohibieron realizar un campeonato de Breakdance con el colegio de al lado porque era «influencia capitalista», y estupideces por el estilo. Asumo que cada uno ha construido su juicio histórico y político de la RDA a conciencia, yo lo sigo haciendo. Y la postura crítica no me impide ni ver con claridad las injusticias, ni valorar lo valorable, tanto como sistema social, como en el trato hacia nosotros, y lo valorable respecto de la vida que tuve allá por diez años de infancia y juventud. Hace poco, en uno de los muchos almuerzos que me pego en el Mercado Central con turistas alemanes, un matrimonio Ossi, él votaba CDU y ella SPD, hablando de cosas de la RDA cotidianas me dicen que muchas cosas de ese país se extrañan porque sí estaban bien hechas, «aber erklär das mal einen Wessi», me dice. Lo más probable es que si no hubiese vivido allá, mi imagen sería la de la mayoría, un país donde pasabas marchando todos los días, la educación era simple adoctrinamiento casi militar, todo estaba lleno de policías, soldados y espías, los barrios estaban todos derruidos, las calles vacías, reinaba una noche permanente y no había qué comer ni qué vestir. Compartir la realidad que vivimos allá es simplemente eso, ponerles realidad a las cosas porque para bien y para mal, no vivimos en una caricatura.

Mi historia



Art. - Nr. 57321 351

Schl. - Nr. 155 81 520

EVP 0,42 M

Roxana

Hacía mucho frío cuando subimos al avión, como todos los nueve inviernos blancos que había pasado desde mis seis años en la RDA. Después de un largo viaje, que para mí marcó una etapa madurativa, me llegó la menstruación por primera vez, la puerta del avión se abre y el calor casi me deja sin respirar. Llegamos a Venezuela. Dejando atrás, con 15 años, toda mi vida hasta entonces casi idílica.

Empezar por el final me hace ver el principio, casi 10 años de mi vida en un país que marcó mi historia, la RDA. A mis ahora casi 50 años, que también marcan una etapa madurativa hermosa en mi vida, es para mí un privilegio poder contar mi historia como hija de exiliados en la RDA.

Olores, sabores y melodías me afloran en este preciso momento al entrar en mis recuerdos de esos años. Siempre he tenido los sentidos muy a flor de piel y estoy segura que las galletas de Navidad, la *Stolle*, el chocolate caliente y el *Tannenbaum*, tuvieron mucho que ver. La Navidad, sin duda, me hechizaba. Las calles y ventanas se iluminaban y daban una calidez particular a lo que normalmente era frío y gris. Con mis hermanas, Carola y Paula, esperábamos cada año ansiosas y emocionadas las primeras nevadas. A veces nos quedábamos hasta tarde noche mirando por la ventana y el sueño nos vencía. La primera que se levantaba, despertaba a las otras para mirar anonadadas con ojos muy abiertos, a pesar del sueño, ese paisaje que para nosotras era el comienzo de nuestra época de sentirnos en un cuento. Preparar las botas para *Nicolaus*, cantar *Weihnachtslieder* (canciones de navidad), comer galletas, tirarnos en trineo, hacer guerras de bolas de nieve, patinar, esquiar..., mientras esperábamos *Weihnachten* y *Silvester* (navidad y año nuevo). Recorrer los *Weihnachtsmarkt* (Mercados de navidad) ya era estar dentro del cuento y ser las protagonistas. La llegada del «Viejito Pascuero» que

generalmente era mi padre, era un evento tanto familiar como de todos los chilenos que nos reuníamos como siempre en «El Keller». Todos recibíamos regalos, pero antes cantábamos o hacíamos alguna gracia para merecerlo. *Silvester* (año nuevo) era una fiesta total!

A las 12:00 horas, en punto, el cielo se iluminaba media hora que para mí era una eternidad.

Hoy en día, para mí, siguen siendo las navidades momentos mágicos, esté en el país que esté, y cuando tuve a mi hija, nacida aquí en España, hice todo lo posible porque se viviera una Navidad como la que yo viví, pero no era la RDA. Ha ido varias veces a Alemania conmigo a que conozca mi historia y una de ellas fue en navidad.

Llegamos primero a Zwickau donde vivimos dos años junto con nuestra familia, mis tíos Toño y Raquel y mis primos Pame y Rodri. Todos los demás siempre fueron también mis tíos, éramos una gran familia. Recuerdo ir en el autobús cuando nos señalaron por la ventana donde íbamos a vivir. Eran edificios grandes, cuadrados y todos iguales. Al abrir la puerta de nuestro departamento, estaba todo amueblado, como si ya hubiéramos vivido ahí, era llegar y entrar. Me costó entrar al colegio, veía pasar a veces a mi madre por la ventana y me ponía a llorar y me quería ir con ella. Tenía que ir a ver a mis hermanas que también estaban llorando y consolarlas, cuando yo estaba peor que ellas. Los profesores hacían todo para calmarnos y me sacaban de clase para poder ir a verlas.

Nuestro ícono de juego era el *Spielplatz* donde teníamos un elefante de piedra que era nuestra mayor atracción y nos encantaba. Y no me puedo olvidar de nuestro *Sandmann* que con sus polvitos mágicos nos hacía dormir de maravilla.

Para ir a visitar a Potsdam a mis tíos Alfonso y tía Miriam, y a mis primos, Jandita, Pablo y Vane, nos íbamos en tren con mi madre. Nos encantaba

porque siempre nos hacíamos amigos de los soldados alemanes y rusos y nos regalaban chocolate y luego nos ayudaban al transbordo del otro tren.

Posteriormente nos mudamos a Potsdam donde permanecimos hasta 1983. Vivíamos cerca de mis tíos y primos. Y todos los nuevos tíos y amigos que rápidamente empezaron también a formar parte de mi vida como una gran familia.

Fue al poco tiempo de llegar, que viví una de las tristezas más grandes de mi vida hasta ahora. La muerte de mi prima Jandita. Para mí era mi amiga, mi prima mayor, tan hermosa y delicada. Fue un impacto muy grande saber que ya no volvería a verla.

En Potsdam los veranos estaban marcados por visitas a lagos, con cisnes, patos y mucho verde. Todos siempre en familia y con amigos chilenos y alemanes. Aquí no puedo dejar de mencionar el «Schloss Sanssouci» o «Cecilienhof» con esos hermosos jardines delicada y perfectamente cuidados que despedían olores a flores frescas y su interminable escalera. Se convirtieron en nuestro paseo dominical.

Nuestros viajes a los campamentos Internacionales eran todo un evento. Un montón de amigos chilenos juntos y sin padres varias semanas. Una vez más, cantábamos, comíamos, reíamos, jugábamos, nadábamos y también nos peleábamos..., lo pasábamos genial. Aunque recuerdo que a veces se me hacía largo y echaba de menos a mis padres. Conocíamos a tantos niños de otros países, tantas nacionalidades diferentes, culturas e idiomas, una riqueza humana y en plena preadolescencia, que no tiene precio, lo que ha hecho que en mí se haya internalizado la diversidad, la tolerancia y el compañerismo.

Al volver de los campamentos sabía que nos esperaban las vacaciones en familia y eso me entusiasmaba mucho. Fuimos a varios sitios, pero el

que repetíamos casi todos los veranos era acampar en Michendorf. Nos subíamos a las bicicletas toda la familia y en fila india llegábamos al tren que nos dejaba en el pueblo donde teníamos las carpas ya montadas con todo dentro. Era en pleno bosque con un lago. Otro sueño para unas niñas. Dormíamos las tres en una carpa aparte, era divertido y aventurero. Despertarnos con ese olor a fresco del bosque y el silencio de lo natural mientras nuestra madre nos preparaba el desayuno. Salíamos a buscar champiñones y los traíamos para cocinar. Nos bañábamos en el lago y salíamos al bosque a explorar. Mis padres tenían una carpa grande. Los terrenos estaban delimitados y dentro teníamos todo lo necesario, era como estar en casa, pero al aire libre.

La vuelta a la Schule también era esperada. Volver a ver a los amigos de clase y contarnos lo que hicimos en verano era divertido. Del colegio tengo sensaciones encontradas. No me sentía muy bien a veces con tanta exigencia y mis compañeros alemanes eran todos para mí súper listos y yo me sentía más lenta en asignaturas como matemáticas que hasta hoy no soporto. Destacaba en idiomas (inglés y ruso) y en deportes. Los actos por la mañana eran ley. El saludo «Seid bereit..., immer bereit» me hacía sentir una más. Los chilenos llevábamos pañuelos diferentes con los colores de nuestra bandera. Los alemanes primero el azul, luego el rojo y después de los 14 años la camiseta azul de mayores. Yo alcancé a ponerme la camiseta, ya que a los 14 años hice mi *Jugendweihe*. Lo que significa un salto de niña a jovencita. Algo que se vivía muy serio también de parte de los profesores. Era un evento simbólico importante y se hacía un acto donde participaba tanto la familia como los profesores. El saludo cambiaba: «Jugendfreunde Freundschaft..., Freundschaft», cuando lo dije por primera vez recuerdo mi sensación de, de repente haber crecido.

Mi madre Ana María, trabajaba en un jardín infantil al lado de la escuela. Había estudiado Parvularia en

Potsdam. La veía como una mujer bella, elegante y trabajadora, pendiente de nosotras, siempre cocinando rico y llevándonos a todos los sitios, hasta en trineo al colegio. Es y será siempre para mí un ejemplo de mujer.

Mi padre Sady, era mi amor, mi ídolo. Un hombre sabio e inteligente y muy guapo. Siempre tenía temas de conversación interesantes. Me enseñó a hablar inglés desde pequeña, pero aprendí realmente cuando los fines de semana ponía a todo dar la música de los Beatles, Barbra Streisand y Demis Roussos y me decía; «escucha la letra y entiéndela, sólo así las podrás cantar».

El deporte formaba parte de mi vida desde los 10 años. Empecé por ballet muchos años, lo que me aportó flexibilidad y armonía en movimientos. Esgrima me daba fuerza y coraje. Ponerme esa coraza de vestimenta y la máscara, hacían salir de mí un lado potente que hasta entonces no conocía y también me gustaba. Llegué a competir varias veces. En natación llegué a la «3. Stufe» que era la máxima escala para mi edad. Recuerdo que al principio tenía miedo de tirarme por los trampolines que eran de 1 metro, 2 metros y 3 metros. Cuando llegué a «3 meter Turm» me quería devolver del miedo que me dio, pero mi profesor me tomó de los brazos y luego me soltó. La caída fue terrorífica hasta que llegué abajo y cuando salí me sentí liberada. Desde entonces me encanta tirarme de todas las rocas en ríos que encuentro y desde cualquier altura. Lo increíble es poder tirarme con mi hija que desde muy temprana edad se tira conmigo. Superar poco a poco esos límites te enseñan a ser más fuerte y no tenerle miedo a tirarte a veces al «vacío». Hice gimnasia rítmica desde los 10 hasta los 15 años hasta que nos fuimos. Ese último año había salido seleccionada para las «Spartakiaden 1983» (competición más importante de los niños y jóvenes de la RDA) Fue uno de mis traumas al dejar mi vida, ya que entrenaba muy duro para conseguirlo. Eran muy estrictos y disciplinados, eso sacaba lo

mejor de mí y me hacía esforzarme mucho e intentar superarme día tras día. Fue frustrante tener que dejarlo justo cuando había logrado mi meta. Esto tuvo consecuencias importantes en mi vida. Al llegar a Venezuela empecé a competir y mi nivel era muy alto. Primero en el colegio, luego por distritos, luego regional y a nivel de Estados, hasta que me dio asma y tuve que dejarlo todo. Fui una niña muy sana todos los años que viví en la RDA y llegar a Venezuela fue todo lo contrario. Claramente me afectaba el clima y un componente emocional importante.

Otro deporte que practiqué junto con mi hermana Carola, fue equitación. Era toda una aventura para nosotras. Esperábamos ansiosamente que tocara el timbre del colegio para salir corriendo a subirnos a nuestras bicis e irnos al tren en Babelsberg. subíamos las bicis al tren y en tres estaciones estábamos en el pueblo, donde seguíamos en bicicletas por un bosque hasta llegar a los establos. Preparábamos los caballos y montábamos más de una hora. Para nosotras era realmente algo especial. Nos sentíamos fuertes, seguras e independientes al hacer todo ese recorrido nosotras solas. Cuando empezamos teníamos 11 y 13 años. Esto refleja la seguridad social que existía, la tranquilidad de unos padres de transmitirle a sus hijas confianza, autonomía y seguridad en sí mismas. Permitiendo y facilitando la noción de que si quieres algo, ve a por ello, ¡cueste lo que cueste!

Paula, mi hermana menor fue capitana en Handball (balónmano). Era una cosita pequeña, rápida, mandona y con sus estrategias ganaban muchos partidos. Ahora no es pequeña, pero sigue siendo mandona, rápida y estratégica, lo que le ayuda a ganar muchos partidos de su vida. Ahora es la capitana de su bella familia.

Tenía 9 años cuando hicimos pruebas para participar en la película *El Cantor, la vida de Víctor Jara* con Dean Reed. Participamos casi todos los niños y adultos chilenos. Recuerdo escenas como todos los niños en

la ducha muertos de risa, o una vez más cantando canciones. En principio íbamos a ser Carola, mi hermana y yo las hijas, pero las pruebas eran con un gran perro pastor alemán y mi hermana le tenía miedo. Ana María y yo emprendimos una experiencia única, en el papel de Amanda y Manuela Jara. Rodamos en la DEFA y en Sofía, Bulgaria. Despedirme de mis padres en el aeropuerto fue doloroso para mí, aunque estaba emocionada. Era la primera vez que me separaba de ellos, era un viaje lejos y en avión sola. Se me habrá notado en la cara el miedo, tanto que Clodomiro Almeyda, que también viajaba por la película, estuvo casi todo el vuelo conmigo, me tomaba en brazos y hablamos de muchas cosas, lo que hizo que el viaje se me hiciera corto y agradable. En Sofía grabábamos mucho en un pueblo, con mesas largas y mucha gente. Una vez más cantábamos, comíamos, reíamos y bailábamos. Nuestras travesuras en el hotel, de Ana María y mía, eran divertidas. Pero lo que más me divertía era asentar con la cabeza el «no» como si fuera «sí», y viceversa. Nos metíamos en muchos líos por eso. Nuestra institutriz a cargo, *Frau Hasselhof* (creo recordar así su nombre) era simpática, pero estricta. Nos daba clases para que no perdiéramos tanto en el colegio. Son infinitos mis recuerdos de esa época. Uno de ellos es que lloraba cada vez que hablaba con mis padres, escuchar a mi madre y no poder verla era angustiante. Me costaba mucho recuperarme. Dean Reed fue para mí alguien importante en mi vida. Me apoyé mucho en él, era muy cariñoso y lo sentí muy cercano, remplazando mi figura paterna, en ese momento ausente. Las escenas con él se me hacían muy fáciles y familiares. Su repentina y extraña muerte me afectó mucho.

Nuestros actos políticos y sociales eran frecuentes. Representar con cantos, dibujos y bailes nuestro país y todo lo que ello implicaba, me hacía sentir comprometida con la lucha de liberar a los nuestros de tanta injusticia. Oír historias y relatos de los adultos

sobre el golpe y la dictadura era algo común. Sabíamos que habíamos salido de Chile por nuestro padre y que había estado preso y torturado. Pero fue muchos años después, en Venezuela, cuando nos sentó en la cocina y nos contó su propia historia. Cómo lo apresaron, cómo lo torturaron y cómo se salvó y también los «porqués». Fue la única vez que la oímos con detalles.

Valores como la solidaridad, colaboración y derechos humanos eran parte del día a día, los cuales se me anclaron profundamente hasta el día de hoy. Esa sensibilidad y a la vez fuerza por luchar por lo que quieres, por lo que ves justo y no darte por vencido, me acompañan desde entonces.

Y esta es mi historia como hija de exiliados en la RDA. Contada ahora a mis 49 años desde mis recuerdos, mis sensaciones, mis vivencias y mi percepción que no han cambiado desde que la recuerdo. No puedo nombrar a todos mis tíos y tías, amigos y amigas, chilenos, alemanes o de cualquier otra nacionalidad, que formaron parte de esta historia, ya que son muchos y no quiero dejar a nadie fuera. Todos vosotros sabéis quienes sois si me conocéis y os doy las gracias por haber estado de una u otra forma en mi vida.

La elección de mi carrera no escapa a estos años. Con 20 años de ejerciendo como Psicóloga Clínica, reconozco la importancia de la primera infancia y la adolescencia. Claramente la mía, fueron nueve años de mi vida con una infancia y adolescencia «humanamente idílica». A pesar de ser consciente que el motivo de vivir ahí era algo no deseado, impuesto y sufrido por mis padres como por tantos otros chilenos y que dentro de la RDA nosotros teníamos ciertos «privilegios» diferentes a los alemanes, como poder cruzar la frontera a la BRD. Mis obstáculos y luchas comenzaron cuando me subí ese avión con 15 años, ese día frío y blanco y donde me convertí realmente de niña a mujercita. Afortunadamente, tenía una

buena base, sólida y fuerte. Nunca he participado en política, pero defendiendo a capa y espada, si es necesario, los derechos humanos principalmente de los niños y adolescentes y la libertad de expresión, tanto en mi vida personal como en mi praxis clínica. Así que no tengo más que gratitud por ese país que me acogió como su hija, que fue mi país de exilio, la ex RDA.

Vivimos nueve años en Venezuela. Fui a Chile de visita con 19 años, todavía en dictadura. Llevaba cierto temor en el cuerpo, pero eran más fuertes las ganas de pisar mi país. El reencuentro y cálida bienvenida de tanta familia, primos y tíos, recorrer las calles, la moneda, los sitios que tanto nos habían hablado y visto en documentales y fotos, era excitante y una experiencia muy profunda e importante para mí. Volvimos a Chile cuando ya tenía 24 años. Aunque tenía muchas ganas de vivir en mi país, me sentía extranjera. Ya llevaba el toque caribeño mezclado con alemán, una mezcla bastante particular que hizo por primera vez que me cuestionara mi identidad. Estar por fin en mi país y sentirme a veces incluso

rechazada por ser hija de exiliado, no era coherente con mis expectativas. Aún cuando entendía sus razones. «Nosotros nos quedamos luchando y ustedes se fueron y lo pasaron bien...». Entré a estudiar Psicología al Arcis, me enamoré enseguida de mi carrera, pero me costó encajar al principio. Estudiaba vespertino, empecé a ponerme jeans y camisetas dos tallas más grandes para que no se me marcara tanto la figura y poder encajar con el estilo «de izquierda». Poco a poco me fui dando cuenta que la ropa no hace que cambie mi ideología, ni mis pensamientos, ni lo vivido, ni mi forma de ser y encontraba paradójicamente clasista tanta discriminación, que curiosamente no me había vivido en ningún otro país. En fin, fue difícil encontrar mis respuestas y retomar mi talla de ropa, pero que finalmente llegaron para quedarse y hacer mía mi historia y «mis países» a mi manera. Viví ocho años en Chile y cuando ya era una chilena más, a mi manera, pero insertada por completo en mi país, me mudo a Valencia, España, donde vivo hace 17 años; me casé con, mi ahora ex marido, Xavier y tuve a mi única hija Andrea..., pero esa es otra historia...

Claudia

La República Democrática Alemana fue el país que acogió a mi familia, en diciembre del año 1976. Nuestro grupo familiar estaba compuesto por mis padres Guillermo y Sira, dos de mis hermanas mayores, Patricia y Luisa, de 24 y 20 años respectivamente, mi hermana menor Mabel de 9 y yo de 10 años.

Ingresamos a la RDA de una forma que evoca aquellas películas de espionaje durante la guerra fría. Mi familia llegó devastada, aturdida por las vivencias de los tres años de dictadura en Chile, pero además agotada de un viaje largo y accidentado, también digno de aquellos tiempos.

En un consejo de guerra los militares habían condenado a diez años de cárcel a mi padre y le habían conmutado la pena por extrañamiento; él fue llevado desde la cárcel directamente al aeropuerto de Pudahuel. Nosotras estuvimos a punto de perder el vuelo, porque el taxi tuvo un desperfecto mecánico. Logramos llegar corriendo a entregar nuestras maletas. La despedida de una de mis hermanas, que optó por quedarse en Chile, fue rápida y brusca. Mis tías y amigos de la familia lloraban, pero no tuvimos tiempo para detenernos a consolar y abrazar cariñosamente.

Mi padre, ya sentado en el avión, imaginaba lo peor. Pensó que los agentes del Estado no nos dejarían partir, que nos harían desaparecer; en esos tiempos ya teníamos incorporado todo lo nefasto y horroroso que podía ocurrir. Ya habían asesinado a Pablo, mi hermano mayor. Mi madre había estado nueve meses detenida, mi padre tres años encarcelado, mi hermana mayor fue expulsada de sus estudios, nuestra casa fue allanada en múltiples ocasiones. Nuestra familia sabía que todos los horrores eran parte de la realidad chilena de esos años.

A mi padre le volvió el alma cuando nos vio aparecer en el avión.

Partimos en un vuelo de Lufthansa, vía Lima y Nueva York, hasta Frankfurt. Allí tuvimos una escala de aproximadamente ocho horas y continuamos vuelo a Copenhague, donde al otro día debíamos tomar un vuelo hacia Berlín Oriental.

Todo resultó según itinerario hasta que la policía danesa no nos permitió ingresar y nos dejó en tránsito para después subirnos en el primer vuelo hacia Hamburgo, Alemania. En Hamburgo se armó otro lío, pues allí entendieron el error de los daneses y trataron de enmendar nuestro rumbo, embarcándonos en un avión a Berlín Occidental. Llegamos a Tegel y un funcionario se apiadó de estos refugiados que llevaban ya más de 24 horas volando y cortó por lo sano. Después de largas conversaciones con los taxistas en Tegel, encontró a uno dispuesto a llevar a seis personas con sus maletas, bolsos y bártulos. Unos sobre otros, apilados, partimos a un paso fronterizo. Nos dejó en un sitio baldío que parecía un peladero. Estaba muy oscuro, pues ya eran más de las diez de la noche y hacía mucho frío.

Caminamos hasta la garita del guardia fronterizo con metralleta. Mostramos los pasaportes y nos hicieron pasar a las ventanillas donde revisaban pasaportes y luego a la sala de estar de los soldados de la NVA (Ejército Popular Nacional). Nos ofrecieron leche a las niñas y agua a los adultos. Cerca de la medianoche llegaron unos funcionarios del Partido Socialista Unificado Alemán (PSUA) que hablaban español y que abrazaron efusivamente a mis padres. Nos dieron la bienvenida y nos subieron a dos autos que viajaron velozmente por Berlín Oriental. Después de más de una hora de viaje, llegamos a la ciudad de Eisenhüttenstadt, al hotel *Lunik*. Allí nos entregaron unas cómodas habitaciones, donde pudimos ducharnos y dormir.

*

En el Hotel nos encontramos con un grupo de aproximadamente cuarenta chilenos entre adultos, jóvenes y niños. Varios de ellos, al igual que mi padre, vivían sus primeras semanas en libertad porque volaron prácticamente directo de la cárcel a la RDA. Sus primeras caminatas en libertad las hicieron allí.

Había todo un piso destinado a los chilenos. Había traductores a disposición nuestra y encargados alemanes las 24 horas. Y todos pasaban por el mismo proceso. Primero se entrevistaba a los adultos. Se preguntaba por su militancia, sus funciones y actividades políticas durante la UP, sus orígenes, sus profesiones y trabajos previos. Recuerdo que mis padres comentaban sobre lo exhaustivas y largas que eran esas entrevistas.

Después vinieron controles médicos acuciosos a cada miembro de la familia. Se le entregó dinero a cada integrante de la familia para la compra de ropa adecuada para el invierno y dinero para el bolsillo. Con mi hermana menor nos compramos una muñeca cada una y mi padre me ayudó a comprar un guitarra.

En el hotel recibíamos tres estupendas comidas diarias y por la tarde los alemanes repartían frutas, manzanas o naranjas a los niños. A las 19:30, invitaban a los niños a ver un programa infantil. El «Sandmännchen», para mí, niña de 10 años, era un programa aburrido porque no entendía nada y porque me parecía muy infantil. Yo me sentía más grande y no me entusiasmaba la idea de ir a dormir tan temprano.

Días después entendimos cuál era el sentido. Una noche mis padres y mis hermanas se reunieron después de la cena con otros matrimonios y jóvenes chilenos a compartir unas cervezas y algún vino en el restorán del hotel. Mabel y yo nos quedamos en nuestra habitación. Después de un rato de jugar y de

escribir algunas postales, nos aburríamos y salimos a mirar al pasillo si encontrábamos algún amiguito para jugar. Como no había nadie, optamos por bajar a buscar a nuestros padres y hermanas. Al pasar por el lobby, nos incomodó sentir las miradas de la gente que estaba allí, por lo que aceleramos el paso hacia el restorán. Allí había mucha gente, unos sentados alrededor de las mesas, otros parados en la barra. Todos conversando en voz alta y el humo de los cigarrillos formaba una neblina espesa que nos dificultó la vista. Miramos para todos lados y no veíamos a nuestra familia. Caminamos tratando de encontrarlos y cuando los divisamos, apareció un gigantón con una cerveza en una mano y un cigarrillo en la otra. Nos cortó el paso y nos comenzó a gritar. Vociferaba algo ininteligible para nosotras y su voz y presencia nos asustó. Corrimos al lado de mi mamá casi llorando. Una compañera uruguaya que entendía alemán, le explicó a mi familia que el señor decía que ese no era lugar para niños y que no debíamos estar ahí. A esta hora los niños duermen, decía. Mi madre se levantó rápido, nos tomó a cada una de la mano y nos llevó a nuestra habitación. Ese fue mi primer choque cultural. Me acosté lloriqueando. Me costó dormir, estaba inquieta entre la situación del gritoneo del alemán y la almohada blanda, cuadrada que no me acomodaba. Pensé en Chile, en mi casa en Cauquenes, en mis amigos del barrio, mis compañeras de colegio. Pensé en lo que quedó atrás y extrañé mi almohada larga y firme. Esa noche fue la primera vez que extrañé mi vida en Chile.

Dos semanas después nos trasladaron a Cottbus, la ciudad donde estaría nuestro nuevo hogar. Partimos después de almuerzo con nuestras maletas en un furgón. Viajamos algo más de una hora y llegamos a un lugar en construcción. Eran varios bloques

de edificios recién construidos y aún no había pavimento en las calles. Estacionaron frente a la puerta de uno de los edificios y nos pidieron que subiéramos hasta el tercer piso. Allí, en la puerta del departamento, le hicieron entrega de las llaves a mis padres. Entramos los seis a explorar las habitaciones de nuestro nuevo hogar. Eran tres dormitorios, una sala-comedor, un baño, cocina y balcón. Lo más sorprendente de todo esto es que estaba completamente equipado, tenía absolutamente todo lo necesario. No faltaba nada: había desde ceniceros hasta lavadora, pasando por ollas, cubiertos, platos, tazas, sábanas y toallas. Todo completamente nuevo, las camas, los sillones, la mesa de comedor con seis sillas, un escritorio, estanterías para guardar la ropa. La construcción era sencilla, pero con calefacción central y ventanas con doble vidrio.

Vivimos las fiestas de fin de año, Navidad y Año Nuevo, con arbolito navideño, regalos y cenas ad hoc. Una vez pasadas las fiestas, en los primeros días de enero, los seis integrantes de la familia comenzamos con clases de alemán. Mis padres y hermanas asistieron a un curso para adultos y nosotras con mi hermana menor a un curso para niños y jóvenes. Los cursos duraban cuatro o cinco meses, de lunes a viernes cinco horas cada día. Mientras tanto, mis padres recibían dinero para mantenernos. Una vez finalizados los cursos, a los adultos se les ofreció trabajos. La institución que organizaban todo esto era el Comité de Solidaridad de la RDA.

En Cottbus ofrecían, en ese tiempo, tres o cuatro lugares de trabajo. La maestranza, la fábrica de textiles, el hospital de Cottbus. Mis padres y mis hermanas eligieron el hospital. Mi madre y mis hermanas trabajaron como auxiliares de enfermería y mi padre en el área administrativa del hospital, digitando datos estadísticos a un computador que era del tamaño de una habitación. La habilidad que exigieron era saber escribir a máquina.

Nosotras, las hijas menores, ingresamos a la escuela. Debido al idioma, nos matricularon en un nivel inferior. Así partimos, una en quinto básico y la otra en tercero básico. El comienzo no fue fácil, pero nosotras nos ambientamos bien y al año ya estábamos más o menos integradas. Para nuestros padres no fue fácil por el idioma, pero entendían que sólo el tiempo podía ir mejorando ese ámbito y apostaban a que no sería por muchos años.

Cada Año Nuevo el deseo que se expresaban uno al otro era: ojalá que el próximo Año Nuevo lo pasemos en Chile. Para mis hermanas fue algo más complejo. Una de ellas consiguió una beca para ir a estudiar a Bulgaria. Partió a ese país por seis años, a estudiar agronomía.

Mi hermana mayor, a los dos años se casó con otro chileno exiliado y formaron familia. Allí nació un nuevo integrante de la familia, Pablo Renán, mi primer sobrino. Este niño vino a regalar alegría y esperanza a toda la familia.

No nos faltaba nada. Teníamos asegurada la salud, comíamos bien, y nuestro tiempo libre estaba marcado por el deporte, los paseos en bicicletas al zoológico, al bosque y al lago. Respecto al abastecimiento, mucho se habló de que en la RDA, como en todos los países de la órbita soviética, faltaban cosas básicas. Este es un tema que me indigna, al menos por lo que conocí de la RDA. La verdad es que no faltaba la carne, ni los embutidos, menos el queso y en general los productos lácteos como la leche y el yogurt. Recuerdo que la fruta era como antes en Chile, en invierno había naranjas de Cuba y manzanas, en verano había más variedad, porque importaban uvas, sandías y melones de Bulgaria, Rumania y Hungría. En los veranos también había tomates,

lechugas, pepinos para ensaladas y frutillas. Nunca faltaban las zanahorias, las arvejas, ni el repollo. Arroz y papas había siempre, así como legumbres.

La mayor parte del tiempo libre lo compartíamos con otros chilenos, pero también con alemanes amigos del colegio. Nuestros padres en sus militancias y con el colectivo de los chilenos, militantes de distintos partidos de la UP, y nosotras en los pioneros. La organización de pioneros era una organización para niños y niñas. Para mí fue un espacio en el que se fortaleció mi identidad. Allí reflexioné junto a otros niños, sobre las razones del exilio de nuestros padres y en consecuencia, también del nuestro. Durante las vacaciones de verano disfrutábamos en campamentos con otros niños a orillas de lagos o en la costa del Báltico.

Recuerdo que la vida era bastante estructurada y era difícil discrepar con esa estructura, pero se tenían aseguradas las condiciones básicas. Había trabajo, salud, política de vivienda y educación de calidad. No tenía mucho desarrollo en lo que respecta a psicología educativa, pues al yo venir de familia de pedagogos, era un tema recurrente que se conversaba en casa, que los profesores muchas veces comparaban y eran «barreros» descaradamente. Caer en desgracia en el colegio, sobre todo con algunos profesores claves, era algo que podía tener consecuencias, pero finalmente siempre se podía lograr lo que uno se propusiera. Había caminos más sacrificados que otros y más largos, pero se podía lograr un título universitario por varios caminos. La educación general era buena, se aprendía mucho y con buen contenido en física, química, matemáticas, biología, artes y deportes. Se lograba un excelente nivel una vez terminado el colegio. Había buena infraestructura, con laboratorios y gimnasios muy bien equipados. Pero debo admitir que, una vez terminada la educación media, los conocimientos de historia eran inferiores a los de otros países. Sobre todo, en los últimos

años de colegio, se destinaba demasiado tiempo a estudiar las resoluciones que se tomaban en los distintos congresos del PSUA y del PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética) en tal y cual año.

Cuando ingresé a la universidad, por ejemplo, constaté que tenía grandes vacíos sobre historia de la edad media, que me demandaron esfuerzos adicionales para lograr entender los contextos históricos de la literatura medieval. Una vez se lo comenté a mis profesores, Doctores en literatura alemana y en historia de la literatura alemana, y concordaron plenamente que en la enseñanza escolar de la RDA había algunos vacíos de contenidos en historia. Obviamente que la educación general básica y media de la RDA no tiene comparación con la educación chilena actual, pues esta última nunca estuvo a su altura y además fue decayendo año tras año.

A partir del año 1984 nos trasladamos a vivir a Berlín. Allí estudié en la Universidad Humboldt, literatura y lingüística alemana y mi hermana menor estudió pedagogía en educación básica. Mi madre se dedicó a hacer clases de castellano y de literatura, historia y geografía latinoamericana a niños y niñas de Chile y Uruguay. Ese era un programa que financiaba el ministerio de educación de la RDA. Gracias a ese programa los niños en el exilio en la RDA logramos mantener nuestra lengua y conocer la historia y la literatura latinoamericana, lo que permitió mantener y reforzar nuestra identidad y facilitó en parte nuestra reinserción al retornar a Chile.

En diciembre de 1986, mi padre manifestó malestares estomacales y se sometió a un sin fin de exámenes. En enero de 1987 recibimos el diagnóstico: cáncer de próstata. Durante todo ese año fueron muchas las veces en las que mi padre ingresó a la Charité,

el Hospital Clínico que era parte de la Universidad Humboldt. Mi padre expresó en esos meses su deseo de volver a Chile, pero en ese tiempo él aún tenía prohibición de ingresar al país. En septiembre de 1987 nos comunicaron desde Chile que a mi padre se le permitía volver al país. Consultamos con los médicos y estos nos dieron la mala noticia que mi padre ya no podría volver, pues un viaje en avión podría provocarle la muerte. Mi padre falleció el 13 de febrero de 1988, añorando morir en Chile y ser enterrado junto a mi hermano Pablo.

En julio de ese mismo año, mi madre viajó a Chile para depositar sus cenizas en el cementerio de Cauquenes en la tumba donde yacían las osamentas de su primogénito, asesinado por la Caravana de la Muerte el 4 de octubre de 1973.

En julio de 1990, retornamos a Santiago de Chile mi madre, mi hermana menor y yo. Las hijas volvimos con nuestros títulos bajo el brazo. La situación de Chile, con un sistema neoliberal a ultranza, nos recibió con una democracia débil.

Durante catorce años, desde los 10 a los 24 años viví en la RDA, crecí allí, viví gran parte de mi juventud. Ese país marcó fuertemente parte de mi identidad. Mi regreso a Chile estuvo marcado por un choque cultural feroz. El conservadurismo, la tremenda desigualdad social, el machismo, el individualismo, el negacionismo de las violaciones a los derechos humanos, de las que mi familia, cada uno de sus miembros, fuimos víctimas directas en sus diversas formas, fueron lo que me provocaron

un enorme rechazo y sensación de no pertenencia. El chovinismo no permitía críticas, los chilenos y las chilenas no admitían crítica alguna a «su país», y en muchas ocasiones me dijeron que por qué no me volvía a Alemania. Esa interpelación me provocaba rabia y contestaba con indignación que yo había nacido en Chile, que era chilena y que había optado por volver y que jamás dejaría de mirar críticamente lo que le hacía mal a esta sociedad.

Muchas veces sentí una fuerte nostalgia. Y no es fácil sentir nostalgia por un país ya inexistente y que la historia oficial describe sólo desde sus errores. Todos sabemos que la historia oficial la cuentan los vencedores. En la RDA se cometieron errores, pero yo siento agradecimiento hacia las virtudes que tuvo la RDA.

Hoy vivo hace ya 33 años en Chile, estoy casada con un chileno que también vivió en la RDA y fueron nuestros dos hijos los que me ayudaron, sin saberlo, en mi proceso de arraigo en Chile; me ayudaron a volver a echar raíces. Pero no dejo de tener una identidad fracturada y dividida.

Cuando miro hacia atrás, valoro que la vida en la RDA nos devolvió la dignidad, después de las atrocidades vividas en Chile, y nos proporcionó las herramientas para poder vivir, trabajar, criar y educar a nuestros hijos con los valores del respeto a los seres humanos y a la naturaleza, poder tener reflexión crítica y aportar en los espacios que cada uno ha elegido, siempre alimentando la esperanza de un mundo mejor para todos y todas.

Rosita

Nací en Santiago de Chile y pasé los primeros años en San Miguel. Mis padres trabajaban en la ex UTE, pero la relación entre ellos no andaba bien en ese entonces, por lo que finalmente se separaron. Mi papá, antes del golpe, se fue a estudiar a la RDA (Dresde).

Yo ya iba al colegio, aunque no recuerdo mucho, cuando se sucedieron los hechos de septiembre de 1973. En enero 1974 emprendimos el viaje hacia el viejo continente, mi hermana, mi mamá y yo. Mi tío, por parte de padre, todo tranquilo, nos fue a dejar al aeropuerto. Solo me acuerdo de que vi a mi hermana menor, que tenía apenas dos años, con un delantal puesto con las iniciales KLM. Seguro que me fui todo el viaje durmiendo. También me acuerdo de dos maletas rojas, también con el logo de KLM.

Cuando llegamos a Berlín nos encontramos con el papá y nos fuimos directo a Dresde, al internado donde vivía. Ahí tuve una caída del camarote y me tuvieron que llevar a un hospital. Mis padres estaban preocupados, ya que aún no entendían bien a los doctores que les hablaban en alemán, pero finalmente no pasó a mayores. Después de la estadía en el internado, nos llevaron, al igual que a otras familias chilenas, a vivir en departamentos. Yo ingresé a

un jardín infantil y mi hermana a una sala cuna (*Grippe*). De aquel período, me acuerdo de las tías que le echaban azúcar a la leche de los niños chilenos, ya que los alemanes la tomaban sin azúcar. Ese mismo año entré al colegio. Junto a las clases normales con los alemanes, teníamos nosotros otras clases que eran de español, para no olvidar nuestro idioma y origen, además de conocer nuestra historia y geografía.

Mi papá se juntó a vivir con una compañera nueva, que era alemana, con quien hasta hoy están juntos. Mi papá siempre se preocupó de nosotras, nos venía a buscar y nos llevaba a pasear. La nueva pareja tuvo dos hijas, con lo que en total somos cuatro hermanas por parte de padre. En un momento me fui a vivir con ellos a Berlín, para mejorar mis notas en el colegio y también la calidad de vida.

El retorno lo hicimos en el año 1990. Nos tuvimos que venir, ya que no se sabía qué podía pasar en Alemania después de la caída del muro y de la RDA. Mi papá ya se había venido antes con su familia, en el año 1985.

Ahora tengo casa propia, trabaje once años en el diario *La Nación* y catorce años en el supermercado Montserrat. Vivo con mi pareja e hija en mi casa. Mi mamá falleció en el año 2004 producto de un cáncer, pero alcanzó a conocer y disfrutar a su nieta, mi hija, hasta sus 7 años.

Susana

¿Qué define nuestra forma de ser? ¿La familia en la que nacemos, el entorno, la sociedad, el país?

Cuando alguno de estos elementos cambia varias veces en la vida, sea en forma voluntaria o forzadamente, ¿cambia nuestra forma de ser?

•

En Cuba, en los años 70, era una más entre los niños: todos juntos jugábamos y aprendíamos sin diferencias. Al llegar a Chile, ya era la cubana que hablaba con palabras extrañas y que se comportaba diferente a los otros niños. Pero con dos cambios de colegio más adelante, ya era una más del grupo. Sin embargo, fue ahí donde sentí por primera vez que no era bueno decir todo de sí misma. Fue cuando una profesora cambió mi lugar de nacimiento, para que no apareciera en un documento «la isla».

Entonces llegó el golpe; y fue una experiencia devastadora para nosotros, acostumbrados a jugar en la calle con todos los niños de aquel barrio de Macul. De un día para otro todo se volvió silencioso. Ya no podíamos salir, tuvimos que aprender a omitir y callar muchas cosas. Había que ser cuidadoso, sigiloso para sobrevivir. Tuvimos que salir del país.

La llegada a la RDA fue un proceso contradictorio. Por un lado, volvíamos a tener libertad de ser niños, jugar, cantar y compartir con otros niños, chilenos y alemanes, sin necesidad de saber el idioma del otro. Pero, el peso de la pena, el dolor de las personas que habían perdido a un ser querido en los primeros meses de la dictadura, que no sabían dónde estaban sus familiares, amigos o parientes, era un manto oscuro que pesaba sobre aquel Hotel Lunik, en Eisenhüttenstadt, donde pasamos las primeras

semanas. Al igual que muchas madres y padres que intentan en las peores situaciones hacer la vida de sus hijos alegre y emocionante, mi madre Rosa, con quien junto a mi hermano Ricardo salimos al exilio, nos organizaba paseos al bosque y a la parte histórica de la ciudad, visitas a los juegos para niños e idas al circo.

Leipzig, a diferencia de Eisenhüttenstadt, se sintió como una metrópoli, llena de vida, con nuestro propio departamento, tranvías, autos, cines y mucho verde. Para nosotros fue una vida buena, aunque no sé qué tanto para mis padres, con el corazón y los sentimientos siempre puestos en Chile. En el colegio, la profesora no se había dado cuenta que tenía una niña extrajera en el curso y sólo un día cuando me preguntó algo y yo no supe responderle, porque todavía no entendía bien el alemán, supo que tenía una chilena entre sus alumnos. La adaptación al mundo alemán fue parcial, porque hablábamos español en casa, mantuvimos siempre las tradiciones chilenas y nuestras costumbres eran difíciles de entender para algunos alemanes. Lo que pasaba en el mundo de los adultos con sus problemas, frustraciones y conflictos nos tocaba en forma tangencial. En realidad, mis padres no podían con todo el derrumbe de un sueño, la vida cotidiana y el idioma extraño como para entender los problemas por los que estábamos pasando en esos días. Hubo varias situaciones que eran un llamado de atención, pero que no se entendieron así.

La llegada a Berlín permitió conectarse más intensamente con otros chilenos, participar en clases de español e historia de Chile con las diferentes profesoras y explorar una vida adolescente intensa. El Festival de la Canción Política que se realizaba anualmente, con sus visitas internacionales, eran un punto importante en el quehacer político. Nos preparábamos para vender todo tipo de productos, desde comida (ensalada de porotos, empanadas) hasta Soporosos. Durante todo el año había campañas

para recolectar dinero para enviar a Chile, para la causa chilena en contra del fascismo. Nuestras vidas estuvieron marcadas por el compromiso político.

En mi colegio, en Berlín, era una más, no me parecía al estereotipo chileno, así que pasaba desapercibida, adaptada, mimetizada entre otros niños.

Los años universitarios me dieron la posibilidad de entender el alma latina fuera del colectivo chileno y abrazar el ser latino en tierras lejanas. Ese lazo que tiene el continente, que nos hace muy parecidos en nuestra diversidad. Nuevamente surge la contradicción de estar integrada a la comunidad alemana y de sentir que hay algo más allá lejos, que no viene de lo que tus padres te contaron, sino que lo sientes en la sangre. Estar en un conjunto folclórico compuesto por cubanos, chilenos y nicas profundizó esa identidad también.

•

¿Y qué motivó la vuelta?

Aunque no vivimos arriba de las maletas, pensando en que el próximo año volveríamos a Chile, el sueño, el anhelo, el futuro posible estuvieron para

mí siempre en Chile. Nunca me planteé vivir en Alemania, aunque sabía que mi vuelta traería desarraigo y separación de mis amigos. Chile era la tierra soñada, con la que tanto habíamos fantaseado. Y claro, cuando las expectativas son muy altas, la vida se ocupa de traerte a la tierra en un aterrizaje, a veces, no muy elegante. Nuevamente fuimos los otros, los del exilio dulce...

Aprendimos la autocensura, tan practicada en el país, ese otro Chile, el mutado, el transformado, que no nos recibió con los brazos abiertos, sino con desconfianza. Volvimos a tener que aprender los códigos de comportamiento, aprender a cómo relacionarse, a cómo moverte en esta sociedad tan individualista y culturalmente religiosa. Pero ya había sido nuestra decisión y salimos adelante.

•

Efectivamente, nuestra forma de ser cambia a medida que crecemos y vamos tomando las buenas y malas experiencias de todo lo vivido. Agradezco haber crecido en la RDA y haber experimentado una sociedad distinta, con cosas buenas y malas, pero con más justicia social.

Eugenia

Mi historia, como hija de mi padre exiliado, comienza cuando tengo dos años y medio en Dresden, Sajonia, en la entonces República Democrática Alemana.

Mis pensamientos vuelan lejos y se entrelazan con mis recuerdos de una joven más bien ingenua cuando aterriza en esta tierra chilena, que, según indica mi pasaporte, es mi patria. Lo que más sentía en ese momento era curiosidad de comenzar a explorar este mundo nuevo, porque aquel que con mucho pesar dejaba atrás, era lo único que había conocido, y se comenzaba a derrumbarse con la caída del muro en Berlín. En mi interior sentía que me estaban arrebatando mi patria, mi ciudad, esa que se encuentra a orillas del río Elba con tanta historia, castillos, fortalezas y bella arquitectura. Esa ciudad está repleta de felices recuerdos de una niñez hermosa, despreocupada y con ese sentimiento de seguridad que nunca más volvería a tener. Yo no conocía de delincuencia, ni mis padres tenían que temer despido al quedarse mi madre, por ejemplo, a cuidarme en casa por alguna enfermedad cuando chica. Tampoco había que preocuparse como pagar el colegio, porque era gratis al igual que la atención médica. Por eso, una ni se cuestionaba si ir o no al médico cuando se sentía mal, porque era algo tan natural el cuidarse para estar bien. Y debido a eso y muchas razones más, es que el aterrizaje en Chile, cuando mi madre decidió volver conmigo de 19 años, fue para mí un choque total con una realidad que solamente la conocía de mis libros de historia y filosofía.

Recuerdo que antes de emprender el viaje a Santiago comencé desesperadamente a grabar todos los discos de música clásica que me gustaban, porque intuía

que venían tiempos de mucho cambio y nadie me aseguraba tener acceso a teatros o conciertos como los que yo estaba acostumbrada a visitar allá.

Fueron justamente estas grabaciones las que me ayudaron en los primeros años de vida en Santiago y parecían contenerme cuando volvía del colegio y me quitaba el famoso uniforme, cosa que odiaba, porque nunca antes había tenido que usar uno y siempre me pareció que el objetivo final a lograr era uniformar también las mentes, pensamiento que me horrorizaba. Sentía que la música, sobre todo con letra en alemán, era una especie de rincón de refugio cuando el exterior me agobiaba. Las razones eran muchas, ya sea por la inmadurez que percibía en mis compañeros de colegio, el no poder confiar en la palabra del otro, porque el chileno es muy rápido para prometer, pero no así para cumplir, la impuntualidad de la gente, pero sobre todo, la falta de mi mejor amiga con la que crecí en el mismo edificio y que ahora vivía al otro lado de la ciudad.

Me sentía totalmente incomprendida también por mi madre con la que nuestra rutina de convivencia había cambiado del cielo a la tierra desde que llegamos a vivir a Chile, ya que el tiempo que lográbamos pasar juntas se redujo muchísimo debido a su horario de trabajo.

Todos esos cambios y el hecho que el dinero de un momento a otro pasó a ser determinante, me llevó a aprender a tropezones, intentando calzar en esta nueva sociedad. Con los años he aprendido a reconocer también los lados positivos de este Chile en el que tuve a mi hija, mi gran orgullo. Cuando viajo, ahora, admito que ansío llegar a ver la cordillera por la ventana del avión, para saber que luego ya estaré llegando a mi país.

Diego

Para quienes eran, como yo, aún preescolares al salir de Chile, es a veces un imposible, diferenciar entre vivencias propias y recuerdos adquiridos. A pesar de ello, lo que quedó en mi memoria respecto al paso por la RDA, que fueron casi catorce años, suma abrumadoramente cosas positivas para mí, en particular.

Aprendí el idioma por el simple hecho que me inscribieran en el jardín infantil, que quedaba a escasos metros de nuestro departamento en la Ho Chi Minh Straße 2. Aunque negaba en casa durante mucho tiempo, que entendía ese idioma extraño, después de algunos meses mi madre me pillaba tertuliano con otro niño animadamente en alemán. Ya la entrada al colegio fue un paso mucho más emocionante. Aunque estábamos prácticamente en el mismo barrio de numerosas familias chilenas, casi todos en ese largo bloque de la Elli Voigt Straße, con mi hermano éramos los únicos chilenos en nuestro colegio.

Recuerdo, que estando en la 1. Klasse, liberaron a Luis Corvalán, quien luego llegó de visita oficial a Berlín. Un día, sin entender mucho qué estaba sucediendo, con mi hermano fuimos recibidos en el colegio por todos los niños vestidos de pioneros y recibimos flores y tarjetas de solidaridad. Dicen las malas lenguas, que aquel día pronuncié mi primer discurso.

Mi primera infancia la pasé entre ese barrio y el colindante. Otro sitio lleno de compatriotas. En nuestra torre, Leninallee, vivían muchos chilenos, entre ellos mi hermano putativo, el Camilo, la Marcela y muchos más. Creo que ambos Barrios sufrían mucho debido al bullicio y la permanencia en la calle de largo aliento que nos caracterizaba, cosa poco común en los alemanes, cuyos niños desaparecían después de las 6 pm. Nos sentíamos los dueños del barrio.

Mis mejores recuerdos siempre serán los campamentos de pioneros. Ojalá nos tocaran dos por vacaciones de verano. Kalinin, Lenz, Rügen y tantos otros. Recuerdo aprender a bailar cueca, *Mariquita*, *El costillar*, y compartir con iguales y con diferentes, que venían de otros países. Creo que para nuestra generación era imposible, no pensar de manera global. Conceptos de racismo eran desconocidos en esos lugares, aunque no siempre en el día a día en la escuela y en el entorno.

Después vino el barrio *Marzahn*, ya más lejos del epicentro chileno de Lichtenberg, pero siempre se mantuvo el viaje a las reuniones de pioneros y posteriormente de la Jota, las clases de español con nuestras queridas tías. Un homenaje a ellas. Pero al mismo tiempo, nuestro despertar adolescente, momento en que yo me involucraba cada día más con el entorno alemán. Por suerte tuve una compañera de curso chilena en aquel alejado barrio, la Natacha, con quien hasta hoy seguimos siendo grandes amigos.

Vacaciones en Artek, la Pionierrepublik, el Pionierpark en la Wuhlheide, los conciertos del Festival de la Canción Política, el bazar en el HDJT, Liedersommer im Park, Trabajos Voluntarios, y otros campamentos muy entretenidos y con más contenido revolucionario. Una infancia y adolescencia llena de eventos, encuentros, experiencias y crecimiento.

Cuando me fui de la RDA, el año 1987, por decisión propia, no sospechaba la vertiginosidad con que nuestro mundo infantil y adolescente cambiaría en el siguiente lustro. La desaparición de esa, mi segunda patria, me golpeó muy fuerte. Tanto así, que no quise volver a tierras alemanas. Recién el 2016, casi treinta años después, tomé la decisión de hacerlo por primera vez.

Hoy llevo tres años trabajando en Berlín, pero debo reconocer, que aún hay días, en que el subconsciente me traiciona y me refiero en conversaciones a Berlín como: «Acá en la RDA.

Manuel

Cada año, en noviembre, se conmemora la caída del Muro de Berlín. Hay un modo dominante de recordar ese acontecimiento como gesta civilizatoria semejante a la conquista de la luna por el hombre. Tal versión puede ser cierta, pero no es toda la verdad.

Por los avatares del binomio dictadura/resistencia chilena, para el 89 me encontraba con 18 años de edad en Berlín Oriental finalizando mi cuarto medio en la secundaria Emmanuel Kant de la comuna de Lichtenberg. Un día, a inicios de noviembre, estando con amigos en un club de literatura cerca de las diez de la noche, se oyó por radio el comunicado de Günter Schabovski, en que el gobierno permitía —tras cuarenta años— cruzar libremente a Berlín Occidental por una noche. Con mis amigos alemanes nos miramos atónitos por la noticia. Nadie sabía muy bien qué hacer, era una resolución insólita, fuera de lo cotidiano. Como Alicia a través del espejo, masas de «Osis» comenzaron a cruzar al «West» para conocer de primera fuente lo que por durante años había sido demonizado en casa o endulzado por los canales de televisión occidentales ZDF y Sat 1.

Ya en julio, cientos de alemanes de la RDA habían decidido emigrar a la RFA vía Austria, a través de la frontera abierta por Hungría. En octubre eran unos 50 mil los que habían ocupado tal paso. Marchas multitudinarias de la sociedad civil por la democratización de la RDA se sucedían por el centro de Berlín cruzando la Alexanderplatz, bordeando el Palacio de la República, ante la observación atenta de la puerta de entrada de los Jardines Colgantes de Babilonia, construida por Nabucodonosor, que desde alguna conquista prusiana ahora pendían del Museo Pergamon a orillas del Spree.

Yo militaba desde los 14 años en las Juventudes Comunistas de Chile. A fines de 1988, cuando comenzó el movimiento social alemán, solicité que nuestro Partido, en tanto organización internacionalista, se hiciera parte del reclamo de las mayorías antes silenciosas de la RDA contra el estalinismo enquistado en el aparato del Estado. El socialismo es democrático o no lo es, nos había enseñado a través de sus discursos Salvador Allende, y ahora nos tocaba a los revolucionarios chilenos acompañar y formar parte de esa ciudadanía que pujaba por más democracia en su país, ayudados por el contexto de la Glasnost y la Perestroika de Gorbachov en la URSS. Ante mi apasionado argumento, un dirigente del Partido me respondió, con cariño, con un lacónico: «no se meta en huevás compañero». Rebelde, con mis 18 años a cuesta, lo que hice fue suspender mi militancia y salí junto a mis compañeros alemanes a pelear en las calles contra los cabeza rapadas que habían reaparecido entonando cantos neonazis. Desde el movimiento secundario nos propusimos organizar la defensa del socialismo, pero reconquistándolo para la gente.

En una línea menos radical, pero más propositiva y transversal, la escritora Christa Wolff compartía la necesidad de darle un contenido auténticamente democrático al socialismo, por lo que organizó el Nuevo Foro que logró, con mucha efectividad en razón de la ética probada de sus integrantes, convocar a amplios sectores ciudadanos a movilizarse pacíficamente constituyéndose en sociedad civil activa. El 19 de septiembre de 1989 solicitó al Gobierno el certificado de reconocimiento de su asociación, el que fue rechazado bajo la acusación de «enemiga del Estado».

Cuando llegué a mi colegio a fines de 1986 no había un centro de alumnos elegido democráticamente. La

calidad de la enseñanza era espectacular, también el deporte, la salud y las artes, todos de acceso universal y gratuito para cualquier hijo de vecino. Pero la única organización que estaba permitida era la Juventud Libre Alemana, en la que militaban casi el 100% de mis compañeros. Si no estabas ahí era muy difícil generar luego una trayectoria laboral exitosa, me explicaban. La solidaridad con Chile, contra Pinochet, era generosa y comprometida, ¿pero por qué los jóvenes de la RDA no actuaban por democratizar y mejorar su propio país? «No te metas en huevás —me respondían antes del 89 mis amigos alemanes del Ost—, solo conseguirás que te corten la beca en el colegio y te quedarás sin Bachillerato». Ellos no temían tanto a la ahora mítica Stasi, la seguridad interior del Estado, sino que habían dejado de creer en la política como capacidad colectiva de transformación social. Habían perdido la fe en su propia posibilidad de incidir en su destino.

El 25 de septiembre del 89, en la ciudad de Leipzig, miles de personas se decidieron a realizar una marcha todos los lunes. En Berlín las protestas pacíficas eran cada vez más frecuentes y las plazas bullían de debates. El 7 de octubre fuimos convocados por la directiva de nuestros colegios a asistir a la celebración del 40 aniversario de la RDA. Pasarían lista. Bordeando las calles nos dispusieron con banderitas de cartón a saludar a los jefes de los países socialistas del Este que venían a dar una señal de unidad del Pacto de Varsovia. Recuerdo haber visto pasar saludando a Gorbic con su mancha en la calvicie —el mapa de Afganistán comentaban mis amigos—, y a Ceaucescu, quien moriría fusilado a los pocos meses por una revuelta en su contra en Rumania.

A la noche, frente al Palacio de la República, el histórico líder de la resistencia antifascista alemana y jefe de Estado, Erich Honecker, arengó en un discurso,

con la voz quebrada por la avanzada edad, a la Juventud Libre Alemana que había concurrido al acto oficial vistiendo sus camisas azules y enarbolando antorchas encendidas. Solo días después, el 18 de octubre, Honecker dimitiría de su cargo presionado por las movilizaciones sociales. El 4 de noviembre, medio millón de personas nos reunimos en el centro de Berlín convocados por la Asociación de Artistas. Christa Wolff dio un discurso en defensa del socialismo, con fuertes críticas a quienes abandonaban el barco yéndose a la República Federal Alemana. La tarea, sostenía, era recuperar el país para las mayorías, no hacerlo desaparecer. El 8 de noviembre el gobierno comunicó que convocaría a elecciones libres y que se le otorgaba estatuto legal al Nuevo Foro.

La esperanza en el cambio social se podía tocar con las manos. Obras de teatro, antes prohibidas, se exhibían por doquier; el *Decálogo* de Kiszlowszki se daba en el cine con traducción simultánea en vivo; regresaban artistas de izquierda disidentes como Wolf Biermann y revolucionarios como Walter Janka, antiguo comunista y combatiente de la guerra civil española, entregaban sus testimonios sobre el estalinismo y la necesidad de un socialismo democrático. El 9 de noviembre, estando en el club de literatura que frecuentábamos con mis amigos en la Lenin-Allee oímos el comunicado oficial de Schaboski: había permiso para pasar a Berlín Occidental.

Salimos del club pasadas las diez de la noche. Éramos miles de personas. Yo tenía visa múltiple por mi calidad de extranjero, lo que me permitía ir y volver entre los dos Berlines en forma continua. Pero ese extraño privilegio no lo tenían mis amigos. Yo pasaba «al otro lado» y les traía exquisitos sándwich turcos, los Kebab de Kreuzberg, libros de Nietzsche, Schopenhauer y Sartre, y vinilos de los Stones y Neil Young. Esta vez sí se podía cruzar esta extraña frontera que dividía

Berlín entre dos sistemas sociales y económicos distintos, y junto a Jirka, André, Thomas y Frank cruzamos al West. Mi intención era mostrarles la pobreza disimulada en occidente, sus prostíbulos en que las mujeres eran tratadas como objetos, la decadencia de los consumidores de drogas con sus jeringas en las calles, los cesantes vagando y pidiendo limosna. Deseaba hacerles evidente las maldades del capitalismo para que no se arrepintieran de tener un país socialista, pero que faltaba democratizar.

No obstante, mis amigos caminaban en silencio entre las masas de Osis que se tomaron pacíficamente la avenida Kurfürstendamm, y miraban las modernas construcciones y los negocios que a las once de la noche abrieron extraordinariamente sus puertas arrojando productos gratis a la gente. Con ojos desorbitados observaban a los alemanes del otro lado que también los miraban a ellos con ojos desorbitados. No oían mis plegarias militantes, mis acotaciones radicales y sesudas sobre la división social capitalista en clases distinta a la estratificación burocrática del Este. Caminamos cuerdas y cuerdas durante toda la noche. Los vi felices y tristes a la vez. Era Alemania también, pero no la de ellos, aunque tampoco sentían, en ese momento, la RDA como propia.

Fuimos al cine, comimos en un restaurant chileno —donde había palta y muchos productos que escaseaban en la RDA—, brindamos por la amistad y a la madrugada regresamos para llegar a la hora al colegio. A las 8:30 estábamos puntuales todos en clases. Profesores y estudiantes con ojeras: todos habían cruzado por la noche. Nadie comentaba mucho, había la voluntad que la vida siguiera su curso normal, retomar las movilizaciones, generar propuestas. Sin embargo ya nunca más fue lo mismo. El mundo había cambiado. Las verdades antes aprendidas como axiomas, que, aunque no todas compartidas otorgaban ciertas certezas ontológicas,

se habían hecho añicos sin encontrar reemplazo. Lo que vieron al otro lado no era tan malo, pero tampoco tan espectacular como para perder lo que ahora, tal vez, sí sentía propio y perfectible, pero ya era tarde, el proceso de cambio inminente se palpaba irreversible.

Una sorda desesperanza noté en mis amigos, no un entusiasmo revolucionario como soñaba Kant la experiencia moderna e ilustrada de la libertad y la autonomía. «Sé libre, usa tu razón», vociferó el filósofo de Königsberg, entusiasta del componente anímico de la revolución francesa. Pero aquí ocurría lo contrario. Algo había en el aire que los alemanes del Este notaban, algo que escapaba a su control. Un silencioso desencanto con todo, con lo propio y lo ajeno se comenzó a instalar en ellos. Aún no desaparecía la RDA como país, pero ya se vivía su cambio, se observaba la canalización del proceso democratizador en otra cosa extraña que se jugaba no en la calle, en la plaza, en lo público, sino tras bambalinas de otra magnitud geopolítica. El proceso de anexión había comenzado.

A los años de ocurrido el 9 de noviembre mi amigo Thomas se suicidó. Su hermana antes que él. Y el director de mi colegio también. Y varios más. No es que no celebraran la democracia, no es que ellos quisieran regresar a lo que había. Sino que el mundo los cambió radicalmente sin sentirse dueños de tal cambio. De haber logrado constituirse en pocos meses en actores sociales protagonistas de una posible nueva historia colectiva, pasaron a ser ciudadanos de segunda categoría de una sociedad y sistema económico preexistente, al cual fueron entregados bajo el nombre de reunificación alemana por medio de las hábiles manos del canciller Kohl y el antes camarada Gorbachov. En la ex RDA, advino el momento de desaprender colectiva e individualmente todo para aprender a seguir viviendo de una manera que se percibía no escogida libremente. Un

nuevo muro, invisible pero igual de concreto, se levantó entre quienes se identifican del Ost o del West, y en el cementerio de la historia quedaron los intentos democratizadores del Nuevo Foro.

Hay una memoria victoriosa del 9 de noviembre de 1989. A quienes escriben la historia les gusta poner hitos temporales y esa fecha simboliza la caída de la cortina de hierro, y el fin del Muro de Berlín sirve de alegoría de lo que vendría con la implosión de todo el bloque soviético. La conclusión del «siglo XX corto», como le llama Hobsbawm, o directamente el «fin de la historia», como clamó apurado Fukuyama por el triunfo del libre mercado a escala planetaria. Sin embargo, eso no es todo.

Dicen que es muy probable que Neil Amstrong jamás pisara la luna y que toda aquella travesía no fue más

que un montaje televisivo del genial Kubrick. En este otro caso el muro sí cayó, no cabe duda, pero no fue lo único que allí se derrumbó. Y tal vez lo principal: la destrucción quita lo que había, pero por sí misma no genera lo nuevo. Esa apertura a lo inédito, la conquista colectiva de una sociedad democrática y solidaria que no fuera el «capitalismo con rostro humano», es lo que el muro también se llevó.

Pero la memoria de haber hecho la experiencia libertaria no se borrará y a no dudar habrá nuevos intentos de buscar alternativas de sociedad por muchos muros, antiguos o nuevos, que se levanten en el camino. Pues persistir en el intento, abiertos con memoria a lo nuevo, quizá en eso consiste ser humanos.

Tema libre

ANGELA

No había podido escribir aún mi historia porque, aunque no lo crean, no lo he superado completamente. Yo llegué a Alemania a los 4 años, recién cumplidos, y mi vida transcurrió como la de cualquiera niña. Después de vivir en el hotel Lunik nos fuimos a Cottbus, ciudad que me vio crecer. Mi mamá me decía que yo tenía miedo que me dejaran sola en el jardín infantil.

Pero en realidad quiero contarles lo que me pasó hoy en Punta Arenas. Comencé a trabajar como guía turística en una agencia especializada para turistas alemanes, y pues bueno, cuento corto, fui en mi primer día a buscar al aeropuerto a una pareja alemana que vinieron a conocer las

Torres del Paine. Les di la bienvenida a Chile y a la Patagonia y luego de intercambiar algunas palabras, les pregunté de cuál parte de Alemania venían y ¡no saben qué respuesta me dieron! «*Wir sind aus Cottbus*». ¡Yo me quería morir de emoción!

La vida te prepara tantas cosas tristes y hermosas, y esto fue algo tan hermoso. No sé cómo describirlo. Sólo les puedo decir que nunca, pero nunca, podré dejar de decir que la RDA *ist meine Heimat* y siempre va a ser así.

—Sorpresas te trae la vida... ..

—Qué sorpresa más linda, y tú ¿le dijiste que también habías vivido en Cottbus? Porque para ellos también debe haber sido una sorpresa encontrar en tierras lejanas a una chilena que llegó desde Cottbus.

JUAN CARLOS

Aunque haya desaparecido el sistema socialista en Europa, aunque la RDA ya no exista, quiero compartir algo que escribí hace unos años como recuerdo de aquellos tiempos. Y lo escribo aquí, ahora, pensando en lo que nos enseñó la RDA, pese a sus errores.

ENSEÑANZAS SOCIALISTAS

*Pese a la caída de los países socialistas
Nuestros ideales y esperanzas no perecerán
Ya que hemos aprendido de esos errores
Y no nos vamos a volver a equivocar.*

*Pese a todas las derrotas ya sufridas
No nos dejaremos más avasallar
Ya que la esperanza jamás morirá
Y nos da fuerzas para avanzar.*

*Pese a las trabas siempre impuestas
Sabremos que las podremos superar
Gracias al internacionalismo y la solidaridad
Para así poder lograr cambiar la sociedad.*

*Las enseñanzas recibidas en la RDA
Nos marcaron en muchos sentidos
Como personas solidarias y resueltas
Y como jóvenes con ganas de mejorar*

Hay palabras a las que nunca les he encontrado traducción literal y/o emocional en castellano: «*gemütlich*», «*kuschlig*». No es igual decir «hogareño y regaloneador». Significarán quizás algo parecido, pero no con esa connotación que provocan esas palabras. O sea, sin traducción y se usan en alemán hasta el día de hoy.

—«*Gemütlich*»: acogedor.

—¡No es lo miiiiiiismo...! «Acogedora» es una habitación y *gemütlich* es hasta un «instante».

—«*Kuschlich*»: sentirse acurrucado.

—Podría ser. Pero ya es una explicación y no una palabra.

—Para entender bien estas traducciones hay que estar con su pareja en un cuarto con baja luz y música suave.

—En todo caso es más complicado traducir las comidas, como charquicán, al alemán. En algunas interpretaciones que he realizado eso me provoca más que un dolor de cabeza.

—Chiquillos, les tengo la media copucha, la palta que iba en los lomitos que vendimos en un

evento en la *Haus der Jungen Talente* el año 1984 no era palta..., eran porotos verdes molidos.

—¡Claro! Eran porotos verdes molidos aliñado como si fuera palta.

—¡Buenas confesiones!

—Obvio y por eso cuando Iván recién llegó a la DDR, gritaba en el segundo piso de la *Haus der Jungen Talente*: «¡A los ricos, ricos porotos!». ¡Ja, ja, ja, ja!

—Claro está que nuestros amigos alemanes no entendían absolutamente nada de lo que gritaba... ¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¡Éramos exóticos!

—En Potsdam se cometía el mismo «delito», vi a mi Margarita moliendo porotos verdes en la juguera, ¡y eso más de una vez!

—¡Igual los alemanes de la INTERNATIONALE SOLIDARITÄT estaban fascinados con los lomitos! (¡si mi viejita igual le picaba su ajito y quedaban sabrosos!).

—¡Siii! Aunque a los Stands que armábamos, siempre llegaban preguntando primero por «Empanaaras».

¿A alguien le preguntaron alguna vez si era «Africanx»? Pues a mí sí, más de una vez algún niño/a me preguntaba de dónde venía, si era de África y si le entendía, hablándome alemán al estilo Tarzán. Yo no entendía qué onda, si según yo, era igual al resto.

—Me hiciste acordar que alguna vez un alemán me preguntó de dónde era, le dije, de Uruguay, y me responde: «Ahh, Uruguay, en África». ¡Ja, ja, ja!

—Sí, exactamente..., Yo respondía: Chile, y pensaban que quedaba en África.

—¡A nosotras nos preguntaron si éramos chinas! ¡Ja, ja, ja, ja!

—A mí, me preguntaban si era vietnamita. E incluso una vez, que iba camino a la estación de trenes me pararon dos chicas vietnamitas, me hablan en su idioma

y casi me pegan porque con pies y manos trataba de hacerles entender que no hablaba vietnamesisch.

—¡Ja, ja, ja!, en mi caso también pensaban que era vietnamita. El día que fui a la peluquería y pretendía hacerme la permanente, que estaba de moda, se confundieron también y al parecer no se dieron cuenta que mi pelo era de una textura diferente y me dejaron como a los Jackson Five. Me quería morir..., ¡je, je, je, je!

—¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja! También me pasó lo mismo. Quedé como la Angela Davis...

—A mí una alemana me dijo una vez, que yo corría muy rápido porque estaba acostumbrada a correr de los leones.

—A mí me hablaban en perfecto alemán y no entendían por qué, pareciendo gringo, no hablaba como ellos.

CONTENIDO

6	PRÓLOGO
13	JUNTÁNDONOS
14	Presentación del Grupo
20	Nuevo hogar
22	¿Quién no usó uno de éstos? ¡Genial!
24	¿Qué comidas alemanas les gustaba y cuáles no?
26	Pioneros
27	Festival Internacional de la Canción Política
28	«Am Fenster» del grupo CITY y otros...
28	Navidad en la RDA
29	Gute Nacht!
32	DESDE LA RDA
58	HACIA CHILE
70	REFLEXIONES
76	DEBATE
78	MI HISTORIA
98	TEMA LIBRE



NOSOTROS LOS NIÑOS
ES EDITADO, COMPUESTO Y DISEÑADO
POR ESPORA EDICIONES
EN COEDICIÓN CON
FUNDACIÓN ROSA LUXEMBURGO
Y SE PUBLICA EN
SANTIAGO DE CHILE
EL AÑO
MMXXIII

Alrededor de tres mil chilenos fueron acogidos en un país que entonces era una excepcionalidad geopolítica y que hoy, de hecho, ya no existe. Cerca de la mitad de esos tres mil compatriotas fueron los niños y jóvenes chilenos que vivieron y crecieron en la RDA, la República Democrática Alemana.

Nosotros los niños trata sobre una comunidad de niños y jóvenes, hijos del exilio, que nunca dejaron de cantar y bailar.



**FUNDACIÓN
ROSA
LUXEMBURGO**

